

CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA

MINISTRO
DOCTOR MAURICIO GUZMAN

SUB-SECRETARIO
BR. JORGE LARDE Y LARIN

DIRECTOR DE LA REVISTA
RICARDO MARTELL CAMINOS

Nº 15

ENERO - MARZO
3ª Avenida Norte Nº 534
SAN SALVADOR, E. SALVADOR, C. A.

1959



**Impreso en los Talleres del
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 5 9**



INDICE .

	PAGINA
Jorge Lardé	7
Napoleón Viera Altamirano.	
Enseñanza de la Filosofía	21
Alejandro Escalante Dimas.	
Contradicciones del Positivismo de Kelsen	42
Francisco Peccorini Letona, S. J.	
El Panteísmo y la Religión	61
Santiago de Anitúa.	
Notas Sobre Moral	72
Carlos Sandoval.	
Consideraciones Generales Acerca de la Enseñanza del Estilo	77
Moisés Vincenzi.	
La Efigie de Lincoln	82
Alfredo Martínez Moreno.	
Los Nuevos Valores del Teatro Latinoamericano	88
Frank Dauster.	
Hispanoamérica: Carta Geográfica de su Cultura	95
José Arrom.	
Atonal	102
Jorge Lardé y Larín.	

mente religioso. La religión perfecta o la religiosidad perfecta, tiende a convertirse en la metafísica del amor a la justicia y a la verdad. Los grandes, los verdaderos filósofos, han servido por esta razón, en la forma más alta, los intereses humanos.

La ausencia de pensamiento filosófico ha causado la distracción intelectual de nuestros hombres de ciencia. Y es sencillamente por el hecho de que sólo el filósofo ve trascendencia en la vida; y en la vida sólo hacen cosas trascendentales los que piensan y meditan transcendentalmente. La concurrencia intelectual, digamos, ahora, es tan intensa, tan severa, que quienes se conforman al rol ordinario y normal de las disciplinas científicas no pueden aspirar jamás a sobresalir.

Yo creo que corresponde a nuestra Universidad preparar el pensamiento filosófico en El Salvador. Sólo la filosofía puede prender, de manera permanente, en el alma del hombre, la voluntad de la investigación creadora.

• • •

He dicho que Lardé, de estudiante, a pesar de su pobreza extrema, sabía improvisarse medios para hacerse de libros. Ya podréis imaginar el poco éxito que alcanzaría en tal empeño un estudiante pobre, acudiendo a la reventa de textos o engañándose ingenuamente en la ediciones populares de vulgarización científica. Yo recuerdo claramente la impresión que me daba la biblioteca "privada" de Lardé: unos cuarenta volúmenes, a la rústica, más viejos que nuevos, colocados en cualquier anaquele improvisado.

Pero él, con su talento creador y su inquietud nunca satisfecha por la verdad científica, se anticipaba a sus libros y a sus medios. De diez y seis años apenas, ya Lardé construía sistemas filosóficos que podían desconcertar a sus maestros y revelar en él al genuino investigador científico. La duda acerca

de los sistemas por él conocidos le incitaba a sustituir la verdad científica antigua por otra nueva, más en armonía con la lógica de los hechos. Es así como escribió, en temprana edad, una monografía apreciable acerca de la libertad de la voluntad humana, dando forma atrevida a un determinismo rígido, antes de haber leído a Haeckel. Escribió también, algo más tarde, un estudio interesante sobre la unidad de la materia y la necesidad de una substancia dinámica y consciente.

Sin haber estudiado filosofía bajo la dirección de ningún maestro, él se había formado un criterio filosófico sutil y preciso, que nunca le fallaba en sus meditaciones. La noción de la necesidad filosófica le asistía en todas sus exploraciones de la Naturaleza, hasta hacer en él una profesión de fe inmovible la unidad de la substancia universal.

Por eso abrazó con fervor vehemente la exposición anunciadora y genial de Lammarck y llegó a ser panteísta (aunque su visible inclinación fuera francamente ateísta) con Spinoza, con Goethe y con Haeckel. Antes que Millikan midiera y pesara el electrón, Lardé "sabía", por lógica necesidad mental, que los átomos de los cuerpos simples que conoce la química no son otra cosa que asociaciones en equilibrio de elementos inferiores de substancia.

Es raro que nuestros profesores sepan inculcar el método lógico en los alumnos, de tal manera que el criterio científico que una vez ha sabido desarrollarse en la mente del estudiante, le sea, al través de la vida, constantemente útil, hasta convertirse en un sentido infalible, casi instintivo, que le hace llegar con acierto y resolución intelectual muy firme hasta el dato o la concepción que se persigue. Lardé sabía llegar a sus conclusiones más audaces (si se toma en cuenta que era un autodidacta) con sencillez verdaderamente admirable. A la pregunta del porqué de una substancia única se imponía, él respondería con

calma advirtiéndome que la “multiplicidad no era necesaria”. Para él era un pobre universo, de un pobre y minúsculo creador, aquel en donde fuese necesario un sistema de elementos simples y múltiples de materia, y de creaciones individuales de especies.

Su sentido lógico lo llevó con acierto en el curso de los años, hasta haber culminado en sus estudios posteriores, en que el hombre de ciencia estaba definido con esplendor.

Pero faltaría a mi intento de revelar la excelente estructura mental de este hombre de estudio, sin detenerme ante una de sus fáciles maneras de enseñar a investigar, y que yo estimaría algo verdaderamente precioso para la ciencia.

Todos estáis ya familiarizados con la ley de la herencia biológica. Veis allí un hecho natural inflexible que permanece invariable en el curso de los siglos. Los castaños vienen de los castaños, los ruiseñores de los ruiseñores. Los padres y los hijos guardan entre sí maravillosa semejanza. Sabemos que ciertos rasgos de las personas, el talento, la estatura, el color de los ojos, la tendencia a adquirir y resistir enfermedades, se transmiten de padres a hijos como un legado permanente que la vida —la educación, el medio— van modificando suavemente, aumentándolo o disminuyéndolo. Más todavía: todos sabemos que el individuo natural proviene siempre de un huevo fecundado en cuyas dimensiones microscópicas no podrá concebirse que existan, resumidas y condensadas, todas las partes del ser adulto, como una arquitectura reducida a su mínima escala.

Es esa relación permanente de padres a hijos, dentro de la familia, dentro de la especie, dentro del género, dentro de la tribu; esa constante uniformidad, lo que ha obligado a los biólogos a pensar en *una ley*, la ley de la herencia biológica. Como he dicho antes, Lardé era el máximo explorador. Nos habíamos propuesto —pobres ni-

ños— deshacer todos los nudos de la ciencia, disolver los enigmas del universo; estábamos destinados, en nuestra inquietud de muchachos iconoclastas, a no dejar piedra sobre piedra de todas las construcciones atrevidas que había levantado, en forma de sistemas metafísicos, la ignorancia de los hombres. Y era natural que la herencia biológica, inexplicada en nuestro ambiente, constituyera uno de los baluartes hacia donde debíamos lanzar nuestras legiones.

He hablado de un sector de la ciencia “desconocido entonces en nuestro ambiente”. Pensemos, sin embargo, que, fuera de la Universidad, ese misterio permanece en la misma forma infantil, tal vez grotesca, de hace mil años. Cuando el hecho de la herencia biológica llama la atención del impreparado; la ley se concibe casi como un misterio de la Naturaleza. Se piensa al momento en formas “preestablecidas” en un sentido físico rudimentario o elemental. Se piensa que el huevo contiene en sí al ser adulto. Solamente gracias a la embriología divulgada bastante, se ha podido destruir en parte ese concepto, sustituyéndolo con una noción de proceso de evolución perfectamente natural.

Y bien: recuerdo claramente un día de aquéllos, en que mi curiosidad científica se iba hacia Lardé, le pregunté tranquilamente acerca de la ley de la herencia biológica, uno de los pocos misterios que me quedaban. Y Lardé, que no gastaba muchas palabras conmigo, tomó un papel, me dibujó el proceso de crecimiento y segmentación de una amiba, y me dijo, con absoluta sencillez, que el fenómeno de la herencia era simplemente un caso de restitución de equilibrio.

No le pregunté más. Comprendí todo el alcance de su explicación y, satisfecha la curiosidad infantil, me dediqué por mi parte a continuar investigaciones hacia otros misterios que había que demoler.

II

Con el tiempo, Ernesto Haeckel caía en nuestras manos. Por él supe, ya a fines de 1918, diez años después, de las investigaciones de De Vries, de la teoría del ideoplasma de Naegeli; del plasma germinativo de Weismann. Pero ni De Vries, ni Weismann, ni Naegeli, en sus estudios sobre las formas elementales de la vida, sobre las leyes del desarrollo de los seres y sobre la evolución de las especies, precisaban, en forma que supiéramos, la verdadera naturaleza de la herencia biológica. Haeckel mismo, en su *Historia de la Creación Natural*, que podría estimarse ahora mismo una obra maestra, como la *Geografía Universal* de Reclus, ya hablaba en detalle de leyes de la herencia, como la ley de la herencia de caracteres adquiridos, de herencia intermitente y latente, ley de herencia sexual, etc., etc. La crítica paciente de los biólogos a los trabajos fundamentales de Lamarck y de Darwin tenía que interesar directamente el problema de la herencia, y con ese motivo una multitud de teorías apareció entre 1880 y 1914.

Con el tiempo, el nombre de Mendel había de producir una gran sensación en el mundo científico. Mendel realizó sus geniales trabajos allá por el año de 1865, pero esos trabajos fueron muy pronto olvidados. Las investigaciones y especulaciones filosóficas de Weismann hicieron creer a muchos que éste era el efectivo genio descubridor de los secretos de la vida. Mendel fue, sin embargo, redescubierto, y ahora se le considera como el verdadero precursor en las investigaciones auténticas de las leyes de la herencia, atribuyéndosele a él en biología la importancia de Dalton en la química. Decía que con el tiempo Mendel produciría una gran sensación, pues el misterio de la herencia que era considerado como insoluble, parecía perfectamente vencido. El nombre de Mendel paralizó todas las inquietudes, y cuando se ha hablado de herencia todos han

respondido diciendo que su ley ha sido descubierta, pero sin comprender la naturaleza real y filosófica del fenómeno.

Porque Mendel no descubrió, ni explicó la razón de la herencia. Mendel descubrió el proceso, la modalidad, el modo, la ley. Antes que Newton hubiese descubierto la causa de la gravitación universal, un geómetra cualquiera habría podido explicar el modo de cómo un proyectil describía una parábola, como Galileo explicaba el péndulo. Pero la causa verdadera habría permanecido siempre en el misterio. Mendel puso en evidencia ciertos resultados, ciertas maneras, que deben, sin duda, recibir el predicado de leyes; pero la causa fundamental, la razón filosófica, no fue revelada.

La explicación sencilla del fenómeno, como la que diera Lardé, viene a ser algo imperativo para el estudiante de biología que llega a su clase, por primera vez, sin la actitud mental necesaria para abordar el noble y trascendente misterio de la vida.

Para entender mejor estas afirmaciones, permitid que os ponga un nuevo ejemplo. En cristalografía podremos definir, como leyes, las siguientes: 1) Ley del paralelismo de las caras; 2) Ley de la constancia de los diedros; 3) Ley de simetría; 4) Ley de racionalidad; 5) Ley de las zonas. Conforme estas leyes, podemos predecir, en un momento dado, que al precipitarse una solución cristalina cada cara de cristal precipitado tendrá una cara paralela a sí, determinada, según la solución de que se disponga. También podremos predecir que el ángulo que formarán las caras homólogas entre sí será absolutamente constante. Y así respecto a las distintas fases que han sido preestablecidas por dichas leyes. Una ley determinada, pues, nos revela la manera de efectuarse el fenómeno, como cuando decimos que el agua pura debe hervir a cien grados, a una atmósfera de presión, pero sin que atribuyamos

a esta ley la causa de la ebullición del agua misma.

El hecho de citar aquí hechos cristalográficos no debe repugnar en modo alguno. Para la moderna biología, cuya concepción básica en todo es un principio de evolución armónica de las formas, los cristales ofrecen las manifestaciones primordiales de la vida. Los cristales, en ciertas circunstancias, nacen, crecen y se reproducen.

Del mismo modo que con las leyes de la cristalografía pasa con las leyes de la herencia biológica descubiertas por Mendel. La primera de sus leyes es la "ley de segregación", según la cual la constitución hereditaria se compone de un número predeterminado de unidades autorreproductoras. La segunda ley es la "ley de la recombinación independiente" y establece que la combinación de miembros de diferentes clases de unidades es por regla general del todo independiente. De esta manera, en el cruzamiento de razas distintas, de razas de caracteres distintos y opuestos, podemos predecir un resultado definido, *de conformidad con la segunda ley*. Pero las leyes mendelianas, ampliadas y modificadas posteriormente, no explican el fenómeno mismo de la herencia, no dicen por qué los determinantes hereditarios pueden permitir la reconstrucción morfológica sobre la base delicada de cromosomas y centrosomas del tipo reproductor.

La permanencia del misterio puede revelarse en las especulaciones metafísicas de Neageli. Hoy mismo, los más avanzados textos de biología confiesan que "el mecanismo efectivo de la herencia aún no ha sido descubierto" y que en ausencia de este conocimiento, los investigadores tienen que llenar la laguna con suposiciones más o menos probables. La concepción darwiniana, de pequeñas partículas que llevaban a la constitución íntima de la célula germinativa las modalidades de todas las partes del cuerpo, aunque ya no es tenida por los biólogos como una explica-

ción racional del fenómeno, es cuando menos sustituida por concepciones similares que revelan el desconocimiento de la causa.

La razón de este insuperable tropiezo estriba en que el fenómeno de la herencia se observa siempre en las formas más avanzadas de la vida. Si es verdad que para el descubrimiento de las leyes de la herencia, los biólogos han tomado, para ensayo, formas rudimentarias zoológicas o botánicas, para el estudio o la consideración filosófica del proceso han vuelto los ojos hacia formas complejas.

Decíamos antes que los cristales son formas elementales de vida. Podría decirse, en efecto, también, que hay poca distancia evolutiva entre un cristal y la protoamoeba. La protoamoeba crece por la asimilación directa de sustancias alimenticias, que son luego transformadas por un proceso de metabolismo. La precipitación de un cristal en una solución saturada es un proceso casi semejante. La protoamoeba se reproduce por un crecimiento excesivo, lo que constituye un hecho mecánico simplísimo. Y este hecho de reproducción tan elemental, que envuelve el principio de acto hereditario, es en sí mismo un fenómeno de equilibrio: la partícula de vida ha crecido más allá de las posibilidades de equilibrio con su medio ambiente, y su reproducción da paso al primer fenómeno hereditario, porque la partícula segmentada crecerá uniformemente hasta volverse a poner en equilibrio con el medio; hasta llegar al tamaño en que pueda equilibrarse con los agentes ambientes.

En este principio de la vida podemos encontrar la explicación filosófica de la herencia. Todo en la Naturaleza es una forma de equilibrio, y la vida es la suprema expresión de ese equilibrio. Por eso fue definida por Spencer como un acto de equilibrio, al decir que la vida era la conformidad de las relaciones internas a las relaciones externas. Nos empeñamos en advertir, en la

Naturaleza, condiciones, estados de permanencia, pero lo que llena el marco del universo es un vasto proceso de crecimiento, de adaptación y restablecimientos de equilibrios.

Pero esa tendencia hacia el restablecimiento de los equilibrios vitales, conforme una ley física evidente e ineludible, también debe realizarse a lo largo de la línea de menor resistencia. De ahí que en las formas vivas haya aparecido, desde un principio, la necesidad, la urgencia suprema, de la división del trabajo. Si en la protoamoeba la reproducción es simple, consistiendo en el estrangulamiento del sér y su división en otros dos seres completamente iguales, ya en formas superiores el trabajo de la reproducción se va localizando a ciertas zonas del organismo, a ciertas células, conformadas de manera especial. En ciertos seres, cualquiera célula es capaz de engendrar un nuevo organismo. Poco a poco las células propiamente germinativas, se van diferenciando. En un principio de la evolución orgánica, el sér se reproduce por sí mismo, pero poco a poco la reproducción sexual va apareciendo, y llega un momento en que el hermafroditismo de los seres no es posible. Pero, aunque la diferenciación sexual continúe su proceso, complicándose cada vez más, el hecho fundamental permanece inalterable, de que la reproducción es sólo apenas un acto de crecimiento excesivo, y que la nueva partícula vital, el huevo fecundado, el oosperma, no es sino la fracción de un organismo que ha estado y está en constante equilibrio y que debe poseer la cualidad física de tender hacia el restablecimiento de una forma de equilibrio preestablecida por el ambiente.

Hay que advertir, observando las formas botánicas, que la estructura de los organismos corresponde a necesidades mecánicas de equilibrio. El crecimiento de la planta no es sino un proceso de construcción morfológica que predetermina la célula germinativa y el

medio. Cuando nosotros tomamos materiales en estado fragmentario, como arena, arcilla, cal, cemento, y los amontonamos en superficies determinadas, sabemos de antemano que el ángulo de reposo de cada material es constante, y que esa constancia depende de razones físicas sencillas. Sobre el oosperma, constituido de cierta manera, las substancias alimenticias comunicadas por las primeras raíces al través de la placenta, no pueden construir una forma al azar. De que ni el torrente circulatorio de la madre, por otra parte, no alcanza a determinar las modalidades del nuevo sér, se comprueba mediante el trasplante de ovarios fecundados: el sér nuevo se desarrolla conforme la forma preestablecida en el huevo formado.

Las formas complejas de equilibrio en los organismos no deben de llevar zozobra al biólogo. Para el caso, recordemos las arborizaciones complejas, de formas admirables y bellas, formas realmente vivas, de las preparaciones coloidales de Leduc, y de Herrera, el sabio mexicano. Se han producido así verdaderas creaciones morfológicas, con articulaciones complicadas y verdaderas divisiones de trabajo bioquímico.

Una vez que se comprenda o que se sepa que los organismos no son otra cosa que formas preestablecidas por la célula germinativa y el medio, el fenómeno de la herencia se verá como una cosa realmente simple. Cuando nosotros sometemos cualquiera masa oleaginosa en suspensión en el agua a un movimiento giratorio, podemos predecir las complejas formas que aparecerán de una manera inevitable, y que no serán otra cosa que formas de equilibrio. Y cada vez que a voluntad nosotros sometamos la misma masa al mismo trabajo mecánico, obtendremos iguales resultados. Y las formas superiores de vida no deben concebirse sino como formas complejas de equilibrio de la substancia viva.

III

Bergson hizo su famosa definición de

la vida como “un proceso continuo”. El postulado biológico de que todo se esfuerza por mantener un medio constante, lleva implícita la afirmación de que toda forma viviente es un estado de equilibrio. Agrega Bergson que la vida es “un impulso”, “un desbordamiento”; pero si ese impulso vital, esa fuerza de la vida, por la espontaneidad absoluta de sus móviles, puede estimarse como un impulso libre, debemos recordar que esa libertad está limitada, por un lado, por la estructura básica del oosperma, y por otra por el medio ambiente. El impulso vital, es una forma avanzada, hace que el huevo fecundado crezca dentro del vientre de la madre; ese crecimiento no podría ser en modo alguno arbitrario, y siendo cada ser viviente una absoluta unidad y un esfuerzo de equilibrio constante, el crecimiento germinativo, digamos, de cualquiera fracción del organismo madre, tendrá que repetir la forma originaria, como la forma de equilibrio más viable.

La resistencia a esta concepción dinámica de la herencia nace de la manera de cómo en el curso ordinario de la vida se ignoran los estados de equilibrio de la materia. La facultad de “cualquier sistema” a acomodarse a su medio, y de responder con formas determinadas a cada medio, como con los crecimientos de las sustancias coloidales, tienen un caso bien preciso en el principio termodinámico de Le Chatelier de que “cuando un factor determinante del equilibrio de un sistema sufre una alteración, el sistema, como una unidad, tiende a cambiar en un sentido tal de oponer y hasta cierto punto anular la alteración del factor”. Esta capacidad, en biología, que permite a un determinado organismo volver a una primitiva posición, arroja luz meridiana sobre el problema de la herencia.

A menos que los biólogos se empeñen en colocar una entelequia detrás de cada proceso vital obscuro, la significación dinámica de la herencia tiene que ser aceptada. La homogeneidad relati-

va (entiéndase la relación filosófica entre la pangenesis y la epigenesis) de la célula germinativa impondría a todo biólogo a comprender con simplicidad el proceso del crecimiento y la reproducción. La vida es una acumulación constante de energías. Los organismos son verdaderos acumuladores de energía. El sobrenutrimiento de un animal adulto impone el acto reproductor, como el sobrenutrimiento de la planta impone la florecencia. En un momento dado, cualquiera célula viviente está llamada a un múltiple destino. La célula puede convertirse en el huevo fecundado en el elemento morfológico de cualquier órgano; pero es natural suponer que en cualquier organismo, reconstituidos los estados de equilibrio rotos por el trabajo, el exceso de fuerza viva tienda a la reconstrucción total del ser, en un acto de reproducción.

Esa casi real “consciencia” del plasma no es otra cosa que un acto complejo de equilibrio. Los estados de equilibrio en el mundo inorgánico son extremadamente simples; pero bastaría volver los ojos hacia el laboratorio del Universo, para encontrar procesos y estados de equilibrio verdaderamente complicados. La sencillez con que Spencer, en sus “Primeros Principios”, explicaba el paso de lo simple a lo complejo, el proceso de diferenciación en el Universo, nos podría servir para recordar aquí que el Universo, por fuerza determinante, es como un ser que se reproduce a sí mismo. La sustancia única de Spinoza, colocada en cualquiera parte, reproduciría inevitablemente el mismo Universo. Igualmente el plasma, que viene a ser la sustancia básica de la vida, animada de la fuerza de la vida, como la sustancia universal animada de su propia energía, tendrá el poder de realizar formas complejas de equilibrio.

Esta prestancia del plasma para adaptarse a un medio, y esta voluntad del plasma para conservar un medio constante, explican fácilmente el vasto pro-

ceso de la evolución de las formas vivientes, y sin ello no habría explicación posible de la diversificación de las formas vitales. En nuestro propio organismo, en el órgano de la memoria, tenemos el caso de una adaptación constante y un acto hereditario constante.

El sistema nervioso, un verdadero estado social de células, está realizando, de manera elocuente, el proceso fundamental de la herencia.

Una de las causas por qué el fenómeno de la herencia biológica no ha sido comprendido en perfecta sencillez, es que los hombres de estudio no lo han contemplado como la resultante natural de estos dos hechos: de que las formas biológicas, los estados de la materia viva, no son sino verdaderas situaciones de equilibrio con el medio; y de que los seres vivos son unidades perfectas de trabajo físico, químico y fisiológico. Y de igual manera que el organismo se mantiene en equilibrio respecto al medio ambiente, dentro del mismo organismo hay órganos y sistemas que se mantienen en perfecta armonía con el ambiente interior. Esta es una de las conclusiones —un verdadero postulado— de la biología moderna, de tal manera que se ha impuesto el uso de los términos de medio ambiente externo y medio ambiente interno, para precisar las situaciones diversas del organismo y de sus órganos. Esa unidad perfecta, por otro lado, hace comprender cómo el medio ambiente —ya sea interno o externo— puede modificar cada una de las partes del sér vivo. Si hay algo firme dentro del verdadero transformismo, es que el trabajo fisiológico de cualquier órgano implica una modificación profunda o ligera al resto del organismo, ya sea en su aspecto puramente somático o en su aspecto nervioso. El organismo es un todo correlacionado, tanto en lo morfológico, como cuando sabemos que el desarrollo de un órgano, anormalmente, implicará la alteración del arquetipo hereditario, como cuando la función del mismo órgano

presupondrá una función correlativa en otros órganos.

Si el paralelismo de las funciones psíquicas y fisiológicas logró una aceptación tan calurosa de parte de la ciencia, el paralelismo de las actividades en los diversos órganos del sér vivo constituye otra afirmación de carácter eminentemente real.

Esta unidad en las funciones del sér vivo explicará las variaciones hereditarias. La vida es un desbordamiento, decíamos, pero ese concepto apenas nos hace concebir el implso. Pero cuando decimos que la vida es crecimiento, que la reproducción es también una forma de crecimiento, encontramos que la herencia es apenas una fase del crecimiento. Entonces, en el organismo que constantemente está en crecimiento —mientras la senilidad no impone un equilibrio interno y una decadencia— el trabajo fisiológico, al través de la vida, implicará una evolución de la forma de crecimiento. El sér organizado vive cada día diferentemente, y, por lo mismo, crece diferentemente.

Esta correlación estrecha entre los diversos órganos del sér vivo ha sido reafirmada con las experiencias y los estudios de la moderna terapéutica respecto a las glándulas de secreción interna, de tal manera que ahora se concibe el desarrollo normal o monstruoso de cualquier sér vivo como algo perfectamente sencillo. La herencia misma de los caracteres sexuales se convierte en un fenómeno puramente químico. Y del mismo modo que estas glándulas de secreción interna afectan el desarrollo de los órganos y del trabajo de los órganos, en el curso de la vida las funciones de relación van ejerciendo también su influencia modificadora en las glándulas de secreción interna entre las cuales, precisamente, se cuentan aquellos cuyo desarrollo tiene nexos profundos con los órganos de reproducción.

Por otra parte, las nociones fundamentales de la física moderna ha quitado a la vida su aparente trascendencia.

Desvirtuado el átomo y reducido a formas de equilibrio, ya no es difícil concebir al sér vivo como una suprema forma de equilibrio. El crecimiento normal nos permite concebir el desarrollo como el paso de la materia viva por una senda predeterminada, como la trayectoria del punto geométrico, al pasar de un valor a otro, llega a describir una figura más o menos compleja. Diríamos que el sér vivo, en su período de desarrollo, se aproxima a la forma hereditaria como a un límite preestablecido. La sola diferencia es que en este caso la ecuación, la ley, está en la Naturaleza, y se llama constitución específica del plasma hereditario del cromosoma y del centrosoma; se llama alimentación del embrión al través de la placenta; se llama clima, temperatura, presión atmosférica, trabajo, medio. La ley, sin embargo, permanece siempre ley, y podemos y debemos concebir una partícula determinada del plasma germinativo, en un medio homogéneo, reproduciendo, indefinidamente, las formas preestablecidas hereditariamente.

Naturalmente, la concepción de la herencia biológica como un fenómeno de restablecimiento de equilibrio, estará supeditada a las investigaciones pertinentes sobre la base celular de la herencia y las formas simples del desarrollo de la vida. Pero todo estriba en empezar de lo simple y sorprender el proceso del crecimiento en sus fases continuas, para comprenderlo con verdadera diafanidad. El acto hereditario en la protozoa se reduce al estrangulamiento del ser original; pero si pasamos suavemente de un punto a otro, en la gran trayectoria filogenética, al sorprender la evolución simple en que cada organismo va localizando sus funciones y creando órganos, hasta llegar a la reproducción sexual, el proceso de la herencia será comprendido cada vez con mayor claridad como un caso de restitución de equilibrio.

IV

Por su amor a la ciencia se podría

decir de Lardé, como de Goethe, que habría abierto el tórax de un ave para ver cómo latía su corazón. La verdad científica tenía una seducción alucinante para aquel niño pensador. Yo gocé de su arrobamiento —que todavía me llena de inefable ternura— cuando a nuestro conocimiento llegaba por primera vez la ley de la conservación de la materia, de Lavoisier, y la ley de la conservación de la energía, de Meyer. De la simplicidad de aquellas dos revelaciones geniales de la ciencia veíamos desprenderse, como una forma transfigurada, la certeza de la unidad absoluta de la substancia universal. Era un sentimiento profundamente religioso y místico. No en vano habíamos encontrado en el trabajo colosal de Ernesto Haeckel la forma augusta de Spinoza.

Con todo, Lardé no permanecía quieto. Como se dijo al principio, de una cosa pasaba a la otra, con verdadera festinación, aunque siempre dispuesto a ahondar. El estudio de la Naturaleza le llevó a recorrer todo este pequeño país, a estudiarlo geográfica e históricamente. Llegó a ser un historiador a su manera. Pero de entre todas las disciplinas científicas que a su talento acometiera ávidamente, el estudio de los volcanes y terremotos de la República constituyó la expresión más original y amplia de su vida. Y si, como decía antes, Lardé habría abierto a un ave para verle latir el corazón, también habría provocado la erupción de cualquiera de nuestras atalayas geológicas para estudiar de cerca, in vitro, el proceso de una gran catástrofe. De esta manera se explica cómo en la madrugada del 8 de Junio de 1917, Lardé, cual un extraviado ermitaño, se fuera a las colinas cercanas a ver la erupción del volcán de San Salvador. Y desde aquella fecha, sus estudios de sismología empezaron a culminar, hasta llegar a convertirle en uno de los más atendidos sismólogos del mundo. Estudió en forma comprensiva la estructura del suelo

salvadoreño, como sismólogo y como arqueólogo.

Los trabajos y estudios que quedan de Lardé son los siguientes:

El Terremoto de 1915 y los demás Terremotos de El Salvador.

El Volcán de Izalco. •

Orígenes de San Salvador Cuzcatlán.

Geología General de Centro América y especial de El Salvador. Y *Arqueología Cuzcatleca*, trabajos preparados para el III Congreso Científico Pan Americano.

Serie de Estudios Históricos Centro-americanos publicados en "El Salvadoreño" en 1925 y 1926.

Apuntes para un Diccionario Histórico y Geográfico de El Salvador.

Datos para un mapa de El Salvador, y una copiosa producción dispersa en revistas y periódicos, por la cual casi nunca se le pagó un centavo.

Debemos tomar en cuenta que esta ardua labor de investigación científica la realizaba mientras, por pago mezquino y de manera constante, dictaba sus clases en varios centros de enseñanza de la capital salvadoreña. Imaginemos ahora a dónde podría haber llegado aquella inteligencia tan viva, de haber tenido otro medio menos duro de hacerse la vida y que le permitiera dedicarse con más energía y tiempo a la investigación directa de nuevas verdades.

De todas maneras, aunque su obra no hubiese culminado como la de un sabio perfecto, la vida de Lardé viene a ser un ejemplo brillantísimo de amor a la ciencia. Son tan pocos aquellos que, en nuestros días, logran ofrecer a sus discípulos un ejemplo así. Lardé llegó a ser un gran profesor, un genial maestro, porque transmitía a todos los que estaban a su alcance su devoción a la ciencia; porque se dedicaba, con constancia heroica, de manera exclusiva, a ejercer su apostolado; porque todos sabían que aquel hombre impetuoso habría logrado resultados económicos mejores en actividades distintas y, sin

embargo, no consintió nunca en separarse de su cátedra; porque dejaba de comer y vestirse para adquirir medios de investigación y de cultura, y prefería no dormir antes que dejar pasar la hora sin que él no pudiese entregar un resultado a la vida.

¡Lo que aquel ejemplo podía haber pesado en la vida cultural de Centro América! Porque esta Centro América, que a veces se enciende de aversión al extranjero, negándole la dicha de vivir en su seno y pretendiendo cerrarle el acceso a las actividades superiores de su vida, es una Centro América intelectualmente colonial. Fuera de la producción literaria, en su mayor parte inspirada en el extranjero y preparada para el comercio exterior, en materia de investigación científica los logros genuinamente centroamericanos han sido casi nulos. No hay entre nosotros amor a la ciencia. Nos conformamos con comprar el texto europeo o norteamericano y aceptar lo que de allá viene como si viniese del cielo. Y esta indiferencia para la investigación disciplinada, para la investigación científica, ha culminado con el desplante con que algunos hombres de letras han proclamado su aversión a la ciencia y su completa ignorancia de las más elementales verdades científicas.

Por otra parte, un gran sector de la juventud pensante ha creído muy poco en la trascendencia de la investigación científica. Se han apasionado nuestros muchachos con la acción política, creyendo que la vida consiste en ello y que la libertad sólo allí radica. Pero pocas veces han comprendido la belleza y la trascendencia de la investigación ordenada de la verdad en la Naturaleza; pocas han medido el alcance de un nuevo principio o del desbaratamiento de un error; y casi nunca se han detenido a meditar sobre este hecho histórico de máxima sencillez: que el progreso del mundo, en el sentido sociológico, económico y moral, ha recibido mayor impulso de aquellos que

por la ciencia vivieron —Faraday, Pasteur, Steinmetz, Reclus, Marshall, Marconi— que la multitud de desorientados revolucionarios que pretendieron, atizando el odio en las clases desposeídas, hacer mejor la vida.

• • •

Lardé fue en su adolescencia un verdadero puritano. Había querido regular su exuberante vida intelectual conforme una aspiración de virtud. A los 17 años él se preparaba a ser una armonía viviente de salud, de disciplina, de trabajo, de altos anhelos. Al perder a su madre y verse, de un día para otro, convertido en padre de una numerosa familia de menores, el pequeño filósofo, el revolucionario, el soñador (Lardé llegó también a escribir lindos versos clásicos) aceptó el modesto mandato de la vida y dedicó todas sus fuerzas al trabajo productivo, para educar a sus hermanos, para pagar las deudas heredadas y para educarse a sí mismo.

La carga que gravitaba desde entonces sobre los hombros de este precoz pensador, era tremenda, dura, pesada, dolorosa. Yo le veía volver a su casa, de noche, después de largas horas de trabajo en las aulas, abrumado de lectura, de disertación, de reflexión, y de andanza. Lardé se recorría a pie la ciudad capital, en verdadera prisa, desde el Zapote, en donde el General Llanos le abriera una puerta para enseñar a la tropa, hasta el Instituto Nacional, el Colegio Técnico Práctico de Señoritas, el Colegio Normal de Maestras, etc., etc. (Juan Ramón Uriarte, Julián López Pineda y Julio Bias, fueron sus amigos que le ayudaron a conseguir sus “clases”). Y luego en su casa, otra vez al estudio. A ver a la familia, a orientar a los pequeños, a pesar de la vida en los términos —duros para el teórico— de la deuda que se debe cancelar, de los abastos que deben adquirirse, de los zapatos y la ropa que deben ser comprados...

Así pasó muchos años, tal vez desde 1911 hasta que murió. En vacaciones, se recorría la República, estudiando sus aspectos geográficos, históricos y étnicos. Así pudo coleccionar una multitud de datos importantísimos para la ciencia salvadoreña. Formó parte de numerosas comisiones científicas oficiales y presenció, con sus propios ojos, desde lo alto de unas colinas, la erupción del volcán de San Salvador, en 1917. Trabajó como examinador en los colegios de la República, de manera que puede decirse que fue hombre conocido por toda la juventud estudiosa de su Patria.

Pero aquel surmenage no podía durar toda la vida, sin dislocar su estructura vital. El hombre disciplinado empezó a doblegarse. Aunque la Nación le admiraba y le quería, le aplaudía y le respetaba, a Lardé se le dejó con sus cargas enormes, abrumado de trabajo, abusado en sus reservas nerviosas y agotado por una necesidad intelectual, por una sed de sabiduría, que no se apagaba jamás. Los periódicos acogieron siempre sus producciones pero no le pagaron casi nunca. El Estado le sorbía la vida, y le recompensaba con pésima remuneración. Lardé, que se desbordaba en servir a la República, en una forma noble y elevada, no llegó a tener jamás una casa propia... Y así fue cómo, el hombre disciplinado empezó a flaquear; para restaurar engañosamente sus fuerzas, Lardé echó mano, como Rodó, del estimulante y, con los años, de manera excesivamente breve, aquella vida extraordinaria fue agotándose hasta extinguirse.

He querido narrar este aspecto íntimo de la vida de Lardé, sin pretender empañar su memoria, para enseñanza de la juventud que me escucha. El hombre bueno, talentoso y patriota, debe procurar vivir bien, en el sentido elevado de vivir conservando la armonía de la salud mental y física. La Nación, también, si quiere vivir debe respetar y ayudar a sus servidores. El hombre de talento tiene responsabili-

dades muy graves y debe procurar, en todo instante, mantenerse en perfecto equilibrio físico. Quiero también, tendenciosamente, hacer ver a la juventud que me escucha el ejemplo de aquel joven animoso, absolutamente honrado, rigurosamente caballeroso, lleno de inteligente respeto a las leyes de su Patria, y, encima de todo, un gran revolucionario que tenía en sus manos el instrumento de la ciencia para demoler las tiranías. Lardé fue un ejemplo diamantino de amor a la ciencia, de lealtad a su Patria, de fidelidad a su nombre, de devoción inmarcesible y esclarecida al servicio de la humanidad. Alguien dijo de él que había sido un “cientista”. No: fue un hombre de ciencia, un genuino hombre de ciencia. Un “scholar”, con la significación deslumbrante que

dan a este término los anglosajones. Era revolucionario, digo, pero con ciencia. Su rebeldía no era el atropello grotesco de la ignorancia sobre las instituciones, sino el ácido destructor, derramado con gracia, sobre las edificaciones del absurdo. Fue un hombre que primeramente pensó con intensidad, alumbrándose el último rincón de su alma, antes de aventurar una afirmación que podría ir lejos en la mente de sus conciudadanos.

Yo recibí de él una cooperación valiosa. Pláceme ahora hacer este esfuerzo por hacerle vivir ante vuestros ojos, y animar su forma yerta con el movimiento vivo de mi lealtad y de mi admiración. Procurando en este esfuerzo entregaros un testimonio purísimo y a la vez un radioso estímulo.

ENSEÑANZA DE LA FILOSOFIA

Por el Dr. ALEJANDRO ESCALANTE DIMAS

PRIMERA PARTE

LA ANTIGUA GRECIA

CAPITULO PRIMERO

I.—Dos palabras.

II.—Sobre la naturaleza.

III.—Mentalidad Parmenídica.

I

El cultivo de la Filosofía es una de las disciplinas mentales más difíciles que existen, no sólo por la naturaleza y contenido de sus problemas, sino por la falta de unidad y comprensión de los mismos. Su estudio requiere una enorme fuerza de voluntad, una clara inteligencia y una ansia inagotable en la investigación que descifra los recónditos misterios de las cosas. Las interrogaciones que el hombre se hace desde Pitágoras y Aristóteles hasta nuestros días, sobre nuestra razón de ser, de nuestra existencia y destino, sobre

la materia, el espacio y el tiempo, sobre el número, la necesidad y causalidad, sobre el “Yo” y demás manifestaciones psíquicas y biológicas, y sobre otros muchos aspectos de la vida, y las cuales no han sido contestadas satisfactoriamente, por la dificultad de penetrar el terreno de la verdad absoluta, despiertan cada vez un mayor incentivo en la prosecución del conocimiento. Pareciera que el ser humano, cuando empezó a pensar hondo, con proyecciones luminosas, se extravió por los campos de lo ignoto. Ese es el origen

de las múltiples escuelas y sistemas filosóficos conocidos, algunos de ellos, sin consistencia; y algotros, hasta contradictorios. Sin embargo, esta falta de ordenamiento y sistematización en la búsqueda de la verdad, es una demostración de que aquélla, es anchurosa como el mar e incommensurable como el infinito. El ser pensante, siempre tendrá nuevas fuentes de inspiración, hasta que se acabe el mundo o halle los ricos yacimientos de donde emane la luz que lo hará feliz.

Con tales reflexiones y ante la perentoria respuesta que demanda la pregunta de lo que es la filosofía y su objeto, su método y enseñanza, sirva de estímulo en el presente estado el pasaje aquel de Platón que prescribe: “Es hermoso y divino el ímpetu ardiente que te lanza a las razones de las cosas; pero ejercítate y adiéstrate en estos ejercicios que en apariencia no sirven para nada, y que el vulgo llama palabrería sutil, mientras eres aún joven; de lo contrario, la verdad se te escapará de entre las manos”.

Adelante, pues.

II

El análisis que de la Naturaleza y del espíritu hicieron los pensadores de la Antigüedad, dio nacimiento a diversas doctrinas que el estudiante no debe ignorar. La filosofía presocrática se caracterizó por su inclinación a hallar una causa originaria de todas las cosas. La explicación del principio de la Naturaleza, no encuentra reposo seiscientos o quinientos años antes de Jesucristo en que Tales, Anaximandro y Anaxímenes se plantearon por vez primera el problema de la materia primitiva. El contenido de esta filosofía, según el decir de Tales, es de que la materia primera de todas las cosas es el agua, lo líquido, lo húmedo. Ella está concebida en constante transformación, que da origen a los seres vivientes en sus complejas y variadas manifestaciones; y su indestructibilidad formulada por Lavoisier en la época de la Revolución Francesa, no fue ignorada por la filosofía griega, ya

Anaximandro de Mileto, al referirse a la materia, la concibió inagotable e ilimitada, creando como lógica consecuencia en la filosofía posterior, el atributo de indeterminación cualitativa. De esa característica fundamental surgieron las cosas diferenciadas, mediante un eterno devenir de la materia. Anaxímenes, el primer filósofo de entre los de su clase, es quien mejor sintetizó el pensamiento de su época, cuando sentó el principio de que: “De la nada, nada adviene”, y de que “El comienzo del ser tiene, pues, que ser también un ser”.

A este respecto, también añade que el aliento vital viene a ser el aire, elemento que penetra el cuerpo y lo mantiene; y que como materia primitiva, da origen al agua, al fuego y a la tierra, pero la materia siempre es la misma, inmutable y de la cual proceden todas las cosas. Y así como el fuego es lo enrarecido; las nubes y las piedras son aire, esto es, mediante un proceso de gradual transformación.

Por eso Anaximandro cuando desenvuelve la idea talesiana sostiene que la tierra en sus comienzos fue fluída y después fangosa, originándose por la acción del calor, las primeras manifestaciones acuáticas de vida, para dar paso por la creciente y continua desecación a las otras formas orgánicas vivientes hasta llegar al hombre. Es así como quedó formulado uno de los principios básicos de la filosofía antigua, que ha dado margen a numerosas e interesantes especulaciones del pensamiento como lo veremos después. Fundamento eterno, denominó Anaximandro, a este principio o Ser primario del que procede todo y al cual retorna todo.

III

Dejando por ahora a un lado a los filósofos de la naturaleza para dirigir nuestra mirada en los pensadores de la siguiente generación: Pitágoras, Heráclito y Parménides, no podemos dejar de reconocer en éstos la influencia poética del estilo pindárico, elevado y patético

de fines del siglo VI y comienzos del V antes de Cristo. Este hecho es decisivo en el desenvolvimiento de la filosofía griega, porque a partir de entonces se puede decir que arranca la helenización del pensamiento pagano, del pensamiento de los milesios, ya que al unirse la doctrina y la liturgia en las enseñanzas, se abrieron nuevas brechas al conocimiento y se despertó mayor interés por las cosas del alma, impregnadas de religiosidad. Su importancia es tal que la filosofía de aquellos tiempos no se conformó con dar explicaciones científicas de la naturaleza; y, como ello no era suficiente, se recurrió al poderoso auxiliar, a la rica gama del espíritu: a la expresión simbólica. Es decir, el cosmos representado por el “número” de Pitágoras, el “fuego” de Heráclito, el “uno” de Parménides. Sus imágenes que son las del universo, constituyen una muy distinta y particular manera de pensar a la de los milesios, quienes para explicar el mundo se valen de causas y substancias primeras.

De este modo la escuela pitagórica inspirada en la idea de medida y armonía, consideró el universo como una unidad, ordenada y simétrica. Ella fomentó la Matemática y la Música; de la idea de que los sonidos armónicos dependen de los números enteros, desarrolló la teoría de que el número es el origen de todo, ya que el mundo y su orden se pueden someter a las relaciones numéricas.

Y tanto es así —afirmó— que de la relación existente entre las cuerdas y las notas respectivas se puede hacer un estudio provechoso de lo cuantitativo musical. A este respecto, su pensamiento es tan vasto que llegó a formular la teoría de la música celestial o Armonía de las esferas, que no percibimos por la imperfección de nuestros sentidos.

Los pitagóricos partían del punto de vista de que la esencia de las cosas es el número. Su teoría del átomo no establece diferencias entre espacio y materia, toda vez que ésta para ellos es algo especial, y al mismo tiempo que fluida, continua. La dureza y la impenetrabilidad son fenóme-

nos subjetivos y por tanto a la materia sólo se le pueden atribuir cualidades matemático-geométricas. De allí que la Física se incorpore a la Geometría. La tesis de la limitación e ilimitación de las cosas, encuentra motivos de enconadas y opuestas discusiones, al traer a cuento el apotegma de que “El punto no es una parte, sino un límite en el espacio”. Los pitagóricos revolucionaron la Astronomía. Fueron los primeros que desalojaron a la tierra del centro del Universo, y abrieron más tarde los ojos a Copérnico, quien dio al traste con la doctrina geocéntrico-aristotélica, fundamentando su nuevo sistema del mundo astronómico heliocéntrico, al asignar a la Tierra su verdadero lugar entre los demás planetas.

Esto da una idea de que el conocimiento de los pitagóricos en materia de Astronomía y Matemáticas fue profundo y penetrante.

Paralelamente a esta sabiduría pitagórica tildada por más de algún pensador de “erudición inútil”, se desenvuelve el concepto de que el Universo es un proceso, a la manera de un eterno hacerse y deshacerse. Lo que se presenta con caracteres de inmutable, es una apariencia, como si dijéramos que el oxígeno que hoy respiro, es el mismo de ayer. Sólo la ley de cambio es permanente y de aquí nacen la unidad y la armonía que gobiernan el mundo.

Pitágoras fue un decidido partidario de la teoría de la transmigración de las almas y sus estudios dieron lugar a diversas interpretaciones de la metempsicosis al encaminar sus esfuerzos para diferenciar lo material de lo ideal.

Sus estudios sobre el problema del alma y su inmortalidad, lo llevaron a especular sobre la estrecha vinculación de aquella con los números, los que según él son ante todo como medidas del tiempo, edades de las cosas. Vemos pues, converger en el fondo todo el sistema pitagórico con la vida contemplativa y religiosa.

Desde el punto de vista pragmático, es indiscutible el mérito de la escuela pitagórica al enseñar una nueva ruta a seguir,

una nueva manera de vivir, porque eso y no otra cosa es la disciplina que prepara y ejercita al hombre en la contemplación. Aquí es cuando surge por primera vez el apasionante tema de su libertad y de su autarquía individual. Este tema es eterno, aún se debate en nuestros días.

Parménides y sus discípulos escaparon del círculo vicioso en que frecuentemente se cae cuando se analizan los conceptos del ser y del no ser, del dilema eleático: “El Mundo existe o no existe”. Parménides abre otros caminos al pensamiento filosófico: su fundamentación dialéctica de que el ser uno e imperecedero, excluye la pluralidad y el cambio, éstos son conceptos de polos opuestos. Lo compuesto de partes es y no es, por cuanto una parte “no es precisamente la otra parte”; en consecuencia, lo que cambia no puede tener existencia. Así nacen las antinomias de lo infinito: los elementos de que está formado lo múltiple son inextensos o poseen alguna extensión. Si se acepta lo primero, no resulta ninguna extensión positiva; si se acepta lo segundo, jamás se podrá llegar al final. El número de partes en que se puede dividir lo compuesto no tiene término. No obstante que estas antinomias están contra todo esfuerzo pitagórico tendiente a explicar la esencia de las cosas, a base del número, no fue posible ni suficiente sustraerse a la relatividad de todo movimiento. Los continuadores de Parménides pusieron de relieve la necesidad de determinar un punto de apoyo alrededor del cual giren o se muevan los objetos cuya fijeza o movilidad se trata de encontrar. De esto se desprende que la teoría del movimiento relativo, no es nada nuevo, ya los filósofos de la antigüedad habían demostrado la imposibilidad de atribuir movimiento al ser absoluto. La naturaleza se nos presenta como un constante fluir, como un hacerse, a diferencia de la materia permanente, inmutable, ésta que no se cambia, no es más que una “apariencia sensible” según expresión del filósofo Heráclito. Es la cosmogonía que hace surgir lo perecedero de esta antítesis: fuego y agua, ser y no ser, claro y

oscuro, ligero y pesado. Tal manera de pensar influyó poderosamente en los siglos posteriores. El concepto de sustancia permanente de que se originan las cosas, siguió sirviendo de columna vertebral para explicar el nacimiento del mundo. Importante es recordar que a los conceptos de sustancia y cambio hay que agregar la causa activa que mezcla y separa los elementos compuestos de la materia, esto es, la fuerza. La unión creadora, que hizo surgir los seres vivientes capaces de reproducirse, ligadas inexorablemente al Universo, que todo lo abarca y todo lo crea en su seno, en un constante intercambio de elementos, viene a ser una poderosa vinculación del mundo con el hombre y su destino. Por eso nosotros mismos somos fuego y agua, aire y tierra. A este proceso de formación estamos sometidos todos, y precisamente porque percibimos lo mismo con lo mismo, es que Goethe pensó: “Si el ojo no fuera luz solar, jamás podría percibir el sol”.

Ontológicamente hablando ya sabemos que Heráclito no conforme con el planteamiento del problema sobre el “Ser”, puesto que para él las diversas explicaciones dadas por los milésios, pitagóricos y Empédocles, quien en un intento de salvar el prestigio de la filosofía generalizó conceptos, no respondían a las exigencias de la verdad, llegó a proclamar que las cosas no son lo que son en el momento presente, toda vez que cambian de manera inexorable de ayer para hoy, y de hoy para mañana. Jamás vemos dos veces los mismos objetos, pues éstos son como las aguas de los ríos que pasan y no retornan a su punto de partida. Por eso solía decir: “nunca nos bañamos dos veces en el mismo río”.

Vistas las cosas desde este ángulo resultan completamente diferentes. Se trata del reverso de la medalla. El ser dinámico de las cosas es opuesto al ser estático de las mismas. Como se ve, los pensadores anteriores a Heráclito propugnan por una filosofía estática mientras que éste se pronuncia en favor de un abierto dinamismo cuando sostiene que “las cosas no son

sino que devienen, y ninguna y todas pueden tener la pretensión de ser el ser en sí”.

No es de extrañar que tales ideas hayan sido proyectadas hasta nuestros días con la misma frescura de antaño, si además de hermosas contienen un sentido profundo de la realidad. Su influencia ha llegado hasta Enrique Bergson.

Parménides, a quien se podría considerar como un continuador de Heráclito por haber desarrollado de modo lógico y perfecto su conocimiento dentro de los cauces de aquella, ha trascendido la esfera del pensamiento metafísico actual, imprimiéndole puede decirse la misma dirección de hace dos mil quinientos años, aunque con resultados y conclusiones opuestas a las de Heráclito.

En Elea, pequeña ciudad del Sur de Italia, tuvo su cuna la “escuela eleática”, así denominada por haber nacido en ella los sostenedores y fundadores de dicha escuela.

Parménides, el más alto exponente de aquella filosofía, introdujo en el pensamiento humano, una de las mayores revoluciones de que se tienen datos en la historia.

Para comprender a Parménides es condición sine qua non parangonarlo con Heráclito. Es hasta entonces que nos damos cuenta de la reciedumbre mental de tales colosos. Es entendido que ese parangón tiene que ser de crítica y polémica; de lo contrario el pensamiento del padre de la “escuela eleática”, no se agiganta ni maravilla, no se desenvuelve ni resplandece. He aquí su singularidad: su desarrollo se verifica en función dialéctica.

Parménides, después de serias consideraciones descubre en el devenir heraclidiano una contradicción lógica, puesto que una cosa que es no puede dejar de ser al mismo tiempo, sino que al no ser, ha vuelto a ser otra cosa. Y aquella posición ilógica, que llega a calificar de absurda, le pone ante sí la necesidad inaplazable de buscar un principio de razón suficiente, el cual formula así: “el ser, es;

el no ser, no es”. ¿Cómo es posible, pues, sostener con Heráclito que las cosas son y no son? Alrededor de este análisis la escuela eleática, abunda en conceptos y razonamientos. De esta manera la filosofía parmenídica, con el descubrimiento lógico del expresado principio, ha servido para prestar al pensamiento humano una de las bases mejor cimentadas e inmovibles conocidas hasta hoy. Ese principio se denomina “identidad” y él es punto de apoyo de toda la filosofía metafísica ulterior, aún en boga en nuestros días. Como esta dialéctica eleática es contundente, no se puede, sin incurrir en el error, continuar sosteniendo que las cosas que son, no lo son, esto es, desde el punto de vista estático, salvo que hubiese alguien dispuesto a que se le acogiera por loco.

Las consecuencias del principio de identidad, son varias: lo primero es que el ser, sólo puede estimarse como único, ya que es incompatible la existencia de dos seres, pues aceptando por un momento que haya dos, entonces la diferencia estribará, en que lo que es en el uno, en el otro no lo es, y viceversa, lo que no es en el otro, en el uno es. Esto se llama absurdo lógico, o sea una manifiesta contradicción de afirmar “el no ser del ser”. En otras palabras, decir que hay el no ser es decir que el no ser, es. Esta es una abierta negación al principio de identidad.

¿Conclusión? El ser es único.

Otra consecuencia que se deriva del principio de identidad es la que podemos afirmar de que el ser es eterno. Lo contrario de eterno, significaría que el ser tiene principio y tiene fin. Si tiene principio, es preciso aceptar que antes de ese principio, había el no ser. Pero esta afirmación nos conduce a sostener que el no ser, es. Todo esto, es tan deleznable como lo anterior, pues el ser no tiene principio ni fin.

El ser también es inmutable porque no puede cambiar, y es infinito porque no tiene límites; y es inmóvil, porque moverse es dejar de estar en un lugar para transportarse a otro.

La poderosa mentalidad parmenídica después de haber sentado el principio de identidad y de haber fijado ideas claras e inconfundibles sobre las antinomias, no se conformó con ello y fue más allá.

Es indudable que las manifestaciones de la naturaleza tal como se ofrecen a nuestros sentidos, demandan una explicación, dado que el espectáculo del mundo es muy diferente a la interpretación que de las cosas hace Parménides. Ya hemos dicho que según éste el ser es único, eterno, inmutable e inmóvil, pero que estos predicados si bien se ve son irreconciliables con la vista del universo. Nosotros no podemos ocultar que los objetos, ante nuestros sentidos son múltiples, perecen, se transforman, tienen figuras o son informes, se mueven. Sin embargo, el filósofo más grande de aquellos siglos —como lo dijera Platón— atribuye todo ese bagaje de hechos, todo ese abigarrado mundo de complejas manifestaciones en el colorido, en el ir y venir, en el multiplicarse, a una ilusión de nuestros sentidos, a una muy especial manera de ver las cosas, sujeta a nuestra limitada facultad de percepción. De aquí en adelante la investigación filosófica se vuelve colosal. El pensamiento se bifurca y sus proyecciones a través de la historia que aún nos alcanzan en día, nos han enseñado a distinguir entre el mundo sensible y el mundo inteligible. Aquél emana del conocimiento sensorial, sólo que él tropieza a cada instante con el razonamiento lógico que lleva a lo ininteligible de los sentidos, dando por resultado final la contradicción entre los presupuestos metafísicos apuntados y sus contrarios de la pluralidad, temporalidad y demás que resultan manifestamente incomprensibles a la razón. Y si todo esto es contradictorio, tiene que ser ilusorio y falso.

Entonces si las cosas las sometemos a la ley lógica de la no contradicción, o mejor dicho, al principio de identidad, nos situamos ante el mundo de lo inteligible, o sea del razonamiento que analiza y comprende. Y a partir de aquí, basta poner en juego el principio de identidad

para descubrir el ser de las cosas como una realidad, su ontología. No habrá más directriz que la del pensamiento lógico y racional.

Por eso asienta la tesis de que el ser fuera de mí, es idéntico a mi pensamiento sobre ese ser. Lo que yo no puedo pensar por lo absurdo que puede ser, no tiene realidad. En consecuencia, para reconocer las cosas, no es necesario salirnos de nosotros mismos, sino que será suficiente con razonar un poco coherentemente, con lógica, hasta llegar a la conclusión que nos ponga de relieve las cualidades fundamentales del ser. Según esto, las propiedades del ser, se confunden con las del pensamiento. Este es el fundamento trascendental de la famosa frase parmenídica: “una y la misma cosa es ser y pensar”.

He aquí el origen de toda la filosofía occidental.

Naturalmente el éxito de estos hombres en la investigación lógica de la verdad, se debe a la maestría con que manejaban el procedimiento de la dialéctica, procedimiento que empleado con habilidad rinde opíparos frutos y codiciados provechos. Y si no allí está la espectacular demostración, de que el movimiento es una mera ilusión de nuestros sentidos llevada a cabo por Zenón de Elea, y la cual omito por no permitirlo la extensión a que está destinado este estudio somero y además será suficiente con recordar el principio sentado de que “aquello que no se puede pensar no puede ser”. Y luego de cuando Zenón decía a quienes lo escuchaban: “Os voy a demostrar una cosa: Si vosotros ponéis a disputar en una carrera a Aquiles y a una tortuga, Aquiles no alcanzará jamás a la tortuga si le da ventaja a la salida”. Por supuesto que para entender esto, se requiere alguna preparación, porque no es tan fácil comprender el sentido del argumento de Zenón. Aquí el espacio se vuelve divisible en un número infinito de puntos; y como el movimiento consiste en la traslación de un lugar del espacio a otro, resulta que siempre hay entre estos dos lugares, una infi-

nidad de puntos; y como este tránsito no puede efectuarse sino en razón de un infinito de tiempo, el problema se torna inteligible, y entonces el movimiento ya no es verdadero porque ha pasado a pertenecer al mundo de la apariencia, al mundo sensible.

A mayor abundamiento encontramos sobre este particular los ejemplos de la flecha que volando por el espacio, se halla en reposo y el de los carros que persiguiéndose el uno al otro no se alcanzan nunca. Su fundamentación lógica es la misma a que nos hemos referido, al hablar de Aquiles y la tortuga.

Ahora bien, si bien es cierto que la importancia histórica de los descubrimientos de Parménides y su decisiva influencia en la filosofía posterior, son innegables, también es cierto que esa importancia es tanto más innegable cuanto que aquellos principios, el lógico de identidad y el de identificación entre el ser y el pensar, sirvieron de base para levantar todo un sistema de metafísica. Esa concepción fundamentalmente eleática, ha arraigado tan profundamente en la mentalidad de los filósofos modernos que difícilmente se puede hallar uno que no tenga la íntima convicción de que es imposible resolver los problemas de la ontología, sin el concurso de nuestra intuición

intelectual o volitiva, tal como se desprende del método parmenídico. La idea estática del ser sustentada por la metafísica de Parménides tiende en el presente siglo a ser otra en sus cánones, ya insuficientes por la ciencia física, por la ciencia de la naturaleza, en lo referente a la teoría de los cuanta e intraatómica y la cual pugna con la estática de la filosofía de Elea.

Al desprenderse de la naturaleza y espiar por los campos de la sociología y la biología, es decir, por lo meramente humano, el hombre advierte que la concepción estática de que hemos hablado no satisface la explicación que pueda darse de la vida, y que, al anquilosarse el conocimiento con los conceptos de unidad, inmovilidad, infinito, eternidad e inmutabilidad, surge con urgencias perentorias, la necesidad de reemplazar esa concepción estática por otra que nos permita, como las aves, volar por regiones aún no conocidas y que de veras respondan a una verdadera liberación del pensamiento. El filósofo necesita hallar la fórmula que le dé la oportunidad de identificar lo finito con lo infinito, y el ayer con el hoy, la fórmula que haga sentir al hombre la viva emoción del teorema de Espinosa, quien solía decir: “nosotros sentimos y experimentamos que somos eternos”.

CAPITULO SEGUNDO

I.—Sócrates.

II.—Platón.

III.—Aristóteles.

I

Y así sucesivamente, llegamos hasta Sócrates, Platón y Aristóteles: los dos primeros se ocupan especialmente de la virtud, para ellos sólo el conocimiento de sí mismo, es lo que tiene importancia. Sócrates —afirma—, la virtud es todo: ciencia e inteligencia. Ningún hombre es malo y los que lo son, accionan bajo el peso de fuerzas que van en contra de su

voluntad, de allí que la virtud es ciencia, porque entraña la unidad e igualdad de todas las virtudes. Su filosofía descansa sobre conceptos éticos, y al consagrar su vida al estudio y práctica de la virtud, al conocimiento de sí mismo, llega hasta menospreciar la investigación naturalista por conceptuarla irracional. Sabios son sólo aquellos que tienen conciencia de su

propia ignorancia. De eso se desprende que más que filósofo es un sabio, un sabio fundador de la Ética.

El estudio de los Diálogos de Platón, nos lo revelan como un exímio pedagogo. Indudablemente desarrolló una prodigiosa actividad docente, difícil a la vez que sencilla, fascinante a la vez que profunda y trascendental a la vez que decisiva en los destinos de la humanidad.

Sócrates, representa la fuerza de la razón, el dominio del pensamiento puro sobre los equívocos sensoriales o sentimentales; por eso dice, que la “virtud es ciencia” y que “nadie hace voluntariamente el mal”. Cuando habla de la virtud como ciencia, lo hace en un sentido lato: su meta final es la felicidad. El grito de la conciencia y el análisis reflexivo de los actos conducen al individuo al conocimiento de la verdad y a la ejecución del bien, que para el caso viene a ser la misma cosa. De su lema delfico: “conócete a ti mismo”, extrajo el fundamento inmovible de sus enseñanzas; el conocer y el hacer son hechos que cada quien debe desentrañar de sí mismo. Esta autonomía individual, sujeta a los dictados de la libertad interior, tiene muchos puntos de contacto con los sofistas, pero su doctrina de características conservadoras, lo hacen inconfundible.

Esta actitud de reflexión y de sentido crítico dio al traste hasta cierto punto con el impulso animador e ingenuo del pensamiento griego presocrático e introdujo una verdadera revolución en la juventud ateniense. La ideología imperante en aquella época, conturbada por la influencia de los sofistas, encontró en Sócrates un orientador que hizo posible un nuevo encauzamiento por la vía de la verdad confundida y extraviada por la aparente lógica de una oratoria envuelta en los encajes de preciosas y escogidas palabras. El anterior aporte, preparó el camino al florecimiento que poco tiempo después, alcanzó la metafísica con Platón y Aristóteles primero, y en seguida con la ética, ya que de allí arrancan los cínicos y cirenaicos; los epicúreos y estoicos.

Sócrates, siempre estuvo contra los sofistas. Con su arte de polemizar a base de preguntas y respuestas, logró demostrar la vacuidad de aquella ciencia plagada de artilugios ilógicos. Aristóteles cuando habla de él dice que se le deben dos cosas: “los razonamientos inductivos y la definición universal”. Mediante este sistema de inducción, de análisis y de fijación de conceptos se llega a diferenciar las cosas y a descubrir su contenido substancial. Y de esta manera, soslayados los inconvenientes de la sofística, sin mayor esfuerzo, se penetra en la teoría platónica de las ideas.

La enseñanza de Sócrates no se conforma con los conceptos, va más allá, en efecto, cuando encuentra a los hombres mismos les demuestra cuán enorme es su ignorancia; Cármides, por ejemplo, es un joven modesto, pero no sabe lo que es la modestia; Nicías, es valiente, y sin embargo interrogado sobre ello, ignora lo que es el valor; y el piadoso Eutifron por el estilo, no puede decir lo que es la piedad. Tal método de interrogar, pone de relieve lo difícil que es conocernos a nosotros mismos; y de allí que fácilmente se puede incurrir en errores al tomar como verdaderos y buenos, conocimientos malos y falsos. He aquí, el fundamento de aquella frase: “yo sólo sé, que nada sé”.

El pensamiento de Sócrates, quien no escribió nunca nada, nos es conocido por las referencias de sus discípulos y de algunos filósofos, entre los cuales, se encuentran Platón, Jenofonte y Alcibiades.

Fue víctima de una paradoja del destino: la democracia, lo mató.

Este hombre extraordinario, hijo de picapedrero y de la comadrona Fenareta, que vestido de ordinaria túnica y sin sandalias, recorría las calles de la ciudad, abstemio y de vida sencilla, es tanto más grande, cuanto que aquél comparado con los sofistas lujosamente ataviados, resultaba ser un nuevo tipo de sabio interesante y original.

Sócrates, es el más bello y edificante ejemplo de dignidad y rebeldía que conoce la historia de la Antigüedad. Es obli-

gación de la juventud de nuestros tiempos, para conservar diáfano el espíritu y la mente clara, abreviar en las fuentes del saber socrático. Aquel maestro, fue un valiente y un guía: criticó con acierto las condiciones sociales y políticas de su tiempo, estuvo contra la injusticia y contra las bajas pasiones; se opuso a la demagogia y a la masa inconsciente, enalteció el trabajo y finalmente tuvo la grandeza de aceptar la muerte como un designio de su inmortalidad.

II

A Sócrates se debió en gran parte la formación intelectual de Platón. Este filósofo, fiel continuador de la mayéutica socrática, sostiene que el verdadero conocimiento es el de las ideas generales, que nos dan el concepto real de las cosas. Los objetos considerados individualmente, sólo existen en la medida que como tales quedan comprendidos en las relaciones generales o universales, como dijera Aristóteles, puesto que no pertenecen a la esfera del conocimiento sino de la opinión. Las ideas no se perciben, se incuban en la mente, y están divididas en racionales y éticas. Las primeras comprenden las formas matemáticas y las generalizaciones científicas o sociológicas; y las segundas analizan los valores espirituales.

La Idea es la Unidad, igual, e invariable en todas partes, es la sustancia y esencia del mundo real que se manifiesta en todo sentido: en lo múltiple y complejo. Nada se puede concebir aisladamente, sin la ayuda de los conceptos universales por los que hablamos, pensamos y sentimos. Por eso se ha dicho "que la experiencia sensible", limitada a las cosas particulares, está en la misma relación en que las ideas lo están respecto al conocimiento. Platón no explica el proceso ideológico, es decir cómo se forman las ideas, según él la función de la mente es ordenarlas y descubrirlas.

Las ideas vienen a ser para Platón la parte fundamental de todas las ciencias e integran la Dialéctica que opone al sen-

sualismo de Protágoras, uno de los sofistas que enseñó que todo es representación subjetiva pues nada existe en sí; y que entre el hombre y el mundo no hay más relación que el capricho y la opinión emanados de las simples percepciones. A esta peculiar manera de pensar, le atribuye Platón conclusiones disparatadas, ya que se puede llegar a afirmar que si las percepciones no engañan, lógicamente el error no existe y se desemboca siempre en la verdad. Nada más absurdo —sostiene Platón—. El conocimiento no se genera por la actividad sensorial, sino por la relación que el intelecto verifica de esas percepciones en la conciencia, y éstos son fenómenos intelectuales y no corporales. Todas las diferencias obtenidas por las comparaciones de los sentidos, no son en el fondo más que el resultado de aquella función cerebral. Así se aprende a distinguir lo bello, lo bueno y lo verdadero y su antítesis lo feo, lo malo y lo falso, a todo lo cual podría llamársele los valores espirituales. Como es natural esta facultad de la mente, produce el conocimiento autónomo e independiente de los sentidos, que se traduce en la imaginación y raciocinio. Y ésta es la diferencia primordial, mientras el conocimiento emanado de los sentidos es veleidoso e incierto, el de la imaginación y raciocinio es permanente inmutable. Sólo lo que llevamos dentro, esa fuerza interior que denominamos alma, es lo único puro de donde nace la verdadera ciencia. Al concepto objetivo de las cosas se llega por el principio eleático de contradicción en el instante mismo en que al contraponer el ser al no ser, se elabora en la mente la identidad y la distinción de los objetos, concluyéndose por afirmar que las ideas son de este modo los principios del ser como tal y de los fenómenos en que se mueve, y que se manifiestan objetivamente con entera independencia de toda noción de espacio y de tiempo. Las ideas son pues, los principios en sí, desligados del conocimiento sensorial. No obstante estas sutilezas, Platón deja en pie muchos aspectos de la cuestión sin resolver. A

veces, se dice que no deslinda con claridad meridiana, las relaciones entre las ideas y los fenómenos objetivos.

Cada cosa tiene un fin que cumplir, cuando éste no se cumple, podemos decir que no existe tal cosa. Un ojo que no ve, no es nunca un ojo. Y Sócrates decía “que un gobernante que no logra el bienestar de sus gobernados no es un gobernante”. De la misma manera Platón, encuentra que el Universo tiene un fin primordial, definido, al que aspira constantemente al supremo bien, razón y causa de todas las cosas.

El principio fundamental de las Ideas del filósofo mencionado, puede considerarse como una enorme pirámide en cuya base se clasifican las ideas más bajas que sirven de soporte a otras más elevadas, hasta llegar al vértice, a la Idea superior, expresión última del Bien. Del concepto moral al metafísico, ya no hay más que un paso y por este procedimiento asimila el Bien y la Divinidad, ideas que hace descansar en postulados de fe natural y universal en abierta oposición al antropomorfismo mítico de su siglo.

El hombre se identifica con la naturaleza; y tanto es así que la multiplicidad de los seres es un fenómeno depurativo necesario a la perfección del mundo; y, como su alma es inmortal y racional participa de lo divino y por tal motivo la humanidad está destinada a alcanzar una vida pura y contemplativa, en el que el mayor anhelo es romper las ataduras corporales y hacerse puro espíritu. Precisa tener presente que el alma cuando está vinculada al cuerpo, su lucha por desasirse de las bajas pasiones es titánica, en constante esfuerzo de superación, pues la amenaza de la concupiscencia tiende a nublar la razón y la nobleza del valor. Su deseo de participar de la belleza y de la sabiduría, ponen al individuo en conocimiento de que su origen anímico es de alto rango y de que su verdadera existencia no es la que le corresponde en el mundo sensible, sino en un más allá ignoto y apasionante. Quienes moramos en este planeta, estamos inexorablemente so-

metidos a la prueba de la transmigración.

Platón se revela como un genio creador de la metafísica en sus mitos del Timeo. Cuando describe el “alma del mundo”, mediadora entre las ideas y lo material, e individualiza a ésta con ordenados cambios hasta transformarla en Idea, es precisamente desde en ese entonces que se le puede conceptuar como el precursor de la más formidable investigación dialéctica que se conoce del pensamiento griego: la metafísica.

El hombre aquilata sus acciones y orienta su vida hacia la meta del bien, se convierte en el ser más justo. Quien aspire a vivir rectilínea y virtuosamente, tendrá que “morir diariamente” a la vida de los sentidos.

Para gozar del supremo bien, fin último del ideal platónico; es necesario recurrir a la acción purificadora del espíritu. En eso consiste el quid de la ética de Platón, es no sólo una aspiración, sino un identificarse con ese más alto pensamiento del hombre encaminado hacia el vivir honesto y la más elevada expresión de la virtud socrática.

El filósofo es el hombre más capacitado para actuar con justicia. Su posición de virtud (refiriéndose a Platón) no podrá sustraerse jamás a los matices de asceta derivados de la influencia órfica y de su maestro Sócrates. Posición aquella que para ser alcanzada necesita someterse a una autodisciplina de educación y entrenamiento. Sólo de este modo se explica que aquellos filósofos fueran grandes educadores, la enseñanza, el contacto personal entre maestro y alumno, fue de vital importancia. El aprovechamiento de los jardines privados y el método peripatético, fueron dos indispensables elementos que contribuyeron a organizar la primera Academia, embrión y modelo de los centros universitarios creados más tarde en toda Europa.

Saber es recordar —dice Platón—, ante el reconocimiento de la idea racional en las apreciaciones sensoriales. La cultura se ensancha de la belleza externa de las

cosas al fondo espiritual del individuo, y siendo éste el camino que escala la meta de perfección se da cuenta el hombre de que su razón, es lo que lleva de divino y armonioso. La filosofía de Platón es entonces profundamente mística, y por eso sostiene que lo único real y verdadero que le da colorido y vivencia al mundo que nos rodea son los principios eternos e invariables que se contraponen al agnosticismo moral que declara al hombre con sus necesidades y actitudes cambiantes, nervio capital y “medida de todas las cosas”.

Conocer es someter las cosas a un riguroso análisis conceptual a efecto de desentrañar lo que tales cosas valen esencialmente en sus diversas relaciones de orden entre sí. O en otros términos: ¿qué es pensar? Todo saber es intuir. Cuando al conocimiento sensible contraponemos el conocimiento racional, esto es, como aprehensión de conceptos de lo que nos rodea, estamos fijando conceptos generales mediante el ejercicio de la intuición que en tal virtud transforma dichas abstracciones en objetos intuitivos o sean ideas. Platón explica que todos llevamos en nosotros mismos, en estado latente, el conocimiento de las esencias universales, el cual nos capacita para aplicar la intuición en la apreciación de lo múltiple e individual. La aprehensión intuitiva en el conocimiento de los objetos dormita en nosotros conceptualmente como idea de número o de forma y así distinguimos las cantidades y cualidades del mundo sensible. Aquí entra en juego el alma. Para compaginar este conocimiento que podría decirse innato, con el recuerdo de una experiencia que ya vivió en nosotros, es indispensable que dicho conocimiento pre-exista en el alma actualmente por la intuición de las ideas. Comienza desde este momento, la peregrinación del pensamiento griego de la antigüedad, por nuevos campos del saber. Platón ha descornado el velo de la metafísica del alma, y su investigación llevará a confortar al hombre en las aguas bautismales de fe y esperanza insospechadas.

El alma, inmortal y pura, no se aviene con la materia grosera y perecedera; sin embargo, las veces en que desciende de su plano, por razones de inclinación sensible, para manifestarse en forma abstracta, viviente y perceptible por decirlo así, va en pos de una liberación de tiempo en tiempo que tarde o temprano la harán volver después de un ciclo de depuración a los valores eternos de la verdad, la belleza y la bondad.

El alma, no ha hecho más que cumplir su misión: manifestarse en el bien, irradiar belleza y confundirse con el amor en su más alta expresión, porque el amor contemplado en sus diversos aspectos desde el sexual hasta el que persigue el hallazgo luminoso de la ciencia, no son en el fondo más que si bien se ve, la misma cosa, son un anhelo por el retorno a la perfección, al espíritu pristino y diáfano como las aguas claras de las fuentes de Castalia.

Todo este pensamiento de Platón ha servido de punto de apoyo y de fecundo estímulo en la investigación metafísica de la cultura europea.

Pero la labor especulativa de Platón no termina con lo que hemos esbozado a grandes rasgos; su obra ingente, comprende asimismo el terreno sociológico, el jurídico y el político. Si el Bien es orden, armonía y proporción, quiere decir que la justicia encuentra su más expresiva manifestación práctica en el individuo al subordinar y afianzar las funciones del alma en su íntegra personalidad. Solamente que esta armonía psíquica y justiciara donde mejor cuadra es en la organización colectiva llamada Estado. El individuo y el grupo se desenvuelven y accionan en recíproco apoyo de sus intereses. El Estado se concibe al igual que una segunda naturaleza de la persona en el que la vida social es algo primordial e inmanente de la esfera individual como el trabajo y la ayuda mutua: Al establecer cierta semejanza entre el individuo y el Estado, Platón —dice— que en la misma forma en que aquél necesita para su conservación y desarrollo del alimento que

ñor!" Le puso un cuño y me lo devolvió con un "Muchas gracias". Di algunos pasos y el aduanero ecuatoriano me dijo: "Su pasaporte, señor." Puso un cuño y me lo devolvió con otro "Muchas gracias." Y habiendo cumplido ambos con su deber, volvieron al puente a seguir conversando como de costumbre, en la misma lengua, en el mismo tono, como si no hubiese pasado nada, o nadie. Mientras un mozo volvía a cargar mis maletas al automóvil para seguir viaje pensé yo, "Así son las barreras políticas que nos dividen."

Pues bien, habiendo penetrado ya dentro del viejo imperio de los Incas, lo que primero salta a la vista es, por supuesto, la presencia del indio. Ahora bien, el indio del Ecuador, del Perú y de Bolivia no ha logrado entrar al mismo nivel que el de México por los intersticios de la cultura superpuesta. El indio andino es un ser preterido y vejado. Y la pupila de los novelistas de esta zona, cuando miran al indio, se nubla con ramalazos de indignación. En el Ecuador, Jorge Icaza nos da una imagen tan patética en su *Huasipungo* que esa imagen se descompone en escenas de pura pesadilla. En el Perú, hay toda una trayectoria indianista que va desde las crónicas coloniales como las de Garcilaso y Huamán Poma de Ayala, crónicas que por el dramatismo de su narración se leen como novelas, hasta obras como *Aves sin nido*, de Clorinda Matto de Turner y la más reciente *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegria. Y en Bolivia, Alcides Arguedas ha dejado su trágica visión cristalizada en su doliente *Raza de bronce*.

Al otro lado de la balanza en que los habitantes de estas tierras mantienen, en precario equilibrio, sus divididas lealtades, encontramos a los que añoran los viejos tiempos coloniales, tan opulentos, tan mandarinescos, tan llenos de pompa y boato. Aquella época distante ha quedado recogida y trasmutada, con encantadora gracia limeña, en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, uno de los cuentistas más originales de la lengua

castellana. Y los problemas económicos y políticos que nos atenacean también tienen su expresión en novelas como *Tungsteno*, del poeta César Vallejo, o en los ensayos de González Prada, de Mariátegui y de Haya de la Torre.

Siguiendo hacia el sur, separada del Perú por un desierto y extendida en una larga faja fértil entre los Andes y el Pacífico, está Chile, la quinta zona. Chile es una de las regiones más recias y unidas del continente. Los españoles que entraron con Valdivia se toparon con indios aguerridos a quienes nunca se ha logrado conquistar por las armas: los araucanos. *La Araucana*, el épico poema de Ercilla, es, en ese sentido, un épico canto a la libertad. Ahora bien, donde las armas fallaron, han triunfado el tiempo y la comprensión. Los araucanos han sido asimilados, y cuando un chileno tiene sangre indígena, se siente orgulloso de ello. Sangre araucana llevaba la ganadora de un premio Nobel de literatura, Gabriela Mistral. Y todos los que la admirábamos, sentimos su triunfo más nuestro porque en sus venas corría, con el licor de fuera, vino añejo de nuestra América. Pueblo unido el chileno, y emprendedor y decidido. Su sí es sí; su no es no, y su respuesta usual es un rápido "Ya. Al tiro." Es tierra de minas, de viñedos y de bosques, de cumbres rosadas a un lado, y de mar, que ofrece caminos, al otro. Por eso su novelística capta el ambiente de los que bajan a perforar la tierra, como en los cuentos de Baldomero Lillo, y el de campesinos que cuidan las vides y a veces mueren en las cubas de mosto, como sucede en *Vino tinto*, de Luis Durand; o el de pueblos que surgen y arden al borde del bosque, haciendo que sueños y engaños se transformen en *Humo hacia el Sur*, como en la novela de Marta Brunet, una de las escritoras más penetrantes de cualquier idioma; o el de marinos que luchan y a veces sucumben a la fuerza ciega de los elementos, como en *El piloto Oyarzo*, de Mariano Latorre. Y recogiendo y aunándolo todo, la lírica vena, honda y universal, de grandes poetas como Gabrie-

la y Neruda. Los variados aspectos refuerzan más la esencial unidad de Chile: todos se dan bajo una sola estrella. Y esa estrella, ya lo dijo Darío, nos ilumina el horizonte.

Lleguemos ahora a la sexta porción de nuestra América: las tierras anudadas por la red de ríos que vierten sus aguas al Plata. En los días coloniales se llamaron el Virreinato del Río de la Plata; luego las Provincias Unidas de la Plata; hoy, Argentina, Uruguay, Paraguay. El nombre es de lo menos. Esas tierras tienen para mí el aroma común de sus vías fluviales y sus pampas dilatadas. Decir pampa es decir gaucho. Y decir gaucho es remontarse a los orígenes del teatro porteño, todavía en plena colonia, y recordar el sabroso sainete titulado *El amor de la estanciera*; es hablar de toda la poesía payadoresca, desde los cielitos de Bartolomé Hidalgo y el *Santos Vega* de Hilario Ascásubi hasta el *Martín Fierro*, aquel épico gaucho que va de pulpería en pulpería relatando su triste experiencia en versos de tan profunda raigambre popular que suenan a coplas sabidas de todos nosotros, no importa de qué región provengamos dentro del mundo de habla hispana. Y es pensar en el *Facundo*, de Sarmiento, y en la tragedia de don Zoilo, ese patético Rey Lear del teatro rioplatense. Y es recordar, en fin, la culminación de la novelística gauchesca en ese criollo caballero andante que es *Don Segundo Sombra*.

Pero no todo en aquellas tierras es gaucho y pampa. Buenos Aires y Montevideo, ciudades gemelas unidas, como

Buda y Pest, por un río, son grandes urbes cosmopolitas. Y de allí, sin dejar de ser raigalmente criolla, nos está llegando una de las visiones más cosmopolitas del quehacer literario y el pensamiento americano. Allí meditan y escriben Ezequiel Martínez Estrada, intérprete cimero de la realidad de su patria, y Francisco Romero, continuador en profundo de la labor de ensayistas y filósofos como José Enrique Rodó y Alejandro Korn. Allí han surgido novelistas de aliento universal los cuales trabajan con éxito temas españoles, como Reyles en *El embrujo de Sevilla*, novela en que capta la gracia y la tragedia del alma andaluza, y Larreta en *La gloria de don Ramiro*, que nos transporta a la Castilla de Felipe II y narra la acción en fabla imitadora de la de aquellos tiempos. En fin, hay allí escritores alertas y avizores que crean novelas y cuentos dentro de las más modernas teorías estéticas, tales como Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges. El ambiente literario rioplatense resulta una verdadera rosa de los vientos. Y en él surgen libros que, sin perder su centro, se asoman hacia todos los puntos cardinales. Pampa, pues, y mundo.

En resumen, en este artículo hemos tratado de describir, a grandes trazos impresionistas, nuestra geografía literaria, y de caracterizar seis zonas que en nuestra opinión integran ese mural de dimensiones ciclópeas que es nuestra América: esa América hoy en fermento donde sufre, brega y se prepara a conquistar su destino el "pequeño género humano" de que nos habló Bolívar.

Leyendas . . .

ATONAL

Por JORGE LARDE Y LARIN

En la épica gesta de la conquista castellana resplandece la noble y gallarda figura del cacique *Atonal*, genio de la guerra, héroe de la leyenda.

Era *Atonal*, cacique de Acajutla, pequeño y fornido de cuerpo, de mirada de ocelote, además altivo y gesto de gran señor, muy agraciado de rostro y de trato afable. Frisaba alrededor de veinticinco años y ya se había distinguido en las campañas contra los pok'omames de Ahuachapán y Atiquizaya.

“Tenía por ricos blasones —dice un testigo ocular de sus hazañas— mil guerreros muertos en cruentos combates. Infallable era su lanza, segura su flecha, y prepotente y demoledor el golpe de su macana erizada de obsidianas. Las fieras del campo y las aves del bosque su tiro temían...”

Considerado en su época el primer soldado de la nación pipil, *Atonal* ostentaba como nahual al *cacálut* o guacamaya, y estaba señalado por los hados inescrutables de la historia, para inmortalizarse en la proeza legendaria e histórica de su pueblo.

A principios de junio de 1524, don Pedro de Alvarado atravesó la rápida y caudalosa corriente del río Paz, posiblemente por el paso de La Hachadura, iniciando con sus tercios españoles la conquista de los pueblos pipiles de Cuzcatlán.

El ejército invasor constaba de 100 jinetes, 150 infantes y obra de cinco o seis mil indios auxiliares, más el artillero Diego de Usagre.

El día 6 de junio los españoles llegaron y pernoctaron en Mochizalco.

Aquí cometieron toda clase de fechorías. En la noche la ciudad fue abandonada por sus habitantes: las mujeres, ancianos y niños se refugiaron en los montes; los guerreros tomaron el camino de Acajutla...

El día 7 llegaron y pernoctaron en Acatepeque. Esta ciudad la hallaron desierta. Sus moradores la habían evacuado ante el trágico relato de las crueldades de los extranjeros. Los guerreros de Acatepeque también se dirigieron a Acajutla.

El día 8, los españoles iniciaron la marcha hacia esta ciudad, “donde, según la plástica frase de Alvarado, bate la mar del Sur en él”.

“Sol de Agua”, que eso significa *Atonal* en lengua náhuatl, había organizado en esta población marítima la más formidable resistencia que opusieron los centroamericanos a los rubios invasores de ultramar.

“Yendo al dicho pueblo —relata Alvarado— hallé en el camino mucha gente de guerra... que me limpiaban los caminos, porque es usanza entre ellos que cuando quieren dar guerra y pelear limpian los caminos y los abren”.

Alrededor de las diez de la mañana, *Atonal* recibió en su campamento los primeros informes de la proximidad de los enemigos.

—¡Oh, rey *Atonal*, el de la preciosa guacamaya! —dijo un espía nativo—. Se acercan ya los hombres blancos como la espuma del mar y rubios como el dios Sol que corona el crepúsculo de cada mañana. Sus rostros son agraciados e hirsutas sus barbas. Su jefe *Tunatiuh*, tiene el corazón más duro que la piedra misma; su voz es un trueno; una tempestad su alma; encendidos relámpagos sus fieras miradas; infinita su sed de sangre y de oro; quema reyes sin piedad alguna; incendia ciudades y sementeras; profana templos; derriba dioses y altares; viola doncellas y pitonisas; y degüella hasta ancianos, mujeres y niños.

Informado así el jefe indio se dirigió a sus lugartenientes y les dijo:

—*Tunatiuh temblará de horror y de odio cuando mañana rememore la batalla de este día. ¡Juro no rendirme nunca! ¡Juro que Acajutla será la tumba de su orgullo!*

Los españoles avanzaron en perfecto orden hacia donde se hallaba el grueso de los ejércitos pipiles y se maravillaron del magnífico escenario dominado por un monte cercano: la llanura estaba cubierta por las lanzas enhiestas de los guerreros de Acajutla, Mochizalco, Acatepeque, Tonalá, Huitzapán y otros pueblos comarcanos; vivaz era el colorido de los regios plumajes de los jefes; rutilantes las puntas de obsidianas heridas por los rayos del sol tropical; lúgubre e incesante el tañido de los teponahuastes; taladrante y macabro el clamor de guerra y exterminio que entonaba un millar de caracoles tatuados y monótonos tambores.

Por su parte, los aborígenes quedaron asombrados ante el destello de las

invencibles armaduras y de las gloriosas toledanas, así como del ordenado desplazamiento de la caballería, de los monstruos-dioses que traían los invasores, rápidos como el huracán, destructores como el rayo...

“Yo vi —dice Alvarado a Hernán Cortés— los campos de Acajutla llenos de gente de guerra, con sus plumas y divisas, y con sus armas ofensivas y defensivas”.

Colocado a una distancia prudencial del adversario, el jefe español esperó que se reconcentrara toda su gente de a pie y de a caballo, “y en ellos —relata a Cortés— no hubo ningún movimiento ni alteración a lo que yo conocí”, pues impávidos esperaban el ataque de las huestes de Carlos V de Alemania y I de España.

“Parecióme —continúa diciendo Alvarado— que estaban algo cerca de un monte, donde se me podían acoger, y mandé que se retrajese toda mi gente, que éramos ciento de caballo, ciento cincuenta peones y obra de cinco o seis mil indios amigos nuestros; y así nos íbamos retrayendo, y yo me quedé en la rezaga haciendo retraer la gente; y fue tan grande el placer que hubieron desde que me vieron retraer, que me vinieron siguiendo hasta llegar a las colas de los caballos y las flechas que echaban pasaban en los delanteros”.

Alejados los aborígenes del monte cercano a Acajutla, donde podían refugiarse y hacer nugatoria la acción de la caballería —el arma más poderosa de la conquista—, el feroz *Tunatiuh* dio órdenes de dar media vuelta y atacar despiadadamente a los indios.

Como era usanza castellana, en el instante mismo de iniciar las acciones el cura Juan Godínez levantó la cruz y don Pedro la espada y el pendón de España, mientras en la inmensa llanura de Acajutla, al son de toques de clarines y redoblar de tambores metálicos, se desplazaba vistosamente la caballería y disparaban sus armas mortíferas los ballesteros y arcabuceros, iniciando la masacre de los heroicos defensores de Cuzcatlán.

“Di vuelta sobre ellos —relata Alvarado— con toda la gente y rompimos por ellos, y fue tan grande el destrozo que en ellos hicimos, que en poco tiempo no había ninguno de todos los que salieron vivos, porque venían tan armados que el que caía en el suelo no se podía levantar, y son sus armas unos coseletes de tres dedos de algodón y hasta en los pies, y flechas y lanzas largas, y en cayendo, la gente de a pie (infantería castellana) los mataba a todos”.

Dice la leyenda que, en lo más rudo del combate, frente a frente los dos jefes militares, trabaron un duelo singular.

Lanzóse Alvarado contra el jefe indio; rápida era su cabalgadura y diestra su espada para eliminar enemigos. Ante la arremetida, *Atonal* tendió su arco y un tremendo flechazo se clavó en la pierna izquierda de don Pedro, incrustándose la punta de obsidiana en la silla de montar.

—¡Ay, maldito indio! ¡Pagarás con tu vida esta osadía! —exclamó lleno de dolor y de ira el conquistador hispano.

—Guerra querías, *Tunatiuh*, y guerra te damos —respondió *Atonal*, ases-

tando sobre el escudo de Alvarado un fortísimo macanazo que lo derribó de su cabalgadura, y de seguro habría perecido allí, de no ser que Alonso de Morsilla, viendo en peligro de muerte a don Pedro, blandiendo su toledana decapitó de un tajo al valiente cacique de Acajutla. Una guacamaya hermosa, en orgía de colores, cayó mortalmente herida sobre el cuerpo ensangrentado de *Atonal*.

“Aquí en este reencuentro —confiesa Alvarado a Hernán Cortés— me hirieron muchos españoles y a mí con ellos que me dieron un flechazo por la silla, de la cual herida quedo lisiado, que me quedó la una pierna más corta que la otra, bien cuatro dedos; y en este pueblo me fue forzado estar cinco días por curarnos”.

Recordando este episodio, cuatro años más tarde, Alvarado dice:

“Y me dieron muchas heridas en la batalla de Acajutla, de las cuales estuve ocho meses muy malo, a punto de muerte en la cama, y asimismo hirieron otros muchos españoles”.

Como se desprende de estos relatos auténticos, la batalla de Acajutla fue, sin duda, la más sangrienta de la conquista española en Centroamérica.

Fue allí donde, por primera vez, don Pedro de Alvarado fue herido de gravedad, al grado de permanecer en cama en trance de muerte hasta febrero de 1525; fue allí donde, por primera vez, muchos españoles fueron muertos y heridos por los indios; y fue allí donde, por primera vez, los españoles tuvieron que detener su marcha victoriosa y consagrar cinco días no al descanso sino a la curación y atención de tantos heridos.

Alvarado, pues, a causa de esa batalla quedó cojo para toda su vida, “de modo —refiere el cronista fray Antonio de Remesal— que para no parecerlo tanto tuvo siempre necesidad de traer debajo del pie izquierdo cuatro dedos de corcho”.

El vaticinio del cacique *Atonal* se había cumplido, pues don Pedro de Alvarado, dicen las crónicas, temblaba de horror y de odio cuando evocaba la sangrienta batalla de Acajutla, que fue el sepulcro de su orgullo y el inmarcesible monumento al heroísmo de una raza, perdida ya en el torbellino de los siglos idos.

Episodios Poco Conocidos de la Conquista de Guatemala

Por CARLOS SAMAYOA CHINCHILLA

Cuenta el capitán don Martín Alonzo Tovilla en su curiosa “Relación histórica-descriptiva de las Provincias de la Verapaz y del Manché”, escrita allá por el año de 1635, que los padres dominicos, después de haber predicado el Evangelio en una parte de la “Tierra de guerra”, como entonces se llamaba la comarca de Tezulutlán, y de haberse convencido de que los indígenas que la poblaban podían ser reducidos a la obediencia por medios más acordes con las enseñanzas de Cristo que la pólvora y la espada, resolvieron contratar a cuatro indios mercaderes de Guatemala, que visitaban con frecuencia Zacapulas y El Quiché, a fin de que debidamente aleccionados y sabedores de algunas canciones religiosas que ellos mismos para el caso compusieron, se adentraran con sus fardos de telas y bujerías en las zonas no exploradas aún de la montuosa Tezulutlán.

Los cuatro mercaderes —según asegura la crónica del capitán Tovilla— fueron bien recibidos por los indígenas, hallando pronto ocasión de describir a los frailes dominicos como hombres de buena voluntad, vestidos de blanco y negro, con los cabellos cortados en forma de guirnalda, y de costumbres muy diferentes a las de los otros “teules”, pues no comían carne, ni codiciaban mujeres, plumas, oros, jades o mantas. En resumen, como hombres de orden y paz que sólo deseaban explicar el contenido de las coplas que ellos cantaban, agregando que todos los días, al nacer o morir el sol, se prosternaban ante algunas lindas imágenes o ante dos leños dispuestos en forma de cruz.

Al cabo de algunas semanas los cuatro mercaderes regresaron a la recién nacida ciudad de Santiago de Guatemala contando que los indios los habían recibido amistosamente; que habían gustado mucho de sus cantares; y que el cacique, deseoso de saber algo más sobre aquellos raros seres vestidos de blanco y negro, había ordenado a su hermano, mancebo de veintidós años, que los acompañara en su viaje de regreso y los invitara a visitar sus pueblos.

Cúpole en suerte esa primera entrada a Fray Luis de Cáncer, esforzado varón que sin mucho pensar en los riesgos, se puso en camino pocos días más tarde, acompañado tan solo por unos cuantos indios fieles. Bien atendido y mejor guardado, porque aun cuando algunos salvajes lo veían pasar con infantil curiosidad bajo las ramas de la selva, otros, ocultos en el fondo de la maraña posiblemente consideraban sus blancas carnes como algo muy apetitoso para comer con “salsa de chile”.

A los tres días de penosa marcha, Fray Luis se encontró con el cacique que, impaciente por verlo, había salido a encontrarlo y pronto, gracias a los oficios del intérprete o lengua que los acompañaba, se hicieron amigos.

Cerca de un año permaneció el fraile entre los indios. Durante ese año, siempre bondadoso y diligente, les explicó algunos de los misterios de la religión cristiana, los incitó a abandonar el culto de los ídolos, y prendado del claro entendimiento y recta condición del cacique, lo inició en la nueva fe, bautizándolo con el nombre de don Juan, que él aceptó honrado y complacido porque nuestros aborígenes a pesar de no amar a los españoles fueron muy aficionados desde un principio a usar sus nombres y apellidos.

En vista de los informes de Cáncer, al finalizar el mes de Octubre de 1537, Fray Bartolomé de las Casas resolvió visitar al cacique en sus propios dominios, y así como lo había pensado, seis meses más tarde, aprovechando las treguas del verano, emprendió viaje hacia el norte del país, haciéndose acompañar por Fray Pedro de Angulo. Los dos iban animados por el elevado propósito de seguir convirtiendo a los infieles mediante el empleo de usos pacíficos, y como era de esperarse, fueron muy agasajados por don Juan que esta vez, deseoso de agradar a sus invitados, hizo levantar a su paso numerosos arcos triunfales, adornados con palmas, musgos y pájaros de la tierra.

Admirado quedó Fray Bartolomé ante el indio. Era éste aún joven, de muy noble porte y sosegados ademanes. Todo en él hablaba de inteligencia y señorío. En muy contadas ocasiones reía, pero en sus ojos de mirar profundo había una como miel de amor que ganaba las más ariscas voluntades.

Convencido de que la obra de catequización iba por el mejor de los caminos en aquella verde y sonriente comarca del Nuevo Mundo, Fray Bartolomé resolvió volver a Santiago de Guatemala, llevando consigo al cacique, quien, gustoso y confiado, se prestó a acompañarlo pues deseaba conocer de más cerca a los hombres barbados que habían llegado del otro lado de los mares.

En esa época era Obispo de Guatemala el Ilustrísimo Licenciado don Francisco de Marroquín, señor de muy ancho corazón, y ya puede imaginarse el

lector con qué agrado recibiría las nuevas que anunciaban la llegada de Fray Bartolomé en compañía de un indígena convertido, que antes de la visita de los frailes se había mostrado sumamente remiso a cualquier acercamiento.

Sin esperar a que los recién llegados fueran a verlo —tal era su impaciencia—, el Obispo Marroquín fue al convento de Santo Domingo y después de dar a Fray Bartolomé su bienvenida y de holgarse con los padres por el buen éxito de su piadosa misión, sostuvo una amable y larga plática con don Juan, quedando sorprendido de la discreción del indio y de la claridad con que éste razonaba tanto en su propia lengua como en la lengua de los invasores castellanos.

Esta conquista de un alma pura y primitiva por medios pacíficos tiene que ser vista y elogiada por mi señor don Pedro —se dijo Marroquín—, pensando en don Pedro de Alvarado, y al punto hizo que uno de sus pajes fuera a llamarlo.

El capitán español acudió a la cita más que todo por agradar al Obispo, pero al cabo de una hora de charla se sintió tan complacido por el rostro, presencia, y forma de expresarse de don Juan, que no hallando de momento otra cosa con qué favorecerlo y obligarlo, se quitó el sombrero que llevaba puesto —que era de rojo tafetán con adornos de pluma—, y lo puso en la cabeza del cacique, merced por la cual el indio se mostró muy agradecido y el Obispo muy halagado, aun cuando algunos capitanes y soldados criticaran a don Pedro, diciendo que un lugar-teniente del Emperador y Rey de Castilla no debió nunca haberse quitado el sombrero para cubrir con él a un “perro indio”.

Alguno de los presentes habló de los encuentros de armas provocados por la conquista, y don Pedro, queriendo aprovechar la ocasión, parece que solicitó la ayuda del cacique, tratando de hacerlo su aliado, pero éste con gran habilidad se negó a proporcionarla.

Tras esto, el Obispo y Alvarado invitaron a don Juan a visitar las tiendas de comercio de la ciudad, y una vez que frente a ellas estuvieron, Marroquín dio orden a los mercaderes de que mostraran todos sus efectos, añadiendo que si algo agradaba al cacique indio se lo ofrecieran en su nombre, pues él gustoso pagaría su precio.

Con lento paso y reposado continente el cacique recorrió los puestos, admirando, como bárbaro que era, las variadas mercancías que en ellos se compraban y vendían, pero por nada de lo expuesto mostró codicia. Tijeras, cuchillos y agujas de acero, bonetes y confituras de Castilla, vidrios de colores, piezas de paño o burato, cazuelas de estaño, sombreros, peines, cascabeles, espejuelos, puñales y espadas de Vizcaya o Calatayud. Y al lado de ese mundo de objetos procedentes de otro mundo, destacando con brochazos de vivo y alegre colorido, las bellas frutas y las deslumbrantes flores de los campos de Guatemala. “Todo lo miraba —dice Tovilla— con un ser y entereza, como quien no lo estimaba en nada, y tan sin causarle novedad ni admiración como si hubiera nacido en Milán”.

En vano el Obispo y don Pedro le ofrecieron cosas de valor, porque él, altivo e impenetrable, nada quiso aceptar. Y ya desesperaban de la posibilidad de complacerlo, cuando de pronto el indio se detuvo embelesado frente a una imagen de Nuestra Señora, la Virgen María, preguntando qué era aquello y a quién representaba.

—Eso es un cuadro y la imagen que en él aparece representa a la Madre de nuestro Dios— explicó devotamente el Obispo.

A lo que el indio respondió:

—Si tú lo dices, padre, debe ser cierto; como también es cierto que ese cuadro es lo único que desea mi corazón...

¿Por qué se sintió tan impresionado don Juan ante aquella humilde imagen de la Virgen María? ¿Por los brillantes colores con que estaba pintada o por el inefable llamado de algo santo y femenino que desde el fondo de los siglos le sonreía a él, hombre cobrizo de la primitiva, y sin embargo, muy antigua América?

La verdad es que cuando el Obispo, enternecido, mandó descolgar el cuadro para ofrecérselo como un regalo, el cacique lo recibió de rodillas, estrechándolo contra su desnudo pecho. En seguida, alzándose del suelo bajo las cimbrantes plumas de quetzal y guacamayo que adornaban su diadema, se retiró de la plaza, digno, gallardo y austero, como gran señor de su raza.

¿Qué fina veta de nobleza y plenitud animaba el barro de aquel hombre que durante tanto tiempo había sido respetado y temido en todos los villorrios y maizales de la fragosa “tierra de guerra”? Como guerrero había demostrado muchas veces que sabía pelear y resistir al adversario. Demasiado lo sabían los españoles que ahora, sin comprenderlo bien, lo rodeaban pasmados. ¿Es que las palabras del profeta de Galilea habían penetrado hasta lo más profundo de su ser? ¿O es que, gracias a los sortilegios practicados por los sacerdotes de su raza, él ya estaba seguro de que los tiempos anunciados por las antiguas profecías habían llegado, fatales e ineluctables, y que de ahí en adelante, eran impotentes los dioses, vanos los lamentos e inútiles las armas?

Nadie lo sabe. Pero —según asegura la narración—, esa misma tarde, seguido por algunos flecheros de su tribu, don Juan emprendió viaje de regreso a los valles y montañas de la agreste Tezulutlán.

Este episodio de la conquista de una región del Reino de Guatemala, que más tarde se llamó la Verapaz, sin duda pareció trivial a los que lo presenciaron. Sin embargo, algo grande y definitivo hay en él, porque ni indios ni españoles se dieron cuenta de que, desde ese día sin fecha en nuestra historia, los indígenas, al volver a sus arcabucos y poblados, ya llevaban en sus almas de niño las semillas de una nueva cultura y una nueva religión.

Breve Historia del Periodismo

Por BENJAMIN GUZMAN

“Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde, y he aquí *que traía* una hoja de oliva tomada a su boca; y entendió Noé, que las aguas se habían aliviado de sobre la tierra”. (V. II del Cap. VII del Primer Libro de Moisés, llamado comúnmente “Génesis”).

Quizás pudiera parecer digresivo el uso de este acápite bíblico (cuyo origen se remonta al año 2350 a de C.), si no fuera porque quisiéramos imprimir a nuestra crónica un poco de amenidad que le quitase polvo a la aridez del tema. Y es que ocurriósenos, también, que si tratáramos de hallar un símbolo de la necesidad cotidiana en que desde los tiempos primitivos se encuentra el hombre —gregario por naturaleza— de informarse acerca de los aconteceres que afectan la conciencia social (so pena de vivir, por lo contrario, bajo la sensación de un perturbador vacío), ese emblema sería la paloma mensajera del Arca de Noé, la cual llevó al contrito corazón de los supervivientes la fresca noticia de un mundo que de nuevo estaba en paz con Dios.

Pero vayamos más adelante y digamos que, además, fue precedente rudimentario del periodismo (tomado éste como rector y captor de la opinión pública, al margen de su formal función administrativa) el paso de los profetas de Jehová, los cuales, con sus predicciones y admoniciones mantuvieron la cohesión de las tribus semíticas a su cruce por el desierto. En la actualidad, aun dentro de la diáspora judía (persistente a pesar de la fundación del Estado de Israel, vale decir, por la misma incapacidad territorial de esta República), la voz de los patriarcas bíblicos, que a veces se tradujo en escritura sobre pieles de camello, sigue teniendo vigencia y eco. Y en los desiertos del propio Israel se han descubierto yacimientos de oro, cobre y otros metales gracias a las citas de los profetas aparecidas en la Biblia.

PRIMEROS ATISBOS DE PERIODISMO

Estamos hablando sobre los orígenes del periodismo, de una manera *sui generis* (con licencia forzada, por supuesto e incurriendo probablemente en algunas inexactitudes propias de lo escabroso de la encuesta), no sólo tomándolo como industria ni profesión especializada, sino como cualquier elemento vectorial capaz de transmitir periódicamente relatos, noticias, crónicas; pero excluimos de esta parte caprichosa de nuestra somera investigación a la legendaria China; porque lo más que sabemos es que en el siglo IX los hijos del Celeste Imperio fabricaban planchas de madera talladas, con esos trazos alegóricos tan escurridizos a la curiosidad de los aficionados a la sinología. Y ya para el siglo XI, es sabido que los chinos habían inventado los “tipos” de madera, movibles, con los cuales imprimían sobre papel. (Parece ser que Marco Polo, uno de los primeros “reporteros” de la Humanidad, refiere algo de esto en la narración de su visita a la China).

Trasladándonos a la época helénica, encontramos que los griegos usaban tablillas enceradas para grabar himnos, poemas, proclamas doctrinarias, historias, con una tendencia noticiosa y cultural. Empero, también estaba el ágora, o plaza pública, donde comentaristas e intelectuales —como Herodoto—, hacían relatos históricos o mitológicos o se enredaban en disquisiciones filosóficas. (Está el caso de aquel aprendiz de filosofía que corrió al ágora a dar la noticia de la llegada de su maestro, Hipócrates, y ahí mismo le informaron que uno de sus esclavos había huido a pedir su manumisión al Aerópago: versión esta, al parecer, de un hervidero de chismes, pero que cumplía la humanitaria labor de hacer libertos. ¿Y dónde dejamos la aseveración de que Homero ni Sócrates¹ escribieron nada de lo que de ellos conocemos sino que lo recitaron o dictaron en la plaza pública, de donde fue recogido por una especie de “circuladores”, que lo legaron en escritura a la posteridad?

En Egipto se usaban el papiro y los pergaminos; empero, la milenaria historia de ese gran pueblo de la antigüedad ya estaba grabada en los muros de los templos y en las pirámides y sus tumbas y sarcófagos.

En América, los “indios” usaban diversas maneras de comunicación noticiosa, desde el humo de las hogueras en el Norte, hasta el “tepunahuaste” —especie de tambor telefónico, por decirlo así—, que se utilizaba en México y Centro América. En el Perú y el Ecuador existía, y aún existe, la anudación de cordeles llamada “quipus”, muy a propósito para efectuar operaciones aritméticas, pero, asimismo, para transmitir pequeños mensajes. En esta región, puede incluirse la pintura y grabación en pallares y frejoles, sin olvidar ese ya citado vehículo de información que es la plaza pública, donde, en el Imperio de los Incas, se conocían las grandes “nuevas”. En la Acrópolis de Copantl (Honduras), en las estelas y la Escalera de los Jeroglíficos, según los epigrafistas hay glifos los cuales nos informan que nuestros antepasados, los mayas, eran hom-

bres de paz, pues en las grabaciones no se registran hechos bélicos ni se ve un solo guerrero.

DONDE TOMA FORMA EL PERIODISMO

Entrando más seriamente en la materia, se puede decir que los antecedentes formales del periodismo se encuentran en las narraciones de los principales sucesos del año, hechas por los pontífices de Roma, que las exponían en una tabla blanca (Album). César decretó que de esos “anales” o “actas” se enviara copia a los funcionarios romanos alejados de la capital del Imperio; pero éstos no se satisfacían con el relato oficial, por su manifiesta parcialidad y mantenían en Roma sus propios corresponsales. Posteriormente, surgieron las “Cartas”, que, por lo general, servían de vehículo de información y propaganda a los comerciantes y menudeaban las sátiras políticas escritas, las cuales eran distribuidas por los “circuladores”. El “Satiricón”² era ya un periódico, lo mismo que el “diario” que circulaba a la hora de la comida en casa de Trimalción.

(Incidentalmente, puede contarse que la denominación de pasquín que se le da al periodismo delictivo, de orden calumnioso e injurioso, se deriva del nombre de una estatua existente en Roma, la cual había sido erigida en honor de un ilustre desconocido llamado Pasquino y en cuyo pedestal aparecían escritos anónimos, que constituían difamación contra funcionarios y particulares).

Para entonces, el oficio de redactar esas informaciones y comentarios ya se había extendido, y el “periodista” transformaba los relatos oficiales o particulares, les daba su propia interpretación o la que convenía al público (o a quienes le pagaban).

Como dato curioso, se puede afirmar que a los redactores de “actas”, como en la actualidad al moderno periodista profesional en los países de régimen despótico, en cuanto se les agasajaba con prebendas y canonjías por sus genuflexiones, se les colocaba fuera de la ley al criticar los desafueros y la rapiña de los gobernantes...

LO QUE NO OBSCURECIO EL MEDIOEVO

Símbolo del obscurantismo es la Edad Media; pero el comunicarse humano siguió desarrollándose en espiral ascendente: en el atrio de los templos, en plazas y mercados, dentro de las romerías; los pregoneros, los escribas o pendolistas y los juglares; los mensajeros, las postas, los corresponsales: toda una gama de informadores creció en gran número: en tanto que, asimismo, las cartas de los comerciantes tomaban una forma noticiosa más definida, pues no sólo referían lo relativo a los negocios sino las peripecias de sus viajes por tierra y mar.

Entonces (no se sabe si en el siglo XV o un poco antes) emergió el “genio de Maguncia”, a quien conocemos como Gutenberg. Lo cierto es que, a la sazón (1418), se estaba discutiendo la aparición de una de las primeras piezas

impresas en el mundo: se trataba de una talla de madera, encontrada por el barón Reissenborg, en Bruselas, y la cual representaba a la Virgen María con el Niño Jesús en los brazos, en un jardín, rodeados de las santas Catalina, Bárbara, Dorotea y Margarita.

Después, en 1428, nacieron en Barcelona unas estampas, impresas por el sistema primitivo xilográfico, que significaban unas cédulas de contrato, las cuales fueron descubiertas en Bich.

Para la época en que ya Gutenberg gozaba de merecida fama, parece ser que en la alta y la baja Alemanias surgían algunas cartas impresas relatando más que todo sucesos, bélicos en mayor o menor grado. (No debe omitirse el hecho de que Gutenberg, entre 1448 y 1450, produjo varios libros, cuando después de que pasó su juventud en Estrasburgo, regresó a Maguncia, donde, con dinero de un tal Juan Fust, editó cinco obras famosas, entre ellas la Biblia y el Calendario Astronómico para 1448, que de por sí era un documento noticioso).

En 1454 ya en Italia aparecen impresas con tipo de metal las sensacionales “Cartas de Indulgencia del Papa Nicolás V”.

LA ERA DE LAS LUCES SE ANUNCIA

Hay un viejo aforismo el cual dice que “del oriente nos viene la luz”. Por nuestra parte, se puede decir que las luces de un periodismo ya perfilado definitivamente, nos vinieron del oriente, de la vieja Europa. En efecto, en el siglo XV, Venecia, Roma y otras ciudades de Italia editaban hojas noticiosas, incluso con avisos, que se vendían a políticos y comerciantes, por el valor de una “gazzetta” (de donde viene la denominación de “Gaceta” y “gacetilla”) o sea una moneda de cobre, la cual todavía en el siglo XVI se usaba en Venecia para comprar el periódico.

Cuando la imprenta llegó a Italia, empezaron a circular las hojas informativas, sin ofrecer una seriación propiamente dicha, pero ya con la tendencia a una periodicidad permanente. Del extranjero llegaban impresos con relatos sobre las guerras y acontecimientos extraordinarios, que se reproducían en hojas sueltas.

Uno de los periódicos italianos de la época fue el “Notizie Scritte o Foglie d’Avvisi”, el cual era editado por los “scrittori d’avvisi”, conocidos también por “gazzettanti” o “novellanti”. El Papado proscribió la mencionada publicación.

Hacia 1557, llegaban a España algunos periódicos italianos, los cuales eran traducidos en Barcelona al catalán, lengua en la que asimismo se publicaban copias de la “Gazette”, de París, con el título de “Gazette Vinguda a esta Ciutat de Barcelona”.

LOS PERIODICOS MAS ANTIGUOS

Todavía no se ha establecido con precisión cuál es el periódico impreso más

antiguo del mundo; pero podría afirmarse que se trata del “Frankfurter Zeitung”, que como resultado de la evolución de las hojas de Fugger, fue fundado en 1615 por Egenoff Emmel y murió hace apenas sólo quince años.

En 1631 hizo su aparecimiento la “Gazette”, escrita y editada en París con la autorización y colaboración del Cardenal Richelieu, por “Monsieur” Teofrasto Renaudot. Contenía noticias y propaganda para el Gobierno y la Corte. Todavía en 1915 estaba circulando la misma gaceta.

Pero indudablemente, el órgano de publicidad más antiguo que aún existe, es “Portoch-Inrikes Tianingar”, que fue fundado en 1641 por la Reina Cristina de Suecia y aún es el diario oficial del Gobierno sueco.

Como tres años después surgieron en Italia la “Gazzetta Ufficiali del Regno de Italia” e “I Successi del Mondo”, este último editado en Turín.

En 1661 ya había en España el “Correo” y una “Gaceta”, que contenían avisos y noticias, especialmente crónicas de la colonia en el Nuevo Mundo y ya para 1697 se regularizó la publicación de la oficial “Gaceta de Madrid”. En Barcelona, apareció un diario ya formal, en el año de 1792.

En Inglaterra, el primer órgano oficial de la Corona no se manifestó sino en 1665, publicado en Oxford bajo el nombre de “London Gazette”. Ya en 1611 existían, editadas por Butler las “Noticias Impresas del Continente”, que salían semanalmente.

Con posterioridad, hacia 1720, vieron la luz pública los diarios “Daily Courante”, editado por Buckley y “The Spectator”, por Addison. En 1785 apareció “The Times”, hasta la fecha actual el diario más importante e influyente.

En Alemania se registra la salida de “Zeitungen”, “Neue Zeitungen”, “Ordinari Zeitungen”, “Extra-Zeitungen” y “Niesser-Relationen”, como los más antiguos, aunque ya existía el “Postreuter”, que era anual y luego semestral. En 1660 surgió el “Leipziger Zeitung”.

Un dato regocijante es que en 1758 hubo en Madrid un diario con el nombre más kilométrico de la historia: se titulaba “Diario Noticioso, Curioso, Erudito y Comercial, Público y Económico, con Noticias y Comentarios”.⁸

Una modalidad que avivó la tónica de la prensa de entonces, fue el surgimiento del “corresponsal de guerra”, en ocasión de la guerra de Crimea (1854).

Luego, entraron las agencias informativas internacionales, que servían con la rapidez exigida por el público noticias de todos los rincones del mundo. Se habían fundado la “Havas”, empresa francesa y la “Reuter” que tomó su nombre de un judío alemán Josaphat, quien, convertido al cristianismo, se hizo llamar Pablo Julio Reuter. Esta agencia abrió en Londres, el año de 1851.

Muy lejos estaban ya los días en que los relatores orales o “nouvellistes” entretenían al público en Puerto Nuevo y Luxemburgo (Francia) o cuando aparecieron las hojas periódicas llamadas “New-letters” en Inglaterra, “Relaciones” en España y “Mercurys”, “Courriers”, “Journaux” o “Nouvelles” en París.

VIDA Y MILAGROS DEL PERIODISMO MODERNO

Dicen los enciclopedistas que desde el siglo XVIII hasta la mitad del XIX el periodismo fue típico de la sociedad burguesa y del estado jurídico, moralista. En seguida, se volvió populista y sensacionalista, y en esta última etapa es que se le endilgó el epíteto de “amarillista”.

La verdad acerca de esto es que en los Estados Unidos de Norte América, cuando hizo su entrada triunfal el “tabloide” (un periódico más chico y manuable, pero con el mismo espacio noticioso que los grandes), una de las empresas utilizaba papel amarillo para la impresión de sus páginas, que en realidad salían plenas de truculencias y relatos de sucesos extraordinarios o escandalosos. (En Londres, había un periódico similar: el “Pall Mall Gazette”).

Como expresión cualitativa de la sociedad burguesa, el censor era fenómeno obligado de aquella época, porque los diarios, más que informativos, eran de crítica y se orientaban por los liberales ensayistas. Milton era uno de éstos.

En 1787, Jefferson pronunció su atrevida frase de que “entre gobiernos sin periódicos y periódicos sin Gobierno él prefería lo segundo”. Pero la libertad de prensa tuvo enemigos aun entre los filósofos y ensayistas de aquellos tiempos. Se acusa a Chateaubriand de haber sido partidario de su supresión y Rousseau, Diderot y Montesquieu no quedan muy bien parados en ese sentido. Lassalle sólo se conformó con hacerla blanco de sus sátiras.

Por contraste, cuando el revolucionario Napoleón llegó al poder, mató la libertad de prensa y para entonces, Inglaterra, donde estaba sujeta a censura, dentro de todo su conservatismo le dio vigencia legal.

Siempre se pregunta o se recuerda por qué la prensa es considerada como el Cuarto Poder; pero algunas personas suponen que ello sólo se relaciona con los poderes de la República, (Ejecutivo, Legislativo y Judicial). En rigor de verdad, fue Edmundo Burke, en el Parlamento británico, quien dijo, refiriéndose a los periodistas: “Ustedes son el Cuarto Poder...” Los otros poderes eran el espiritual (religioso), el temporal (realeza, nobleza y acólitos) y el común (el pueblo). “The Times” es un ejemplo de la defensa que Inglaterra hizo en favor de la libertad de prensa.

EL PERIODISMO DE NUESTROS DIAS

Sin embargo, el mismo “The Times” y otros grandes periódicos han perdido su ortodoxa línea liberal burguesa, sin que la hayan abandonado no por decadencia sino por un descenso producto del surgimiento de una nueva capa social que ha venido a reclamar derechos económicos, políticos y sociales, igual que como lo hizo la burguesía hasta 1880.

De suyo, la mayoría de los periódicos actuales son reflejo de esta lucha muy sensibles a todo aquello que se relaciona con la cuestión social a cuyo estudio dedican buena parte de su espacio.

Esta tendencia es más destacada en los países sub-desarrollados de Latino América, donde la imprenta creció con las ideas libertarias que ya estaban conmoviendo al Viejo Mundo y si bien es cierto que hay influencia estadounidense en la presentación de noticias y el contenido de la información, no lo es menos que la mayor parte de los periodistas está identificada con los intereses y las aspiraciones de las grandes mayorías oprimidas.

Concretamente, en lo relativo a Centro América son pocos los diarios que siguen una leal conducta democrática; pero la historia del periodismo centro-americano, en este aspecto y en su biografía cronológica, lo mismo que la del diarismo yanqui, ameritan artículo aparte (fuera del alcance de las urgencias periodísticas que han limitado este trabajo).

Sólo resta decir que aquí se nota el fenómeno de la concentración de la prensa en las capitales. En efecto, Guatemala (la capital) tiene 6 diarios; Tegucigalpa, 3 (hay uno en San Pedro Sula); San Salvador, 4 de 5 y Managua 4 ó 5 de 12, que se editan en tres ciudades.

Y por hoy ¡basta!

LOS PRIMEROS PERIODICOS EN EL ISTMO

- 1722 Se publica el primer periódico de Hispano América en México, con el título de "Gaceta de Méjico y Noticias de Nueva España".
- 1729 El 1o. de Noviembre se ha editado la "Gazeta de Guatemala", considerado el segundo periódico que se publicó en la América española.
- 1824 El 31 de julio aparece en El Salvador el "Semanario Político Mercantil".

1 De Sócrates, fueron Platón y Jenofonte mayormente los que recogieron sus pláticas y las divulgaron. Incidentalmente, se cuenta que Sócrates, amén del más sabio de Grecia, fue algo así como un "correvedile"; pero en su casa era una mansa paloma, símbolo de los maridos tiranizados, ya que Xantippa, su mujer, lo tenía totalmente dominado.

2 Relato satírico en prosa y verso (especie de novela sobre las costumbres de la sociedad romana en una etapa de gran decadencia moral), del que se conservan algunos fragmentos atribuidos a Tito Petronio, el "arbitrarius elegantium".

3 Cabe hacer constar que en 1536 apareció en Valencia la primera "Relación de Noticias", publicada en castellano que, sin ser periódica ni mucho menos "un diario", también tenía el kilométrico título de "Cuarta Relación que Fernando Cortés, Gobernador y Capitán General de su Majestad en la Nueva España del Mar Océano, escribió al muy alto y muy potentísimo, invictísimo señor don Carlos, Emperador siempre augusto y rey de España, Nuestro Señor, en la que están otras cartas y relaciones que los capitanes Pedro de Alvarado y Diego Godoy enviaran al dicho capitán Fernando Cortés".

Casa de Gabriela Mistral

Por VICTOR AGOSTINI

Nos vamos de visita.

Pasada la temporada en que frecuentábamos las elegantes moradas de los refinados, sorteando cascaditas artificiales y arbustos enanos traídos de no sé qué extraña isla volcánica para hundirnos en espumosos sillones y cambiar naderías con monóculos asombrados; de vuelta de apetitosas incursiones a los predios burgueses, atrincherados de jugosos platos humeantes, capitosos vinos y convoyes de lustrosos autos niquelados por encima de cuyo reducido ronroneo oímos hablar de cifras, valores y comodidades sólidas; habiendo dejado atrás la dolorosa presencia que, entre sus cuatro paredes de tablas mal unidas y rodeada de sus cuatro trastos desvencijados nos ofrece, mansa y callada, la pobre familia destituida a nuestra mirada misericordiosa, decidimos visitar a los poetas.

¿Quién nos dará alientos para franquear esas puertas lóbregas, cerradas con mil cerrojos, guardadas por fieros mastines, escondidas tras el espeso velo del

misterio más sutil? Acaso el impulso lo recibamos desde dentro de nosotros mismos, urgidos por nuestra triste y desasosegada sed de verdad. Andamos errabundos por los meandros de nuestras vidas dando golpes de ciego y, ciegos al fin, sin poder ver. Buscamos una salida al dédalo de nuestras frustraciones y, andando y andando, caemos en la penúltima residencia, la más lejana, la más inasequible pero la más bella: la del poeta.

Debemos ir con suma precaución pues, al llegar, es más, desde antes de franquear la puerta, sentimos que aquellas paredes, severas en su aislamiento, circundadas por una bruma que, como velo matinal, anuncia la presencia de una temprana luz casi solar, encierran pulposos frutos de sorpresas. Sorpresa de canto sonoro y desafiante, de cadencias pulidas y rítmicas, y también expresiones de oscuro y retorcido dolor que sobrecoge en su inevitable presencia repetida.

Podríamos haber escogido para nuestra aventura otras viviendas poéticas cons-

truidas con maderas más finas de procedencia exótica, cuya atrevida arquitectura tuviera el don de evocar pagodas chinas, castillos medievales o evanescentes prisiones feéricas a cuyas ventanas sin cristales asomaran sus pícaras miradas gnomos, elfos y magos maliciosos y traviesos. Así es de amplio y variado el horizonte que nos ofrecen los libros de poesía.

Pero, no; la casa a cuya puerta vamos a tocar no nos sugiere extranjería de lugar ni de época. El aldabón que hacemos sonar con asustada repetición de golpes que nos sobrecogen por sus aúdaes reverberaciones es de un bronce doméstico y rudo. Su aleación fue evidentemente forjada en primitiva herrería campestre.

A nuestra primera timidez sucede la gozosa satisfacción de haber roto el silencio, de haber manifestado con aquellos decididos golpes metálicos nuestra voluntad de solicitar acceso a donde, acaso, no merezcamos pasar. Ya dejamos atrás nuestras dudas, y el valor de que nos hemos armado nos lleva hacia el momento de afrontar la posibilidad de un inhóspito rechazo o, tal vez, de una indiferente recepción fría que, para nosotros sería peor.

Mas la puerta se abre, nuestra solicitud se ha cumplido y aquella peculiar sensación de inquietud y duda que asalta a todo el que espera ante una puerta cerrada, queda atrás, olvidada y ya definitivamente superada, pues ya tenemos ante nosotros la inmediata posibilidad de hacer una serie de descubrimientos que dependerán, cosa curiosa, más de nosotros mismos que de los aposentos, adornos, herrajes, muebles y vestiduras que allí veamos. Todo lo que allí encontremos será reflejado sobre el instrumento, romo o agudo, de nuestra sensibilidad. Ninguna impresión que allí captemos vendrá a nosotros transparente y firme como mesa de cristal. Todo lo puesto allí por mano delicada de poeta tendrá doble reflejo de misterio: el del que lo capta, armado de su arsenal de prejuicios, iras y manquedades que lo llevarán a mirar las cosas a la pobre medida que le ofrecen

sus sentidos, y el otro, el arcano del creador, chispa que nace e ilumina, ganando calor en el proceso que rehuye análisis y que debe mostrar, por fuerza, únicamente el lado de su resplandor completo, hecho cuerpo terminado que se nos presenta, libre de su base, como un milagro de eclosión independiente.

Así debemos, al escudriñar aquellos interiores, jugar con dos incertidumbres: la que constituye nuestro mirar que capta, y la que se nos enfrenta en cada cortinaje, alfombra o lámpara, y que lleva envuelto en el acto de escogerla todo el repertorio inmenso de emociones, recuerdos y prevenciones que guiaron ojo y mano.

Decíamos que la puerta ha cedido. La mano que la abrió, tostada por mil soles ribereños, ahora se extiende en sencillo y cordial saludo. Es mano seca y suave, mano que ha trabajado, que ha pulsado con la pluma las desafinaciones de la ignorancia y las inhibiciones del prejuicio; mano que ha trazado sobre el papel tanto la cifra fiduciaria del trato comercial como la estrofa cimbreada de alada hermosura; mano, en fin, que ha redondeado en gesto de caricia abarcadora todo el ciclo de actividades vitales y que presenta, en su firme pero blanda tersura, la fiel prolongación de su dueña.

Y la cabeza, el rostro que gobierna esa mano ¿qué nos dice? ¿de qué nos hablan esos finos labios, esos anchos pómulos y esas rasgadas que parpadean un mirar entre escrutador y prudente? Todo aquel conjunto respira sencillez y fuerza. Ausentes están los afeites y composturas tan propias de su sexo. El pelo lacio, antes negro y ahora canoso, se aleja de la frente en mansas hebras para no turbar, con el coqueteo de su presencia ondulada, el sereno fulgor de repecho andino al sol que refleja su amplia frente. La sonrisa, que no es ni muy ancha ni muy resplandeciente de uniformidades blancas, parece surgir como extrañada de su propia presencia, admirada de poder alternar, momentáneamente gozosa, con tanto amargo rictus de frustración y desengaño.

Más abajo los anchos hombros, el torso

cuadrado y anguloso y el andar desgarrado, encajan perfectamente en el conjunto de torpe y desusada femineidad. Nos enfrentamos con un repentino problema de identificación, tan frecuente en el mundo de las letras. Palpamos, una vez más, la impronta burlesca de la naturaleza que pone en marco de roble nudoso y sin pulir el paisaje más variado de matices plásticos, desmintiendo con la rudeza de su presentación los valores del espíritu que ha querido personalizar.

Mas no es esta paradójica divergencia entre el aspecto y la función de la poetisa la primera y única sorpresa que nos tiene reservada nuestra visita. La sensación de irrealdad que nos ha acompañado desde que emprendimos nuestra salida se va acentuando ahora, pues, de pronto, aquella presencia tan sanguínea y sólida, vista cien veces en diarios y revistas y que nos ha abierto la puerta con cálida hospitalidad, ha desaparecido. ¿Será que, alma rústica y ensimismada, teme dirigirnos la palabra y así desvirtuar cualquier concepto de alada elocuencia que pudiéramos haberle atribuido? o ¿acaso prefiere que examinemos por nuestra propia cuenta las interioridades de su residencia sin sufrir la intromisión de quien la fabricó? No lo sabemos. Todo parece embrujado en este momento de examen poético, en esta coyuntura emocionante de poder vernos rodeados por cosas de poesía; ¿Que ha desaparecido la imponente figura de la autora? No nos amedrentamos. Nada malo puede ocurrirnos entre estas acogedoras paredes.

Pero seguimos sintiéndonos inseguros en un ambiente irreal. Sin haber apenas caminado, sin poder decir que hemos cruzado pasillos ni subido escaleras, nos encontramos ante dos puertas. Están equidistantes de nosotros y parecen tener pareja importancia en la distribución de piezas. Sendos rótulos las adornan. Uno, de letras doradas, nos muestra una palabra: "Niño". La otra, letras cursivas de impetuoso rasgo, dice: "Tragedia". Son estos dos cuartos los más frecuentados y casi los únicos usados por su dueña.

Esfumada ésta, nos atrevemos ante la primera puerta. Con la anticipación de algo tan dulce y tierno como lo que nos sugiere el dorado título, no podemos arredrarnos. Todo nos invita a conocer el minúsculo y privilegiado ser que debe vivir tras esa puerta. Ser hijo de una poetisa, llevar sangre de corazón jugoso que sabe vibrar con las emociones del mundo ¡qué dicha!

La puerta, que cede silenciosamente ante nuestro empuje, nos muestra una habitación bien iluminada, de paredes y colgaduras alegres, cuajadas de colores vivos y de figuras graciosas que adornan los testers con sus contornos festivos. El cuarto es cuadrado, amplio; tal vez demasiado amplio, y esta amplitud excesiva le acentúa cierto desgarbo en el mobiliario, cierta tosquedad de los juguetes que acusan ausencia. ¿Ausencia de la madre? No. La mujer madre ha estado allí, su presencia se siente allí más que en otro lado. El aire que allí se respira huele a ella. No; la ausencia que se nota es la del niño. La cuna, con su velo blanco y su ligero balanceo, está vacía. El caballito de madera, con su rienda caída y el forro que asoma de su panza gris, habla de falta de jinete. Acaso la propia mano adulta, en torturada soledad, ha gastado esas rodanas y tirado juguetonamente de esas riendas, evocando la presencia imposible. Pero de alguna parte, de todas partes, surgen voces espectrales pero cálidas, voces mansas y aflautadas que oímos sin temores fantasmales y que nos hacen sentir presencias humanas, pequeñas y desvalidas pero contentas en aquel cuarto que, estando vacío, parece no estarlo. Con el valor que infunde la primicia del éxito, pasamos al otro cuarto. Ya no nos amedrenta el imponente letrero con su color mortuorio y su impetuosidad de escritura. No es la primera vez que lo encontramos saludándonos desde una portada poética. Es más, lo creemos indispensable como designador de una localidad importante en cualquier edificación artística. Hay cierto hermanazgo inseparable que une la tragedia al arte y que hace a la una com-

portadora de la esencia del otro, inevitablemente.

Y ¿qué esperamos ver al traspasar el umbral, tras el imponente anuncio? ¿Habrá huellas de sangre, siluetas de armas homicidas o presencia de cuerpos mutilados? Todo es posible para la imaginación calenturienta del que penetra feudo de poeta y entramos, encalleciendo nuestro ánimo protectoramente con una indiferencia artificial que nos evite sobresaltos.

No nos hacía falta tal. Allí sólo vemos dos enormes cuadros, tan grandes que ellos solos parecen ocupar todo el aposento. Representan las efigies sencillas de dos hombres jóvenes, los dos marcados con la palidez de la muerte.

Aparte de estas figuras, nítidas y bien destacadas como por un pincel movido de profundas ansias amorosas, el fondo de ambos cuadros es incierto y brumoso. Un evidente hálito de misterio ha venido a empañar los contornos de lo que los rodea, haciendo que aquellas figuras de seres desaparecidos resulten por sí solos, como desprovistos de nexos con el tiempo y los lugares. Ahí están, muertos pero no olvidados, presentes en su pictórica realidad, puestos a vivir después de haber cesado como seres vivos, por obra y gracia de la voluntad del pintor.

Esta casa que visitamos, aparte de sus dos principales habitaciones con sus rótulos de extraña contraposición, no parece tener más ninguna semejanza con las demás casas que solemos visitar. Nada de arquitrabes barrocos ni de zócalos coloreados. Su puntal es inmensurable y la luz que la ilumina no parece necesitar de las ventanas para entrar. Toda ella respaldece con un fulgor que parece brotar de sus mismas paredes. Nada en ella es simétrico y cuadriculado. Su arquitecta, evidentemente no universitaria, hizo de ella precisamente lo que quiso hacer; un albergue para el espíritu sediento de belleza en el que se pudiera sentir, junto con la protección que ofrece la cosa hecha, el temblor de la cosa por hacer; a la par que un logro, un horizonte, el horizonte de su propia adecuación.

Ella no pretende admirar por simetría, por suntuosidad o por sibarítico fausto. La forjadora de esa mansión conoce la reducción casi conventual de sus habitaciones y, dentro de ellas, la falta de adornos. Donde otros arquitectos han puesto divanes orientales empotrados, fumaderos íntimos o equívocos boudoirs, ella ha concentrado sus pensamientos en dos habitaciones y éstas, por dominante propósito de su hacedora o por limitaciones impuestas por el ardor unilateral de su frenético pensamiento, han debido bastar para su ascético sentido de comodidad.

La condición irregular de este edificio se palpa en lo más profundo de él: su base. Las piedras angulares que sustentan sus paredes son tres, número impar que nos propone, de entrada, cierta desigualdad de proporción. No importa; afortunadamente las reglas que rigen la construcción de edificios artísticos aborrecen, por curiosa contradicción, las leyes de la física, toda imposición de medida. Para acatarlas hay que olvidarse del tránsito y de la plomada, pues sus aparatos de medición y rectitud están presentes cuando menos se evidencian, y estorban como pautadores. Por lo tanto, esta edificación hecha de palabras y portadora a veces de música y a veces de rugidos y de truenos, se apoya en sus desiguales piedras básicas con la misma confianza gravitadora que necesita el vilano, echado a rodar por el viento.

Y, desaparecida la dueña, esfumada nuestra anfitriona ilustre, acosados nosotros, inocentes curiosos, por el peligro de unas espectrales paredes desigualmente sostenidas y que se nos pueden venir abajo a la primera torcedura de nuestra atención ¿qué nos conviene hacer? Separémonos un poco de esta extraña morada, ya que dicen los sabios que "la distancia presta encantos a la visión" y aprovechemos el momento para un examen objetivo, todo lo objetivo que puede ser para nosotros, comentadores sin culpa ni compromiso, el examen de una obra forjada con pasión y anhelante de reflejarla.

La mirada en escorzo, de abajo hacia

arriba, nos trae las tres realidades básicas que, en nuestro atrevido divagar arquitectónico, llamamos piedras angulares. Son estas tres realidades tres libros, tres haces de versos, juntados en esa forma virtual e inesperada que generalmente acompaña estos acontecimientos. Sus nombres, sustantivos solitarios cada uno, poseen cierta secuencia lógica, en la peculiar lógica del hacer poético.

Después del primero, *Desolación*, en el que se marca la tónica del devenir trágico de su autora, surge el segundo, sugerente en su *Ternura* de cierto sentido de consuelo buscado y hallado en el trasiego amoroso y aleccionador de su magisterio rural, convertido, por mor del sobrado talento ejercido allí, en ejecutoria directriz que la lleva a conquistar lauros profesionales fuera de su patria.

Y ¿qué palabra puede representar la sensación de fruto malogrado, de crecimiento trunco que acompaña la soledad amarga de la mujer célibe que no ha podido producir con sus propias entrañas ninguna vida nueva que apuntalar? El que ha visto el desierto que queda en un bosque despojado de sus árboles en el que hacha y sierra han efectuado su trabajo destructor dirá en seguida: "Tala".

Estas tres unidades editoriales forman, aparte de algunos artículos periodísticos y un par de libros biográficos, lo único que está al alcance del anónimo lector que quiere acercarse a esta poetisa. Teniendo en cuenta el riesgo tan frecuente de encontrar agotadas las ediciones en nuestra plaza, se verá la necesidad de concentrarse en poco terreno que sufrirá la atención buscadora que en ella se interesa. Cualquier novelista de pareja talla habría dado al mundo mucho mayor caudal de material literario para someter a examen. Pero la obra de ficción, con todo lo centrada en su propio autor que pueda estar, jamás lo dibujará con tanta claridad como la obra poética. Y es que hay una esencia lírica, un volcar de emoción íntima en casi todo verso que lleva cabalmente el nombre de tal que, tanto su pensamiento como su forma y ese trasfon-

do de tono que marca el peculiar estado de ánimo al ser escrito, nos revelan al autor en lo más íntimo de su soledad.

Se dirá que el escritor viste su obra con las galanuras de estilo que él supone enamorarán mejor a sus lectores. Aparte de que esto parece significar una intromisión detrás de bambalinas, no olvidemos lo siguiente: que, siendo la literatura un juego de toma y daca en el que por fuerza deben existir dos polos, el del que escribe o lanza la corriente y el del que lee y es iluminado por ella; si hay una comunión entre esos dos polos se establecerá esta comunión cuando vibren al unísono. Por lo tanto, no es sólo en el sentido directo de las palabras que se leen, sino en el recíproco sentir que nos hermana con algunos autores y nos divorcia de otros, en lo que está la comprensión. Aunque el lector reconozca, al ser tocado en su inteligencia, la calidad de una obra, mostrará indudable preferencia por la que, dotada de curiosas y secretas armas cuya agresividad no hiere, logre apoderarse de su corazón.

Gabriela Mistral nos asalta —valga la paradoja— con el arma pasiva de su dolor. Pronto se nos dirá, y nosotros escucharemos con callada indulgencia, que el dolor parece ser el acicate que mueve a todo poeta. Dolor de amor, dolor de desengaño, aquejamiento de belleza. Toda voz poética (hablamos siempre de la que surge de basamentos clásicos y se nutre de ellos, no de la sibilina y "pura" que aquí queda fuera de nuestro interés), la masculina y mucho más la femenina, canta quejumbres de amor. Desde la sensualidad más variada y calenturienta hasta la más exquisita y refinada nostalgia, la pluma femenina parece sangrar inagotablemente de heridas amorosas. El cuchillo deleitoso que provoca estas heridas parece gozarse en agrandarlas y en hacerlas sangrar más. Y, al ensancharlas, facilita esa mirada introspectiva, ese regodeo en el sufrir amoroso que trenza sus finas fibras a lo largo de toda la poesía femenina.

Aquí la cosa es distinta.

Lejos quedan de sus versos, por líricos

que éstos sean, los regodeos y los deliquios, tanto sensuales como anímicos, que trae el amor. Esta mujer amó, sí, amó fuertemente, profundamente, con esa conmoción interna con que se agarra el amor a las naturalezas grandes. Pero ella amó y perdió con un cercenamiento tan brutal por lo inesperado y por lo cruel que, dado su temperamento sano y directo, no hubo lugar para lo mórbido, lo lacrimoso ni lo sutilmente sensual.

Una mujer, brotada y sustentada en el campo, por cuya sangre andan corrientes de mestizaje que la llevan a sentir y luego a cantar las grandiosidades y bellezas de su tierra natal, encuentra el amor cerca y, en sus juveniles ardores, se abraza a él castamente, poniendo allí todas sus ilusiones. Historia repetida eternamente: aquél en el que ella centró sus esperanzas fue indigno de ella. Traicionó no sólo su amor sino la ruta de su propio proceder y terminó sus días abruptamente, con “un cuajo entre la boca, las dos sienes vacías, las lunas de sus ojos albas y engrandecidas, hacia un ancla invisible las manos orientadas”. Y antes de efectuar su radical despedida llevó a cabo la cruel humorada de enviarle a la que lo esperaba todo de él una esquila invitándola a sus próximos esponsales con otra.

Y el destino, en esa curiosa delectación con que gusta presentar en parejas sus amargas jugarretas, repitió esta hazaña tiempo después al atraerle a su puerta, a la modesta puerta de maestra rural, el cuerpo frío, vida truncada a los diez y ocho años, de un sobrino criado por ella y en el que había cifrado todos sus anhelos de porvenir en espiritual retoño humano. También aquí el misterio y la duda rodearon esta muerte con un cerco impenetrable de incógnitas no resueltas.

¿Sería después de este segundo mazazo que su corazón estremecido la llevó hasta el apostrofar de su Dios, ese Dios imponente y único que le ofrecía desde el Viejo Testamento el “ancla” de su duro consuelo, en esta forma renunciada y muerta?

*“Dame Tú el acabar de la encina
en fogón que no deje la hez;*

*dame Tú el acabar del celaje
que su sol hizo y quiso perder;
dame el fin de la pobre medusa
que en la arena consume su bien.*

*He aprendido un amor que es terrible
y que corta mi gozo a cercén;
he ganado el amor de la nada,
apetito del nunca volver,
voluntad de quedar en la tierra
mano a mano y mudez con mudez,
despojada de mi propio Padre,
¡rebanada de Jerusalén!*

Si ella había “ganado el amor de la nada” y quería en ese momento negro “quedar en la tierra... despojada de (su) propio Padre” se podrá ver hasta qué punto llegaron su desesperación y su duda. Mas puede asegurarse que es el único instante que resalta singularmente en toda su obra y en el que su inquebrantable fe divina pudo abandonarla. Y acaso esa breve falla sirvió no sólo para afianzarla más en su búsqueda de consuelo trascendental, sino para hacer esta búsqueda más natural por humana, con todo lo que de humano tienen el error y la rectificación.

A pesar de que las primeras poesías, sonetos elaborados con lealtad y precisión en la forma, que nos encontramos al abrir su primer libro, son de un acendrado sabor cristiano, pocas páginas más adelante surge el título “Credo” en el que leemos con naturalidad que no nos sorprende, el canto de esta voz al órgano vital que la hace vivir y palpar. Decimos que no es extraño porque, en lo lírico, la subjetividad es esencial y este primer libro es primordialmente lírico. De los siete cuartetos que forman este “Credo”, los siete comienzan declarando “Creo en mi corazón”... su corazón “que no pide nada porque es capaz del sumo ensueño — y abraza en el ensueño lo creado” y también “el que yo exprimo para teñir el lienzo de la vida de rojez”...

Pero, sin olvidar el sabor religioso de su título, cierra la poesía declarando su convicción de que allá en su intimidad independiente “el gusano no ha de mor-

der, pues mellará a la muerte”, para quedarse al final “reclinada en el pecho de Dios, terrible y fuerte”, ese Dios en el que ella siguió creyendo, aunque no siempre como en su representación viva sobre la tierra predicando mansedumbre y abnegación, sino como el Dios tonante que hendía las nubes con el rayo cegador de su presencia y era capaz, en sus designios de misteriosa sabiduría, de hacer caer sobre el ser humano todo el rigor de su aciago destino.

Al mismo tiempo, para tener presente la ley de contrastes, forma de claroscuro que procura la gracia a la obra artística, podemos apuntar una joyita, nacida sin duda al calor del amoroso estudio que de la mitología cristiana hizo la poetisa. Es todo un cuadro surrealista que, a pesar de su título “Paraíso”, evita mencionar directamente a los dos humanos participantes.

*“Lámina tendida de oro
y en el dorado aplanamiento,
dos cuerpos como ovillos de oro;*

*Un cuerpo glorioso que oye
y un cuerpo glorioso que habla
en el prado en que no habla nada;*

*Un aliento que va al aliento
y una cara que tiembla de él,
en un prado en que nada tiembla.*

*Acordarse del triste tiempo
en que los dos tenían Tiempo
y de él vivían afligidos.*

*A la hora de clavo de oro
en que el Tiempo quedó al umbral
como los perros vagabundos...*

Examinando cada uno de los tercetos se notará la curiosa repetición que muestra su aparejamiento en distintas formas. Los vocablos “oro”, “glorioso”, “habla”, “tiembla”, “Tiempo”, vienen como gemelos que sugieren, en su reiteración, el tema original de la poesía: dos seres brotados el uno del otro que, en sus opuestos

sexos, llevan el germen de toda la creación y la simbolizan, esfumándose en la distancia histórica que nos separa de ellos.

Hubo una muerte que, con su inevitable secuela de ausencia y nostalgia, sirvió para acercarla aún más en su amor a Dios. Esta vez no intervino ni pasión carnal ni misteriosa subitaneidad.

El sentimiento que le provocó la pérdida de su madre, con toda su indudable importancia, parece bifurcarse en su obra por dos vertientes distintas aunque no antagónicas. Dos poesías: “La Fuga” y “Lápida Filial”, representan dos tesituras de la misma armonía, treno en el que se mezclan la ciega nostalgia por el amado ser perdido y cierto distanciamiento inevitable donde hay carácter fuerte y bien definido, que no acostumbra a ceder.

Así declara:

*“Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos:
un monte negro que se contornea
siempre para alcanzar el otro monte:
y en el que sigue estás tú vagamente,
pero siempre hay otro monte redondo
que circundar, para pagar el paso
al monte de tu gozo y de mi gozo.*

Después de esta primera estrofa donde su visión onírica le insinúa la idea de divergencia, da a entender que cierto “camino de burlas y de expolio” que han andado las dos juntas las ha acercado, aunque no para compenetrarse, ya que, “no podemos vernos en los ojos, — y no podemos trocarnos palabra — cual el Eurídice y el Orfeo solos, — las dos cumpliendo un voto o un castigo — ambas con pies y con acentos rotos.”

¿Será de recuerdo o de reproche amargo cuando, unas líneas más adelante, le dice:

*Y me das unas voces de sarcasmo
desde tres puntos, y en dolor me rompo,
porque mi cuerpo es uno, el que me diste,
y tú eres un agua de cien ojos,*

*y eres un paisaje de mil brazos,
nunca más lo que son los amorosos;
un pecho vivo sobre un pecho vivo,
nudo de bronce ablandado en sollozo?*

¡Qué tono más distinto, el de la vertiente de ternura, cuando escribe, acaso apoyando el papel sobre el propio mármol de la "Lápida Filial"!:

*Apegada a la seca fisura
del nicho, déjame que te diga:
—Amados pechos que me nutrieron
con una leche más que otra viva;
parados ojos que me miraron
con tal mirada que me ceñía;
regazo ancho que calentó
con una hornaza que no se enfrió;
mano pequeña que me tocaba
con un contacto que me fundía:
¡resucitad, resucitad!...*

Aquí se palpa el olvido voluntario de toda diferencia o mal entendido. Aquí habla la voz de la hija que siente, sobre cualquier posible motivo de rozamiento o de incompreensión, la veneración cariñosa que olvida definitivamente "el momento de la sien ardiendo, del cascabel de la antigua demencia y de la trampa en el vórtice rojo." ¡Así puede ser de matizado en contrastes el amor de una hija hacia una madre!

Ausente queda, anegado por el enorme caudal de su amor maternal, todo resentimiento en sus expresiones poéticas dirigidas a los niños. En ellas jamás hay dudas ni resquemores. Una infinita "Ternura" en la que se concentran todas las bienaventuranzas que le negaron sus frustraciones como amante del amador que perdió, como esposa que no fue del que hubiera querido traicionarla de no haberse suicidado, al desposarse con otra, y de su renunciación a todo amor espurio y volandero que acaso pudiera haberle proporcionado, en forma tangible aunque ilegítima, algún fruto de carne y hueso al que ella hubiera podido llamar suyo.

Hay "Canciones de Cuna", "Rondas", "Jugarretas", y "Cuentos" que son fábulas (estos últimos, como lo indica su nom-

bre) en poesía, unas fábulas deliciosas que van desde la conocida "Caperucita Roja" hasta el relato "La Madre Granada", inspirado en un plato de cerámica europea. Aquí cuenta "una historia en mayólica rojo-púrpura y rojo-encarnada" en la que hace una filigrana poética, convirtiendo los recovecos interiores de una granada en "río escarlata de monaguillos" que llegan a "la catedral solemne" por "la gran puerta herrada" entrando "como langostinos" mientras "miraban los rojos vitrales desde lo alto, con viva mirada, como treinta faisanes de roja pechuga asombrada", para al final sentarla "en un plato blanco que asustó su rojez insensata" mientras le contaba "su historia, que pongo en rojo-escarlata".

No se puede seguir sin grandes saltos imposibles el vado que pudiéramos hacerle a esta corriente, enorme e impetuosa, de versos infantiles que nos asombra con su fluidez y hermosura. En sus claras aguas se ven las espumas de la gracia, la mansedumbre de los recodos solitarios en los que se transparenta el dulce sonsonete del guarda-sueños y también los ásperos guijarros de su estro montuno.

En el "Arrullo Patagón" canta que "nacieron esta noche por las quebradas, liebre rojiza, vizcachas pardas..." y luego aclara, mostrándonos la rudeza en ausencia de ritmo, "pero es la noche-ciega y apretujada, —y me pierdo por cuevas— y por aguadas." Cada estrofa de la poesía esta tiene número diferente de sílabas, cosa harto común en toda su obra.

Luego titula una nana "Canción de la Sangre" en la que canta, para dormir un hijo imaginario que es "mi sangre única que así te doblaste, vida mía, que se mece en rama de sangre" y que "en la noche, si se me pierde, lo trae mi sangre, y en la noche, si lo pierdo, lo hallo por mi sangre". Como se verá por el tono dramático y demasiado medular de estas citas, su poesía infantil tiene momentos en que olvida la simplicidad e intrascendencia que deben primar en ella, para serpentear por veredas de aspereza o truculencia.

Pero, pasado el asombro que, tras la

lectura de las ciento ochenta y dos páginas de versos dirigidos y dedicados a la gente menuda nos asalta, llegamos a un "Colofón con cara de excusa", y ahí quedan, terminados y olvidados ya, todos nuestros reparos, dejándolos convertidos en ridículos tiquis-miquis, cuando escuchamos de los sencillos labios de la propia autora (así parecen de espontáneas) sus mansas razones, presentadas a nosotros con la deliciosa humildad que siempre portan los verdaderamente grandes.

Ella nos dice que la canción de cuna "es nada más que la segunda leche de la madre criadora" y luego nos aclara que "a la leche se asemeja ella (la canción de cuna) en la hebra larga, en el sabor dulzón y en la tibieza de entraña". Después confiesa, comparando su obra con la que ya se ha acendrado, por repetida, en la boca más modesta que "los arrorros que más me gustan son los disparatados, porque aquí mejor que en parte alguna la lógica ha de aventarse, y con cajas destempladas". También dice más adelante, abundando en las mismas razones pero desde otro punto de vista, que "estas canciones están harto lejos de las folklóricas que colman mi gusto, y yo me lo sé como el vicio de mis cabellos y el desmaño de mis ropas".

¿Acaso se quieren más pruebas del sentido de autocrítica que se respira en este trozo de prosa? pues oigámosla decir que "el poeta honrado sabe dónde falló y lo confiesa. Yo, además de saberlo, declaro que fuera de dos o tres afortunadas que están aquí, las demás son un "moulage" tieso, junto a la carne elástica de las populares. Nacieron, las pobres, para convivir, mostrando sus pies inválidos a que algún músico las echase a andar, y las hice mitad por regusto de los "arrullos" de mi infancia y mitad por servir la emoción de otras mujeres — el poeta es un desata-nudos y el amor sin palabras nudo es, y ahoga"... pensamiento en que sintetiza al final el anhelo poético, siempre frustrado al menos en parte, de presentar en forma explícita las más intrincadas emociones.

Pero ella estaba acicateada por una interior necesidad insoslayable. Así luego explica que sus nanas "pudieron no servir a nadie y las haría lo mismo. Tal vez a causa de que mi vida fue dura, bendije siempre el sueño y lo doy por la más ancha gracia divina. En el sueño he tenido mi casa más holgada y ligera, mi patria verdadera, mi planeta dulcísimo. No hay praderas tan espaciosas, tan deslizables y tan delicadas para mí como las suyas". Por lo tanto "tal vez me moriré haciéndome dormir" dice ella, "vuelta madre de mí misma, como las viejas que desvarían con los ojos fijos en sus rodillas vacías." Si ella se veía ya marginada y con el regazo árido, bien hizo en esparcir su inspirada sabiduría de mujer madura a los cuatro vientos de la palabra impresa, para después recibir la fecunda cosecha de esas mieses echadas a volar, en rondas cantadas por mil voces de niños que voceaban en su presencia el son de sus propias palabras. En más de una ocasión en que fue llamada fuera de su patria por reclamo de su idoneidad magisterial o en cumplimiento de sus deberes consulares, recibió esta viva prueba colectiva de que sus canciones infantiles sí servían a muchos, a muchos de esos niños a quienes ella quería como madre sin haberlos jamás visto.

No es sólo usando la forma poética que ella le da expresión a su amor por la infancia. Las últimas sesenta páginas de una reciente edición de su primer libro muestran abundantes pruebas de que en la prosa, elemento en el que ella se movía con gracia, originalidad y soltura, pudo cantarle a esos niños ausentes pero siempre presentes en su vida interior. Esta paradoja aparente de existir sin cuerpo vivo, necesidad de pluralizar un amor que hubiera querido hacer singular de no haber decretado lo contrario el destino, se hace clara en esta prosa. La mujer que jamás casó y cuyas entrañas nunca conocieron la fecundación procreadora escribe, en unos breves párrafos marcados fuertemente por la augusta sombra de Rabindranath Tagore, que "me ha besado

y ya soy otra; otra por el latido que duplica el de mis venas; otra, por el aliento que se percibe entre mi aliento."

"Mi vientre ya es noble como mi corazón..."

"Y hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores: ¡todo por aquél que descansa en mis entrañas blandamente, como el rocío sobre la hierba!"

Unas páginas más adelante dedica varios capítulos intitulados "Poemas del Éxtasis" a charlar con un amante imaginario en expresiones de aquejado y ardiente amor. Dice ella: "me has dicho que me amas, y estoy llorando. Me has dicho que pasarás conmigo entre tus brazos por los valles del mundo. Me has apuñalado con la dicha no esperada." También le dice, en ansia casi mística de compenetración: "sal por el campo al atardecer y déjame tus huellas sobre la hierba, que yo voy tras ti."

Estos votos de amor, formulados al calor de su imaginación siempre sedienta, jamás descienden, sin embargo, a esos planos de sensualismo mundanal y abierto tan corrientes en sus hermanas literarias, unidas a ella por el idioma, por la vecindad en el lugar de nacimiento y porque, siendo contemporáneas, representan sus respectivos países natales con parecida aunque no pareja gallardía. ¿Será necesario, para dar peso a nuestra alusión, citar a una Juana de Ibarbourou en su poema adecuadamente intitolado "La Cita", en el que se describe ella misma "esbelta y morena como un lirio vivo — y estoy toda ungida de esencia de nardos — y estoy toda suave bajo el manto esquivo?", ¿o una Alfonsina Storni que cierra su poesía encabezada significativamente con el título de "Pasión", hablando de "la mirada grande que, mientras te ilumina, te enciende rojoblanco, — y te arda y te calcine hasta el seco ramaje de los pálidos huesos!"?

No; esta chilena fuerte está hecha de un material, si igualmente rico, no tan dúctil ni tan moldeable a ningún fuego. La calidad ascética de la arcilla de la que ella está formada podemos resumirla con

sus propias palabras, en las que extrae un símbolo de un simple vaso de alfarería. En él hace hablar al artesano.

"Todos somos vasos —me dijo el alfarero, y como yo sonriera, añadió: —Tú eres un vaso vaciado. Te volcó un grande amor y ya no te vuelves a colmar más. No eres humilde, y rehusas bajar como otros vasos a las cisternas, a llenarte de agua impura. Tampoco te abres para alimentarte de las pequeñas ternuras, como algunas de mis ánforas que reciben las lentas gotas que les vierte la noche y viven de esa breve frescura. Y no estás roja, sino blanca de sed, porque el sumo ardor tiene esa tremenda blancura." ¿Acaso no se palpa aquí lo supeditada al espíritu que andaba la expresión erótica en ella?

Y, ya que hablamos de su prosa, siempre transida de esa pujanza y originalidad tan comunes en prosa de poeta, no podemos dejar de lado sus expresiones de comentario y análisis sobre la obra del apóstol cubano José Martí.

Con la mirada aguiña que le da su propia actitud creadora contempla, desde su cumbre rocosa de cóndor andino, aquella otra altura bañada de caliente sol tropical y le ve, antes que nada, su singularidad de estilo, comentando que "la originalidad adquiere en nuestra América no sé qué carácter extraordinario de dignidad, no sé qué asa de salvación de nuestro decoro." Luego señala la varonía en el cubano, su "naturaleza antiimitativa, es decir, antifemenina", para en seguida abundar en su reflejo de autocritica declarando, un poco asustada por lo formidable de su tarea investigadora, que "las mujeres no sabemos explicar nada en bloque porque, cuanto más, tenemos la capacidad de una critica de detalle".

Ella explica la peculiar calidad de la prosa martiana a su manera, extendiéndose bajo tres acápites generales que ella denomina "efusión", "abundancia" y "liberalidad". Interesante es su razonamiento en el que identifica, con naturalidad en el pensar, la obra del cubano con las características de fecundidad exuberante

y brotes excesivos de todas clases que marcan la vida en sus trópicos nativos. Pero sus razones, avaladas en extensos conocimientos literarios, no dejan de ser acompañadas por un comentario, sagaz como suyo, que muestra una de tantas veces su apego a lo humilde, a lo de la tierra, a lo que de la tierra brota, espontáneo y puro. Refiriéndose a la gracia con que Martí alternaba la metáfora de alto vuelo y relampagueante brillantez con la voz más sencilla y casera, después de explicar que “en nuestros pueblos mestizos... el negocio de la lengua corrió durante tres siglos a cargo de la población blanca que forma la clase burguesa, la lengua popular ha estado ausente porque la masa mestiza o india hablaban o bien dialectos indígenas o bien el español primario que dieron las conquistas”, nos aclara con la convicción de la experiencia intuitiva que “donde falta populismo en la expresión, falta la gracia, el sabor y el expresionismo”. Y aclara inmediatamente en audacia muy suya, “la lengua culta se resiente de entequismo, de formulismo, de sequedad y aun de tiesura”. ¿Quiérese mayor comunión de principios entre la comentarista y el que anunció su inquebrantable voluntad de echar su suerte con los pobres de la tierra?

A medida que avanza en la vida, prosiguiendo ese camino solitario de trabajo; el trabajo rutinario de su carrera consular que ha surgido de aquel otro deleitoso y dulce del magisterio; el trabajo apasionado y apasionante, llevada por su estro hacia los más altos lauros inesperados para ella, van modificando su estilo. A sus primeros poemas, aquellos sencillos y sentidos “Sonetos de la Muerte” que le trajeron en edad temprana su primer sabor de triunfo, se van sucediendo versos elaborados según los cánones poéticos de sus mayores. La trayectoria general de su obra sufre algo de la transformación tan frecuente en casi todos los autores, tanto en poesía como en prosa. Al comienzo, el apego a las leyes estéticas ya establecidas, los primeros tanteos por caminos ya bien apisonados. Luego, a medida que la na-

tural confianza en su pluma, la inevitable sensación de su propio poder intelectual se afianza en ella, **va soltando las** tre pautador, va sacudiéndose de antiguos moldes para brotar en forma propia, haciendo que, junto con el respeto por su austera aunque muy humana figura física y ejecutoria vital, surja su estilo poético que identifica en cierto modo este cuadro personal. Aquellos versos líricos en los que canta su veneración y acatamiento al máximo símbolo cristiano y a todo lo que éste representa en consuelo de renunciación, y a las primeras expresiones de dolor por sus anhelos frustrados, se suceden ahora cantos en forma de himnos a los distintos aspectos de belleza que ella le ve a su tierra natal.

Siendo ésta una estrecha y larga faja que bordea la mitad inferior del continente americano de Norte a Sur, hay en él amplia variedad de recursos para un examen laudatorio. Allí están las salinas, blanqueándose al tremendo sol subtropical; allí ofrecen también su mansa sombra acogedora las alamedas, cuyos pequeños ruidos y grandes asordinamientos tranquilizan al peregrino y lo ayudan a proseguir su camino. Y toda esta cambiante topografía queda siempre señoreada por las incomparables vértebras que extienden su imponente armazón por todo lo largo del país y que inspiraron su “Cordillera”, canto heroico a la estructura geográfica que es

*“Madre yacente y Madre que anda,
que de niños nos enloquece
y hace morir cuando nos falta;
que en metales y que en amiantos
nos aupaste las entrañas;
hallazgo de los primogénitos,
Mama Oello y Manco Cápac,
¡tremendo amor y alzado cuerno
del hidromiel de la esperanza!*

*Jadeadora del Zodíaco,
sobre la esfera galopada;
corredora de meridianos,
piedra Mazzepa que no se cansa,
Atalanta que en la carrera
es el camino y es la marcha,*

*y nos lleva, pecho con pecho,
a lo madre y lo marejada,
a maná blanco y peán rojo
de nuestra bienaventuranza."*

Más adelante suaviza el tono y dice:

*"Donde son valles, son dulzuras;
donde repechas, das el ansia;
donde azurea el altiplano
es la anchura de la alabanza."*

Y en seguida, sugerente de cierta voluptuosidad heroica:

*"Extendida como una amante
y en los soles reverberada,
punzas al indio y al venado
con el jengibre y con la salvia;
en las carnes vivas te oyes
lento hormiguero, sorda viscacha;
oyes al puma ayuntamiento
a la nevera la despeñada,
y te escuchas el propio amor
en tumbo y tumbo de tu lava..."*

En este trozo como en el anterior, vibrantes e irregulares, contrapunteados de cierto oscuro trueno cosmogónico, se puede palpar algo de la urdimbre poética de puntada ancha e hilo grueso que marca la forma personal de su obra última. En ellos se ven el caudal de su léxico telúrico, apegado al suelo paternal no sólo por imperativo del tema, sino por otro mandato más general y arraigado que la lleva a lo sencillo y natural, a cantarle a cosas como el pan, el aire, el agua y la sal, exaltando en imágenes encrespadas estas "materias" tan de todos los días.

Asimismo se trasluce en estas obras de su última etapa algo de lo que llevó a otro artista, también solitario y torturado como ella, también buscador de algo que nunca halló, a exaltar las cosas vulgares y por vulgares olvidadas. Verdad es que su búsqueda se dramatizó en un final abrupto que le faltó a nuestra andina, pero el paralelo queda. ¿Acaso no se encuentra en las fascinantes versiones de zapatos viejos, de sillas y de

pipas manchadas por el uso frecuente que legó el impresionista Van Gogh a la posteridad cierto sentido de confluencia artística? Ambos sufrieron fracasos amorosos, aunque por muy diversas razones. Ambos sintieron los rigores del aislamiento espiritual y ambos recurrieron a su arte para expresar con vigorosos trazos encumbradores de lo humilde su honda inconformidad con los órdenes establecidos de conceptos sociales y poéticos.

Si se examinan algunos paisajes del pintor belga, con sus árboles retorcidos y llameantes de luz viva, que parecen más que árboles, incendiados abanicos de plumas, si se toman en cuenta sus escenas campestres iluminadas por varios soles que lanzan su amarillento fulgor en circulares flechazos de luz, se podrán explicar versos como los que citamos ahora, parte de una alabanza al maíz, alimento de lo más modesto, elevado por el poema a un rango simbólico:

*"El santo maíz sube
en un ímpetu verde,
y dormido se llena
de tórtolas ardientes.
El secreto maíz
en vaina fresca hierve
y hierve de unos crótalos
y de unos hidromieles.
El dios que lo consume
es dios que lo enceguece;
le da forma de ofrenda
por dársela ferviente;
en voladores hálitos
su entrega se disuelve..."*

Y ¿cómo no hacer hincapié en un aspecto de esta transformación de estilo de que hablamos y que la une indisolublemente a las clases humildes con las que ella gozaba en convivir y a las que se dirige siempre? Existen numerosos y ricos ejemplos, aparte de los poéticos, que son los más difíciles de desentrañar.

En las esclarecedoras notas con las que ella ha tenido a bien regalarnos, siguiendo la "novedad, justa y útil" de Alfonso Reyes, abunda en razones sencillas que

la llevan hacia el pueblo. Tomemos las que vienen al final de "Tala", refiriéndose al poema "Todas íbamos a ser reinas". Habla así de la forma de usar un nombre de resonancia mitológica: "no bautizan con Ifigenia sino con Efigenia, en mis cerros de Elqui. A esto lo llaman disimulación los filólogos y es operación que hace el pueblo, la mejor criatura verbal que Dios crió, quien avienta el vocablo de pronunciación forzada y pedante, por holgura de la lengua y agrado del oído."

Con la sencilla frase, refiriéndose al pueblo como "la mejor criatura verbal que Dios crió", expresa nítidamente su identificación con lo popular, no lo populachero. Ella jamás adopta, como algunos prosistas hacen en forma muy excusable ya que sus metas son distintas, el tono vulgar del habla pueblerina. Si a veces usa formas poco corrientes como el verbo "abajar" o inventa vocablos como "agriura", jamás desciende al vulgarismo escueto. Es más bien en su consciente evitar de lo melifluo y su casi constante persecución de lo íntegro y verdaderamente humano que ella se acerca más a la tierra.

Volviendo a las citas, en otro lugar más adelante defiende así cierta pequeña poda final que ella le hace a un vocablo español, singularizando un sustantivo colectivo de fuerte sabor hispánico. "Yo corrí tras la *albricia* en mi valle de Elqui, gritándola y viéndola en unidad. Puedo corregir en mi seso y en mi lengua lo aprendido en las edades feas —adolescencia, juventud, madurez— pero no puedo mudar de raíz las experiencias recibidas en la infancia. Aquí quedan, pues, esas albricias en singular..."

Veamos, así, según su pensamiento claramente expresado, el atributo de belleza que ella le adjudica por omisión a esa época de la vida que llamamos niñez. Como todo el que ha sufrido grandes desilusiones y soledades al entrar en el uso de la razón, es evidente que ella piensa en su infancia como en la única faceta de su existencia que poseyó belleza, belleza de euforia, de inocencia y de

cándida fe. Creo que no sería atrevido el imaginar no infrecuentes desaires y descalabros en el orden de las aproximaciones amorosas que su poco agraciado aspecto físico debe haberle acarreado, tan pronto pasó por el difícil camino de la adolescencia hacia el inevitable trasiego social en el que contemplaría, como meta incierta pero eventual, la búsqueda del adecuado compañero.

Naturalmente que al repasar la cosecha poética de toda una vida y, más ceñidamente, la que surgió en su postrer etapa, tenemos por fuerza que contentarnos con una gran variedad de momentos, de temas y de tratamientos de esos temas.

Ya hablábamos de sus himnos a la tierra y a las cosas sencillas. Valdría la pena mencionar de paso algunas palabras de unas notas en las que ella defiende su actitud ensalzadora. En ellas habla, con su acostumbrado gracejo, de "la trompa épica, más elefantina que metálica, de nuestros románticos", y luego va por caminos de modestia para decirnos que balbucea el tema, al igual que en las "Rondas" y "Canciones de Cuna" "por vocear su presencia a los mozos, es decir, a los que vienen mejor dotados que nosotros". Se refiere evidentemente a los bardos más jóvenes, que ella supone la superarán.

Como contraste a estos rudos y heroicos "trompetazos metálicos" tenemos las breves estrofas de "La Gracia", virtuosismo poético en el que cincela las travesuras de la "Pájara Pinta" en versos breves en los que alternan su consonancia veinte vocablos terminados en "ada", todos distintos entre sí y coordinados con soltura y acierto.

También contrasta con todo lo demás una de esas gotas de rocío poético que encierra en su breve redondez cristalina, belleza rítmica y sabiduría filosófica. Sobre "La Rosa" nos advierte que:

*La riqueza del centro de la rosa
es la riqueza de tu corazón.*

Desátala como ella:

su ceñidura es toda tu aflicción.

*Desátala en un canto
o en un tremendo amor.
No defiendas la rosa:
¡te quemaría con el resplandor!*

Pero la poesía breve y saltarina, con tanto éxito cultivada por sus hermanos de idioma, época y nacionalidad, no asoma en ella su vivaz mirada más que para un parpadeo ocasional o un guiño aislado. Y de nuevo la tenemos en versos más extensos y elaborados, célebres por estar agrupados bajo el título genérico de “Recados”.

El primero lo dirige a un amigo que le ha escrito desde su lejana tierra chilena al Lyons del “mucho frío”, anunciándole el advenimiento de una niña a la que “le pusieron mi nombre, — para que coma salvajemente fruta, — quiebre las hierbas donde reposa — y mire al mundo tan familiarmente — como si ella lo hubiese creado, y por gracia...”

Otros van dedicados a compañeros de letras o a algo tan abarcador como “Las Antillas”.

Es digno de extractarse un ejemplo de esas estructuras poéticas tuyas que suben a la luz con empuje entre selvático y trascendental, siempre afincadas en la tierra, y que contienen ese peculiar tono de metáfora desbocada que tanto singulariza su obra final. En su “Recado a Victoria Ocampo en la Argentina”, en agradecimiento por cierta hospitalidad que le brindó la distinguida publicista le dice:

*“Te quiero porque eres vasca
y eres terca y apuntas lejos,
a lo que viene y aún no llega;
y porque te pareces a bultos naturales,
a maíz que rebosa la América
—rebosa mano, rebosa boca—,
y a la Pampa que es de su viento
y al alma que es del Dios tremendo.*

*Te digo adiós y aquí te dejo
como te hallé, sentada en dunas.
Te encargo tierras de la América,
¡a ti tan ceiba y tan flamenca,
y tan andina y tan fluvial*

*y tan cascada cegadora
y relámpago de la Pampa!”*

Naturalmente que había más que agradecimiento para promover la expresión admirativa tan hinchada y redonda como la que se lee en estos versos. Había sin duda el hondo sentido de confraternidad creadora que la acercaría a la gran sureña, dispensadora de gracia natural de su persona tanto como de dones literarios.

Mas hay una poesía intercalada a la mitad de “Tala” como al desgaire la que, tal vez por venir entrecomillada y con el título despistador de “La Extranjera” no se le haya adjudicado la importancia que merece. A nosotros se nos antoja encontrarle fuertes ataduras de autorretrato, amarradas con nudo corredizo de burlona mirada ante un espejo que la distorsiona, destacando aspectos negativos. Sus frecuentes estadas en tierras lejanas que ella convirtió de necesidad profesional en hábito nómada, acaso provocado por desasosiego espiritual, aquí “alienta del resuello del desierto... hablando lengua que jadea y gime y que le entienden sólo bestezuelas.” (¿Será ésta una referencia indirecta a su idioma poético, hirsuto e inesperado, y que seguramente le provocó críticas adversas?)

Siendo ella un caso típico de inadap-tación vital —aquí nos vuelve a piruetear en oscura danza de recuerdo aquel otro nombre de Van Gogh— es fácil suponer a quién se refiere cuando habla en tono premonitorio de “una muerte callada y extranjera... en una noche en la que más padecía, con sólo su destino por almohada.” El ligero trastrueque de versos con el que hemos querido facilitar el curso de nuestro pensamiento no quiere excluir la posibilidad de que toda esta teoría nuestra de autobiografía vaticinadora sea infundada. Pero son hartos extraños a veces los giros que las propias palabras dan a los pensamientos, y nosotros preferimos seguir creyendo que la extranjería de referencia es la suya propia, hecha ambigua aquí por natural pudor. En último caso, nuestro teorizar no va a cambiar nada.

Dicen los que saben de estas cosas que los únicos escritores que respaldan su obra cabalmente con el aval de su ejecutoria personal son los filósofos. Regla sin excepción aparente, permite asegurar la integridad vital de todo el que llegó —éstos no forman legión— a elaborar algún sistema filosófico. Los demás: novelistas, críticos, ensayistas o poetas, todos han caído, tarde o temprano, en el vicio que por tal no deja de aportar belleza, y que es la impostura. “Pensar es exagerar” dijo Ortega, y nosotros añadimos que exagerar es salirse de lo justo, dar mayor importancia a tal o cual cosa de la que realmente tiene: establecer un desequilibrio. Se supone objetivo de la filosofía dar su propio lugar a lo que, sin buscar su origen y razón de ser, no podría situarse correctamente. Luego, agarrándonos de aforismos prestados, buscamos reducir lo excesivo de nuestro aserto primero y caemos en el propio vicio que estamos señalando.

En fin, podemos decir que las pequeñas subversiones, pequeñas o grandes según la oportunidad, en las que el escritor simula actitudes, aficiones o desconfianzas, son tanto del plato diario de la letra impresa que han llegado a desestimarse, englobándolas todas en la frase que mezcla lo peyorativo con cierto dejo destacado y que reza: “no más que literatura”.

Pues bien, las excepciones que siempre confirman nuestra regla no son muchas. Los rincones del arte donde reina la transparencia no abundan. Podemos citar dos, ambos del reino poético y ambos dotados de esa violencia ruda de expresión que esconde la belleza formal bajo el matorral hirsuto de su verbo fuerte: Walt Whitman y Gabriela Mistral. La lectura de los dos provoca parecido asombro en su elementalidad de acento. En ambos se canta en forma directa a las cosas aparentes y arrebatadoras, encontrando en ellas aspectos recónditos y misteriosos. Ambos declaman su inconformidad en un robusto tono mayor que refresca y vigoriza a la par que conmueve. Ambos desprecian la ironía como refugio

de timoratos y tortuosos. Ambos se deleitan y nos deleitan al lanzar sus rimas desiguales con gesto desmelenado y mano generosa.

En la Mistral esta rebeldía no llega al verso libre, acaso por cierto sensualismo latino que le hace detenerse en el asonante alternado y la lleva a conformarse con una caprichosa irregularidad en la métrica que hace su obra inconfundible.

La nota que calza una de estas libertades suyas, aprovechadora de acentuaciones irregulares y tomada al final de su poema “Beber”, nos aclara que “falta la rima final, para algunos oídos. En el mío, desatento y vasto, la palabra esdrújula no da rima precisa ni vaga. El salto del esdrújulo deja en el aire su cabriola como una trampa que engaña al amorador del sonsonete. Este amorador, persona colectiva que fue millón, disminuye a ojos vistas, y bien se puede servirle a medias y también dejar de servirle...”

La única ocasión en que el engaño, como tal, muestra su sonrisa equívoca desde las páginas de sus libros es hacia el final de su largo “Recado de Nacimiento para Chile”, donde, después de referirse entre paréntesis a una supuesta experiencia de Kipling, se apresura a aclarar su broma indicándonos así, tácitamente, la calidad rústica de la familia a la que va dirigido el “Recado”. Explica ella que “Kipling no cuenta nada... cita para honrar a Don Palurdo, gran citador”.

Pero la máxima demostración de honradez y sinceridad literarias nos la da en dos trozos de prosa, hondamente aleccionadores y que la pintan con rasgos definitivos y claros. Son éstos su “Oración de la Maestra” y su “Decálogo del Artista”.

En el primero, usando un tono de reverente invocación al Dios cristiano, con todo lo que de humildad y renunciamento tuvo la vida de su Hijo en la tierra, da expresión al quemante fervor generoso que la llevó a ser maestra antes de que para ello tuviera adecuada preparación, necesitando la promulgación de un decre-

to especial para legalizar su ejercicio magisterial, y que hizo de la enseñanza la vocación social y humana de su vida. Aquí quedan apuntadas, junto a las cualidades que ella consideraba consubstanciales al verdadero magisterio, su propio modesto sentido de insuficiencia.

Después de pedirle a su Maestro que le haga “perdurable el fervor y pasajero el desencanto”, llega en su silicio espiritual de renunciamento a pedirle que le arranque “este impuro deseo de justicia que aún me turba, la protesta que sube de mí cuando me hieren.”

Habiendo probado ya sin duda las hieles de la ingratitud y el desengaño, le pide que “no me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé”.

Ella, que ha conocido también el salobre rastro que deja el aislamiento y la indiferencia, le aclara a su Hacedor con extasiada devoción que “muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado”. Y luego pasa a vaticinar que “cuando mi doctrina sea más cabal y más quemante mi verdad, me quedará sin los mundanos”. ¡Los mundanos!... bien sabía ella de las esquivaces y traiciones de que se sirven los habilidosos y escurridizos para lograr hinchar sus velas con los vientos del mezquino éxito momentáneo. ¿Para qué buscar expresión más rotunda y clara de los principios de austeridad y sobrio ensimismamiento que la llevaron, señera y sin protectora, por muchas capitales del mundo y le facilitaron el paso por ellas sin mancha ni maledicencia?

En el “Decálogo”, aparte de su evidente sentido místico y de sus postulados alquitrados en pureza moral evidente, hay mucha tela dónde cortar. Aunque no es nuestro objeto terminar esta visita a los predios poéticos de Gabriela Mistral con una expresión de divergencia radical, no podemos por menos que apuntar ciertos reparos a sus “tablas de la ley” artísticas.

Está muy bien recalcar el sentido cósmico que, como parte de las actividades humanas en nuestro cambiante universo,

debe poseer el arte. De acuerdo estamos con que el artista sea, antes que artista, hombre en el sentido más amplio del vocablo. Pero hasta ahí llega nuestro acuerdo con lo que debe pautar al que, sintiendo el ansia de expresar emociones y anhelos surgidos de lo más recóndito y nebuloso de la subconciencia, lugar secreto donde a menudo no llega la luz divina de lo moral, debe usar de los sentidos para apelar a los sentidos de los demás. Con sus manos, sus ojos y su imaginación, debe plasmar, dándole forma tangible, la hirviente intranquilidad que lo agujeronea y que lo lleva por cualquier camino viable, sea éste recto o sinuoso, hacia el mundo indiferente al que él, remedando al David bíblico, piensa rendir con la honda de su esplendor propio, aún inexpressado.

El carácter sensual de toda expresión artística es la base sobre la que se levanta, en cabriolas de vuelo exaltador, cualquier mensaje que vaya dirigido a otros planos que no sean los de la sensibilidad. La ética de la conducta humana se servirá así en forma indirecta siempre, haciendo más delicadas las percepciones y, por ellas, más puros los conceptos.

Es mucha verdad para el creyente que “la belleza es la sombra de Dios sobre el universo” y que “la naturaleza es su sueño maravilloso”. Esto como expresión de exaltada fe mística. Pero lo que en realidad encuentra el artista al pasar su mirada por las cosas del mundo es nada menos que un enorme caos en donde todo, pasiones, montañas, nidos y estrellas, asombran por superabundantes y parecen esperar su mano, sabiamente organizadora, para alinearse a su voluntad autónoma y servirle para sus especiales designios estéticos.

Olvidemos ahora, sin embargo, en reverente acatamiento, nuestras pretenciosas desavenencias sobre cosas que, después de todo, son asuntos de muchas palabras y mayores dudas, y quedémonos con las esencias límpidas y fragantes de estas leyes sagradas sobre el arte, sobre su arte en el que ella puso toda la since-

ridad, el ardor y la abnegación de su alma pura. Despidámonos de estas nobles paredes, de esta robusta y acogedora presencia dejándola tal como la encontramos, sin mácula excepto por las huellas de lágrimas que siempre marcan el lugar donde cayeron; firme con la firmeza etérea y omnipresente del aire que nos sirve, nos acaricia y nos da la vida y sin el cual no nos pueden llegar las notas afi-

nadas y vibrantes de estos cantos echados a volar sin malicia ni doblez. Retirémonos reverenciando, como se retiran los plebeyos ante una majestad, con paso digno y sin darle las espaldas, y sintamos que en esta morada de poesía de la que nos alejamos, esperando siempre una reaproximación, queda toda la mayestática expresión de grandeza que pueda dar la humildad a la palabra poética.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha

Ensayo de Crítica Literaria

Por ALFONSO MARIA LANDARECH, S. J.

II

SUMARIO: Un loco aleccionador. Risa, respeto y veneración. La parodia y el mejor libro de caballerías. Imagen de la vida. Verosimilitud: personajes de farsa y rebio realismo. Gracia, amenidad, estilo y lenguaje. Tónico. Acogida de la obra. Crítica. Pelillos al mar.

Para nosotros es el Quijote, además de un libro de entretenimiento y solaz, un libro sobre todo de riquísimo contenido moral, del que todos tenemos mucho que aprender. Por eso dice muy bien Menéndez y Pelayo: "No fue uno de los menores aciertos de Cervantes, haber dejado indecisas las fronteras entre la razón y la locura y dar las mejores lecciones de sabiduría por boca de un alucinado".¹

Don Quijote y Sancho son los favoritos de todos los lectores, y Cervantes con la sonrisa en los labios les va diciendo por su boca las mayores verdades. Ambos caracteres, tan bien definidos y complejos,

cautivan constantemente nuestro interés, y el amor y el cariño que les tiene su autor lo transfunde y comunica de tal manera a sus lectores que nos aficionamos insensiblemente a Sancho Panza, admiramos el heroísmo de su amo, nos compadecemos de su locura y muchas veces nos llenamos de justo respeto y santa veneración.

Y este segundo aspecto no nos lo da ciertamente la primera parte donde, como hemos dicho, don Quijote no es sino un loco, ridículo y desgraciado al mismo tiempo, héroe de burla y de parodia al querer poner en práctica lo que leía en sus libros. Todo eso no es más que la nota cómica nacida del contraste de su

¹ Menéndez y Pelayo. Estudios y Discursos... t. I, pág. 352.

alta espiritualidad e idealismo con la prosa de la vida.

Pero ese ridiculizar a la andante caballería, al presentarnos a su héroe tan fracasado, así como fue el fin principal de Cervantes al empezar a componer su libro² va perdiendo poco a poco lo que tiene de parodia para convertirse, casi sin sentirlo, en la apología caballeresca, que tiene su fondo real y cuyo argumento es en la presente novela nada menos que la historia de la humanidad.

Así que Cervantes, queriendo echar abajo los libros de caballerías, con su Quijote, como el P. Isla con su Fray Gerundio, los delirios del gongorismo reinante, compuso sin darse cuenta quizá, el mejor libro de la literatura caballeresca.

Calderón, en *La Vida es Sueño*, filosofando sobre el hombre, trata de demostrar que la vida es a modo de un sueño fugaz y mentiroso, del cual nos despierta a cada paso el desengaño y la realidad misma.

Ahora bien, esta tesis no la prueba con argumentos de razón puestos en boca de sus personajes, sino encarnándola en un ser fantástico, llamado Segismundo, que pasa repentinamente de la oscuridad de una cueva a los esplendores de palacio. Sus enseñanzas se desprenden clarísimas del profundo sentido filosófico del protagonista. Segismundo es también un símbolo. Es simplemente la humanidad en sus tres estados de inocencia, de culpa y de gracia.

Con la mira puesta en ese significado trascendental esculpió Calderón a Segismundo, selvático y animalizado primero, pero cuerdo y avisado después porque ha aprendido

*"que toda la vida es sueño
y obrar bien es lo que importa
para cuando despertemos".³*

2 Cervantes en el Prólogo: "Todo él es una invectiva contra los libros de caballerías". "Y pues esta vuestra escritura no mira más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías". "En efecto, llevad la mira puesta en derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros... que si esto alcanzareis, no habríais alcanzado poco".

3 Calderón de la Barca. *La Vida es Sueño*.

No así en el Quijote de Cervantes, pues aunque el tema es el mismo, aquél fue pretendido y premeditado, mientras que éste, por muchas probabilidades, nos inclinamos a creer que fue sin pretenderlo el autor; lo cual no sólo no le quita mérito, sino que si bien se mira, es el summum de la perfección: Las reglas son medios para llegar al fin. Dichoso el que sin necesidad de ellas obtuvo los mismos resultados. Y si el gran dramaturgo madrileño fue eminente en la invención, El Manco de Lepanto no lo fue menos en la narración de hechos, que con ser fabulosos, tienen sin embargo, un profundo realismo para nosotros.

Se ha alabado en *Los Intereses Creados* el arte mágico de Benavente en hacernos verosímil la más marcada utopía. Sus personajes son algo así como los del retablo de maese Pedro (Cap. XXV y XXVI, 2ª p.) y con todo llegan a interesarnos grandemente sus intrincadas peripecias, acabando por reconocer en Crispín otro Ulises, fecundo en recursos, que sale siempre airoso de sus cuitas".⁴ Este mismo, en más alto grado, es el éxito de Cervantes. Todos sus personajes son muñecos de cartón, ideados por su fantasía,⁵ pero se imponen de tal modo a la realidad misma, que bien pudo decir Menéndez y Pelayo en una frase digna de él sólo: "Entre la naturaleza y Cervantes ¿quién ha imitado a quién? se podrá preguntar eternamente".⁶

Es que sus creaciones son perfectas, y si no son seres de la misma naturaleza, merecían que ésta los recibiese como suyos. Es una copia tan bien sacada que se confunde con el original. Sus personajes son ficticios y formados a su antojo, pero diríase que impresionan aún más que los reales, por estar dotados de la virtud que él estimaba como la primera en todo buen escrito, a saber: "Que tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verda-

4 Benavente. *Los Intereses Creados*.

5 Claro está que no se excluye la inspiración en un Quijote de carne y hueso. Véase Rodríguez Marín, "Los Modelos Vivos del don Quijote de la Mancha", Conferencia leída en la Unión Ibero-Americana el día 12 de mayo de 1916.

6 Menéndez y Pelayo. *Estudios y Discursos...* Pág. 341.

dera, y tanto más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitación en quien consiste la perfección de lo que se escribe". Y un poco más adelante. "Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios lizos⁷ tejida, que después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que se consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente".⁸

Ahora bien. ¿Quién logró enseñar y deleitar más con la novedad y originalidad del asunto? ¿Quién fue capaz de crear personajes más bellos, inventar aventuras más interesantes? ¿Quién le superó en la armonía y riqueza del lenguaje, en la fluidez y desenfadado del estilo, en la frescura y brillantez de la imaginación?

Y ¿qué decir de la amenidad de su prosa, del donaire en el narrar, del chiste ático y fino que hace unas veces asomarse a nuestros labios una sonrisa benévola o burlona y otras estallar en estrepitosas carcajadas?

Por cualquier capítulo que se abra al acaso este libro inmortal, encontraremos el mismo gracejo, la misma galanura de la frase, el mismo interés creciente; en una palabra, el don incomparable del bien decir.

"El Quijote —la obra más amena del mundo, es a juicio de Rodríguez Marín—

como ciertos manjares exquisitos que suele no gustar hasta que se han probado algunas veces. Pruebe este plato singular el más melancólico; lea en la peregrina historia desde su primer capítulo, por donde al acaso se abriere, y yo fío que si el primer día no halla deleitosa la lectura, le tomará algún gusto el segundo, y se sonreirá el tercero, y se reirá a carcajadas el cuarto, y el quinto no verá la hora de reanudar la grata distracción, y el sexto será otro hombre del que era, y el séptimo estará curado de su mal de espíritu, todo con que cada uno de estos días no actúe ni opere la causa de su tristeza, neutralizando el efecto de la mágica virtud de la medicina".⁹

Y Valera se lamenta de que haya desaparecido en los escritores de su tiempo la gracia, el chiste y la risa benévola que no lastima ni hunde a quien la provoca que era y es remedio y panacea de los pesares.

"Cervantes la tenía como precioso don del cielo. Hoy la seriedad nos abruma. Se diría que hemos nacido para llorar y no para reír. La risa sin hiel es celeste propiedad de los dioses y en la tierra privilegio exclusivo de los hombres sanos y fuertes. Seguro indicio de salud y de fortaleza es reír con suavidad y dulzura. Este es el mayor y más misterioso encanto del libro de Quijote".¹⁰

¿Habrá alguno de sus lectores que no se haya reído de veras con las simplezas y salidas de Sancho y con las no menos graciosas locuras de su amo?

"Por eso, uno de los encantos del Quijote —advierde don Miguel Antonio Caro— es puntualmente la vacilación perpetua del lector que aguarda a ver por cuál de los dos respiraderos, si por la locura disparatada o la más exquisita galantería don Quijote, si por la sandez o la prudencia Sancho, despunta cada cual en cada lance que ocurre; siempre la salida es tan inesperada como oportuna".¹¹

⁷ Lazos estampó equivocadamente la edición príncipe, errata que, según nota Cortejón, ha pasado a todas las demás, excepto las de Clemencín, Rivadeneyra, Hartzenbusch, Benjumea y Fitzmaurice-Kelly. Llamen lisos a los hilos fuertes que sirven de urdimbre para ciertos tejidos. Rodríguez Marín, loc. cit. Nota.

⁸ *El Ingenioso Hidalgo...* t. III, Cap. XLVII, Págs. 383 y 386. Citado por Menéndez y Pelayo en la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, t. III, Págs. 396 y 397 Madrid 1920.

⁹ Rodríguez Marín. Prólogo a la edición crítica de *El Ingenioso Hidalgo...* t. I, Pág. XXVII.

¹⁰ Valera. "Discurso póstumo del Centenario del Quijote".

¹¹ Miguel Antonio Caro. *Juicio crítico sobre El Quijote*.

Esta es la mira que tuvo Cervantes en la composición de su obra, y a fe que la consiguió a las mil maravillas: "Procurad también que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla".¹²

Del éxito del Quijote hablan muy claro los hechos. Apenas aparece la primera parte el 1605, ese mismo año tiene cuatro ediciones y se hace el libro favorito de toda clase de personas. Invade lo mismo las posadas y tugurios que los palacios y despachos de los hombres de letras, se lee en las escuelas y en las aulas de las universidades donde siempre reina el buen humor. Es el libro de todos. Los tipos de don Quijote y de Sancho hallan inmediatamente eco en la humanidad entera porque allí ven retratados sus ideales y sus hechos.¹³

Se dice que como una vez Felipe III viera desde su balcón a un estudiante que leía un libro y daba grandes risotadas, dijo a los que le rodeaban: Ese hombre o se ha vuelto loco o lee el Quijote.

Cuando salió a luz por primera vez el Quijote, Cervantes se granjeó el aplauso universal del público. Sólo más tarde, en el siglo XVIII, los críticos anatómicos del lenguaje se desojaron por encontrar en el español que mejor escribió en castellano, algunas faltas de sintaxis, solecismos, barbarismos de todas clases, ensañándose

en puntualizar el porcentaje de cada una de ellas. Y es de lamentar que en esta labor, meritoria por otro aspecto, hayan enfocado muchas veces sus energías no solamente Clemencín, Pellicer, Abadía, etc., que pudiéramos llamar los puntillosos fueristas de minucias, sino que se han contagiado también los comentaristas verdaderamente eruditos como Pérez Pastor, Cortejón, Fors, Navarrete, Navarro y Ledesma, Menéndez y Pelayo y el infatigable Rodríguez Marín, nunca suficientemente alabado. Cervantes les perdona su atrevimiento, ya que la historia de las letras así lo ha hecho en gracia a que con su celo tesonero y labor constante, ya dando a conocer nuevos documentos, ya haciendo aclaraciones valiosas o explicaciones atinadas de pasajes dudosos se han granjeado el elogio de los eruditos y han levantado todos ellos a una el monumento de homenaje más perenne al mayor ingenio de las letras castellanas.

Por otra parte, estos insignificantes lunares se deben a su portentosa facilidad productiva, característica del genio, que puesta su mira en lo trascendente de la obra, descuida, más bien que desprecia, el trabajo de lima y corrección a que todo buen escritor ha de someter sus escritos.

Por lo demás podemos afirmar con toda sinceridad y atrevimiento crítico: En prosa nadie ha escrito mejor ni con más dominio de la lengua castellana que el príncipe de los ingenios, don Miguel de Cervantes Saavedra.

III

SUMARIO: Silueta de Sancho. Su filosofía y aspiraciones. Sandeces y discreciones. Paralelismo y contraposición. Sabiduría popular y refranes. Encumbramiento. Complejidad de carácter. Ambos se perfeccionan. Ocaso de Don Quijote. Sublimidad. ¿Quién es el loco? Celebridad. Sintetizando. Dedicatoria. Punto final.

En eterno contraste con don Quijote se levanta sugestiva la imprecadera figu-

ra de su escudero. Oigamos a Cervantes. "Quiero que me agradezcas el cono-

¹² Cervantes. Prólogo a *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

¹³ Fuera de la Biblia, es el libro que más ediciones ha tenido en el mundo. Sólo la francesa cuenta ya con

50 ediciones. En vida de Cervantes se expendieron 30,000 ejemplares. En la Biblioteca de Madrid había, si mal no recuerdo, 800 ediciones, y en Espasa aparece una lista de 1095 hasta el año 1920.

cimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas".¹⁴

Sancho presenta también en sí mismo encontrados caracteres. Tipo de la simpleza y sensatez juntamente, crédulo y astuto, material y grosero, pero que al mismo tiempo tiene conciencia de la filosofía parda que practica y con aspiraciones a Gobernador de la ínsula Barataria.

Ni es tan simple que no deje de ver en el fondo la honradez del aldeano y hasta la discreción de uno que ha estudiado y sabe lo que se dice: y así lo llama su amo: Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero. (t. IV cap. XI, pág. 243) "Tiene a veces unas simplicidades tan agudas, que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones, que le levantan al cielo".¹⁵

Y el mayordomo se admira de ver que un hombre tan sin letras diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos. (t. V, Cap. XLIX, pág. 484).

En suma, la misma fluctuación que en su amo notamos entre la locura y la razón, esa misma nos sorprende en su escudero, no sabiendo nosotros, como el prudentísimo Cide Hamete que escribió su historia, si tenerle por tonto o por discreto.

En don Quijote admiramos la sabiduría y el juicio, que lo tiene bonísimo como le dejen las sandeces de la caballería; en Sancho por el contrario, la no menos apreciable dote del sentido práctico en que descuella mientras no toque el registro discordante de la prometida ínsula.

Es además Sancho, la personificación del aldeano, cifra y compendio de todo su modo de ser, llano y honrado, un

tanto rústico y basto, pero amable y atrayente.

Cuanta sabiduría práctica atesora la tiene cifrada en sus refranes que espeta a troche y moche. "Válame Dios —dijo don Quijote—, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos a los refranes que enhilas?"¹⁶

Todos celebramos sus salidas oportunas y aplaudimos su criterio, sobre todo cuando le va en ello la utilidad: "Oyendo lo cual el Cura —al escuchar a Sanchica— dijo: Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos he visto que no los derrame a todas horas y en todas las pláticas que tienen. Así es la verdad —dijo el Paje—; que el señor Gobernador Sancho a cada paso los dice; y aunque muchos no vienen a propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho".¹⁷

Esa es la nota que más caracteriza a Sancho, el gracejo singular de su conversación y sus cuentos. Estamos aguardando que hable él y sus refranes, como a la Duquesa, nos dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con más razón acomodados. (t. V, cap. XXXIV, pág. 217).

Se ha objetado que quizá le reste algo de interés a don Quijote, pues en la segunda parte ocupa un papel demasiado importante para escudero.

Pero esta objeción no deja de ser un escrúpulo. Todos sabemos que no por estar más resplandeciente la luna, pierde nada de su claridad el sol, que al fin y al cabo de él la recibe toda. Así que si Sancho llega a ser algo en esta historia es gracias al resplandor de su amo a quien sigue invariablemente y cuyos consejos y empeño logran pulir poco a poco y convencerle por fin de que más vale el buen nombre que las muchas riquezas.

El muy ladino presenta por otra parte aspectos psicológicos muy diferentes. Es

¹⁴ Cervantes, Prólogo a *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

¹⁵ *El Ingenioso Hidalgo*... t. V, Cap. XXXII, Pág. 174.

¹⁶ *El Ingenioso Hidalgo*... t. II, Cap. XXV, Pág. 279.

¹⁷ *El Ingenioso Hidalgo*... t. VI, Cap. I, Pág. 34.

gracioso y discreto y tiene conciencia de la gracia que hacen sus dichos. "A lo que respondió la Duquesa: —De que Sancho el bueno sea gracioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor don Quijote, como vuestra merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y un poco más adelante: "Mandó la Duquesa a Sancho que fuese junta a ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones".¹⁸

Tiene mucho sentido común y conoce muy bien de qué pie cojea su amo para seguirle con su manía. Tan cuitado y crédulo como parece, es a las veces muy socarrón y se burla y bromea con la locura de don Quijote. Conocida es toda la trama del encantamiento de Dulcinea por él inventada.

Don Quijote en contraposición con la naturaleza, la locura de sus pensamientos, con el mundo real en que se desenvuelve por un anacronismo, y Sancho Panza, su escudero, con su credulidad y sus simplezas, su buen humor y socarronería, sus máximas y sus refranes, estarán siempre en completa oposición para admiración de todos sus lectores.

Pero se observa palpablemente, que estos caracteres tan encontrados, se van perfeccionando mutuamente: don Quijote pudo aprender de Sancho algo de la vida real y Sancho a su vez de don Quijote un poco más de elevación de miras. También aquí tiene lugar el axioma de que los extremos se juntan. Según avanza la historia, los dos personajes se nos hacen más humanos, más equilibrados, más consecuentes consigo mismos y por ende más amables y más atrayentes.

El ingenioso hidalgo don Quijote es siempre idealista y el gracioso Sancho, utilitarista, pero el que era al principio un soñador ridículo de quimeras las más extravagantes, viene a convertirse como

por ensalmo en la más perfecta figura de la naturaleza, que pule y ennoblece a la vez a su buen escudero y ambos a dos llegan a veces hasta la sublimidad.

Los consejos que da don Quijote a Sancho al ir a gobernar la insula son ejemplo de cordura y perfecto conocimiento del corazón humano, (t. V, caps. XLI y XLII). Todos hemos quedado extasiados al oírle disertar de la edad de oro, ante un grupo de cabreros (t. I, cap. XI), y hemos admirado su ingenio agudo en el discurso de las armas y las letras (t. III, cap. XXXVIII).

Oía todo esto Sancho, y dijo entre sí:

—Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos iirme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! (t. IV, c. XXII, p. 444).

¿Quién por ejemplo no ha sentido conmoverse en lo interior, al leer la muerte tan cuerda y tan cristiana del caballero andante en su propia casa? Después de una vida errabunda y fantástica, ¿qué significa aquel despertar sosegado con palabras que son un contraste de la noche al día y un desahogo del alma después de seis horas de reflexión? "¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho!"

Y aquella otra frase tan impresionante:

"Señores, dijo don Quijote, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo: fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno" (t. VI, Cap. LXXIV, Págs. 435 y 442).

¿Qué había sucedido?

Don Quijote, el famoso don Quijote de la Mancha, el de los molinos de viento, el de los carneros, el de los yangüeses, el del encantamiento de Dulcinea, desface-

18. *El Ingenioso Hidalgo...* t. V, Cap. XXX, Págs. 124 y 126.

dor de agravios, enderezador de entuertos, satisfactor de deudas; ya no es el Caballero de la Triste Figura, sino Alonso Quijano el Bueno, que al llegar su último trance, como buen caballero español, de fe robusta y recia, él mismo llama al sacerdote para arreglar su conciencia.

Observa, comentando este pasaje, el ya antes citado Paul de Saint-Victor. Don Quijote al curarse de la locura cae mortalmente enfermo. El sonámbulo despertado de improviso, cae de lo alto a donde le habían subido alas invisibles, y se estrella contra el suelo; así don Quijote despertado de sus ensueños se precipita en el mundo real y no sobrevive a su caída. El optimismo era el alimento de su cuerpo seco; desde que le falta, espira.¹⁹

Esta majestad tan bien colocada, después de la evolución progresiva y bien graduada de nuestro héroe, sorprendería y casi nos haría reír, al fin de la primera parte, pues todavía conserva ese sello ridículo que más adelante va perdiendo hasta esfumarse por completo.

También Sancho evoluciona y va emancipándose poco a poco de las miras bajas y rastreras. Esta transformación se viene observando desde los primeros capítulos de la segunda parte. Y la primera en hacerlo notar es su mujer Teresa Panza cuando le advierte que desde que se ha hecho miembro de caballero andante habla de tan rodeada manera que no hay quien le entienda. (t. IV, Cap. V, Pág. 122). Ya se permite el lujo de hacer alusión a uno de los más famosos romances (t. IV, Cap. V, Pág. 132). Y un poco más adelante se admira don Quijote de que cada vez se va haciendo menos simple y más discreto; a lo que le responde Sancho: "Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuesa merced". (t. IV, Cap. XII, Pág. 249).

No hay duda pues de que al par que evoluciona don Quijote y Dulcinea Sancho también se pule y purifica de las escorias de su natural rudeza.

Ahora quiere a su amo por su misma locura, cuya grandeza presente vagamente. Y su utilitarismo se va convirtiendo en fidelidad y desinterés.

A la Duquesa que le tacha de loco y tonto porque sigue a su amo, le responde: "Si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero ésta fue mi suerte y ésta mi malandanza; no puedo más; seguirle tengo: somos de un mismo lugar; he comido su pan; quíerole bien; díome sus pollinos y, sobre todo yo soy fiel; y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón."²⁰

En estas palabras se revela Sancho. La primera razón que aduce para seguir a su amo es la de haberle hecho favores, pero muestra también su alma honrada y generosa al subrayar como principal la de su amor grande hacia él. Por eso le juró fidelidad.

Se ha discutido mucho sobre quién es aquí el loco y todavía no se acaba de dar clara la solución.

El erudito crítico y filósofo italiano Giovanni Papini defiende una teoría muy original, pero algo aventurada quizá. Para él, Sancho es el verdadero loco y don Quijote no es más que un vividor trotamundos que se finge tal para satisfacer su ideal en la imposibilidad de otro medio mejor. Y ciertamente no le faltan pasajes con qué apoyar su aserto.

Nosotros sin meternos en inútiles disquisiciones, podemos decir con toda certeza que los dos adolecen de la misma enfermedad. "Y lo primero que digo es que yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que, a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanás no las podría decir mejores; pero no todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, a mí se me ha asentado que es un mentecato".²¹

19 Paul de Saint-Victor. *Hombres y Dioses*, Montevideo, 1913, Pág. 226.

20 *El Ingenioso Hidalgo*... t. V, Cap. XXXIII, Pág. 190.

21 *El Ingenioso Hidalgo*... t. V, Cap. XXXIII, Pág. 188.

Pero si don Quijote es a juicio de su escudero un loco rematado, Sancho, por propio testimonio, es loco y medio. “Este mi amo, por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: Dime con quién andas y te diré quién eres, y el otro de No con quien naces, sino con quien paces”.²²

El mero hecho de seguirle a toda costa, con la peregrina idea de llegar a Gobernador de una insula que sólo existe en su cabeza, indica que Sancho no tenía mucha sal en la mollera (Cap. XXXIV), opinión que se confirma más tarde hasta la evidencia, al dejarse engañar él mismo con lo del encantamiento de Dulcinea y la cueva de Montesinos.

En carta a su mujer Teresa Panza le dice así: “Don Quijote mi amo, según he oído decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlín ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo: con tres mil y trescientos azotes, menos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que la parió”.²³

Y el bachiller Sansón Carrasco, cuando oyó hablar a Sancho, creyó todo lo que de él había leído en su historia y lo tuvo por uno de los más solemnes mentecatos, afirmando que tales dos locos, como amo y mozo, no se habrían visto en el mundo (t. IV, Cap. VII, Pág. 165).

Loco fue pues don Quijote y loco también Sancho, aunque a su modo; pero estos dos curiosos locos con sus geniales locuras han escalado la cumbre inaccesible de la celebridad.

Porque don Quijote es el representante del honor, loco sublime que no tiene patria ni fronteras que le encierren en sus

estrechos límites; del valor y heroísmo que desprecia las dificultades y peligros y rompe todas las barreras por ir tras un ideal grande, levantado y sublime; del amor y el sacrificio que se inmola en aras de una idea luminosa por hacer bien a la humanidad doliente. Y en atrevido contraste con ese ideal soñado de belleza, Sancho Panza, otro loco sublime de la credulidad y fidelidad, la materia que acompaña a todas partes al espíritu para recordarle que vive en la tierra y que no puede volar, la prosa de la vida, la experiencia cotidiana que alecciona; con su rudeza y su docilidad, su bondad y su cariño, su buen humor que hace olvidar las penas de la jornada y todo lo endulza, suaviza y hace llevadero con sus dichos y donaires.

Don Quijote sobre Rocinante, puesta la celada, en ristre la lanza, la mirada fija en su ideal, y a su lado Sancho caballero sobre el Rucio como un patriarca oriental, serán siempre las dos más admirables creaciones de carácter universalista que haya jamás producido el genio de la novela.

Fuente inagotable de profunda filosofía, la más exacta representación simbólica de la humanidad, libro el más idealista al par que el más real, el más divino y el más humano de cuantos se han escrito en el mundo, eso es el Quijote. En sus inmortales personajes están admirablemente fotografiados los seres todos del globo, con todos sus caracteres, con sus distintas tendencias y modalidades, en sus diferentes estados de ánimo, y en los más variados aspectos de la vida humana. A eso debe el éxito universal el libro incomparable de Cervantes.

Nos hemos esforzado por sintetizar en este humilde trabajo las notas características del genio de Cervantes, tal cual las hemos encontrado a través de su asidua lectura, guiados por los mejores comentaristas.

Mientras haya en el mundo literario un adarme de buen gusto de lo bello, se perpetuará viva e indeleble la memoria

²² *El Ingenioso Hidalgo...* t. IV, Cap. X, Pág. 208.

²³ *El Ingenioso Hidalgo...* t. V, Cap. XXXVI, Pág. 251.

inmortal del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura, el de los Leones, el del yelmo de Mambrino, el del Clavileño, el de Dulcinea, invicto en miles de azares.

Rey de los hidalgos, señor de los tristes

*que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.*²⁴

²⁴ Rubén Darío. *Obras poéticas completas. Letanías de Nuestro Señor Don Quijote*. Madrid 1941, Pág. 610.

LA MUERTE Y SU DANZA

Por DORA ISELLA RUSELL

¿De dónde vienes, di, la melodiosa,
de dónde llegas, di, la biencallada,
calzando fieltros y vistiendo rasos
en que respiran silenciosas aguas?

JUANA DE IBARBOUROU

La muerte es el más antiguo terror del hombre. Erguida en el trasfondo de las religiones; como sustento de una filosofía de la existencia o de la no-existencia; como preocupación metafísica, o simple miedo doméstico, el “hay que morir” de los trapenses es el mismo clamor que atraviesa los siglos desde la primera aurora humana.

Inspira las supersticiones primitivas, y el hombre que encendía el fuego para ahuyentar a las fieras, también buscaba en él compañía y defensa contra los espíritus malignos, emisarios de las potencias siniestras. Al lado de las divinidades ventrudas que simbolizaron los principios de la fecundidad, la germinación, el dinamismo vital, ídolos adustos encarnaron la contrafigura sombría. El oscuro pavor que entraña la muerte, incitó a los hombres a estructurarse fábulas amables que les prometían la continuidad de esta vida. Paradójicamente, por retener la vida, o su apariencia, los egipcios sólo consiguieron superpoblar de muertos el subsuelo, y el afán de inmortalidad convirtió al país en un inmenso cementerio. En la India el alma reencarnaba en otros cuerpos, prolongándose el soplo vital en un encadenamiento de avatares. En Persia, se cremaban los cuerpos para que el espíritu se desprendiera de ellos libre y puro. El helenismo, que fue una glorificación de la existencia, pese a sus dioses subterráneos, hizo aflorar una sonrisa en las tinieblas del Hades, donde la vida continuaba siendo sólo prolongación invisible y placentera de la otra, aunque con el agravante del hastío. Tampoco para los romanos fue grata la idea de morir; pero contras-

ta con la severa y funeraria lección del Egipto, la apacible domesticidad de los epitafios de la antigua Roma: “Ella hilaba la lana”, “Fue madre de tres bellos hijos”. “Amaba a su marido”...

Las viejas concepciones teológicas tienen mucho en común; la creencia en otra vida, la transmigración de las almas, la prosecución de la existencia bajo alguna nueva forma. La muerte asoma como una desagradable fatalidad, un plazo ineludible, que ellas procuran mitigar con el señuelo de la buenaventura eterna. En el fondo, nada de esto convence al hombre. Y en la mentira consoladora que se fabrica, ve demasiado bien la inconsistencia de los cimientos.

También el Cristianismo postuló la aventura de la vida eterna; pero introdujo con tal severidad el sentimiento del pecado y la recompensa; la culpa y el castigo, que la muerte cernióse como una advertencia ceñuda, presidiendo todos los actos del individuo. El freno religioso imprimió a la Edad Media un clima austero que no lograba encubrir la crisis moral de una sociedad corrompida. La peste europea del siglo XIV y la miseria, cumplieron su obra, y prepararon el escenario donde la muerte iba a inaugurar su coreografía lúgubre.

Sin duda, la danza de la muerte constituye el espectáculo más singular del medioevo. Invadió las conciencias, presente e insistente; originó una literatura y un arte macabros, con el *leit-motiv* del esqueleto en todas las actitudes imaginables. Poemas, murales, grabados, esculturas: la muerte impone en todo su alegoría de sudarios, guadañas y sepulcros. Pareciera la réplica de las frívolas y libertinas *cortes de amor*, que sublimaron hasta lo inverosímil los sentimientos eróticos, y revistieron de falacias, principios que no condecían precisamente con un código de moral virtuosa.

La danza de la muerte es oriunda de Alemania, según unos; de Francia, según otros. Lo cierto es que llegó a todo rincón de Europa. Tal vez donde su arribo fue más tardío, fue en España, y ello, porque “la alegría y luz de nuestro cielo y el espíritu realista de la misma devoción peninsular, ahuyentaban de España como de Italia estas visiones macabras, estas fantásticas rondas de espectros, este humorismo de calaveras y cementerios que en regiones más nebulosas, en Alemania y en el norte de Francia, informa un ciclo entero de composiciones artísticas”, como anota Menéndez y Pelayo.

Sin duda, estas danzas comenzaron siendo representaciones moralizantes, pantomimas ingenuas que procuraban aterrorizar, para que la sociedad feudal ante ese espejo recapacitara sobre sus faltas: el término inevitable era esa puerta temida bajo cuyo dintel pasarían todos, desde el rey al villano, desde el Papa al mendigo,

*Car les Parques, ces obstinées,
N'épargnent ni petits ni grands.
Dans ce miroir chacun peut lire
Qu'il lui convient ici danser;
Sage est celui qui s'y mire.*

Si la fatídica admonición nació con el propósito de encauzar a los hombres hacia una existencia superior y más pura, preparándolo para la beatitud que la religión les ofrecía a cambio de una vida sin mácula, y si la muerte fue el instrumento permanente para hacer meditar y medir el contraste, el sentimiento originario fue desplazado por la materializa osamenta burlona. Era la muerte concreta, objetivada, sin atisbos de ternura; sin misterio. Ella ponía en evidencia la corrupción de la carne, la ruina física. ¿Contaba el alma? Muy poco, si se atiende al hecho de que la vida era tentadora, apetecibles los deleites que brindaba, y morir era, por sobre toda cosa, abandonar el seguro edén terrenal por el incierto paraíso prometido en las Escrituras. Y la danza de la muerte vino a constituir una sátira social. Mófase la muerte de oropeles y rangos, y su mueca burlona predica la forzosa abdicación de toda gloria mundana al entrar en sus dominios. Ante el tribunal implacable todos llegan despojados de vestiduras e investiduras; esta muerte socializante no deja de señalar que todos los esqueletos son iguales. Y la muerte, socarrona, invita a entrar en su corro. Avisa a todos que, por fuerza, llegará el día en que participen en su danza, el poderoso como el humilde. Salta, grotesca; mata y ríe; se burla y arrastra en una ronda alucinante, deja una huella de cráneos y tibias en las letras y el arte de una época, impera con su ademán fúnebre en este sombrío corredor de la Historia que es el medioevo. Amaneciendo el Renacimiento, se repliega, aunque todavía queda su lampo luctuoso en la obra imperecedera de Boccaccio, “El Decamerón”: otra paradoja y otro contraste significativo; pues la terrible peste de Florencia, que enlutó la ciudad, por la que zigzagueaban los cortejos hacia la necrópolis, iba a desprender de su seno ensombrecido este florilegio de narraciones licenciosas, como un tapiz de flores que recubriera el humus acumulado por la destrucción y la muerte; algo así como una sonrisa de la vida ante los funerales de la Edad Media.

La imagen simbólica se multiplicó; pues la ignorancia pía de esos tiempos, buscaba en la realización artística un fin aleccionador. La gente reía y temblaba. Y el poema o el dibujo señalaban a cada uno sus vicios y defectos. Nadie se salva. La muerte entra en los misales, en los Libros de Horas: mayúsculas, viñetas, márgenes que reproducen la descarnada silueta. Procúrase subrayar a toda hora, la caducidad de la belleza y la gloria humanas, la fugacidad de los bienes terrenos, la degradación de la carne. Un pesimismo vital entenebrece las almas. Holbein pinta un “Alfabeto de la Muerte”, donde cada letra se abraza de un esqueleto. Se escriben “Artes de morir”; los grabados los ilustran cándida y amenazadoramente. Por algún resquicio de esta sequedad fúnebre, tremola dulcemente el verso melancólico de Francois Villon: *¿mais où sont les neiges d'antan?* El pórtico del Cementerio de los Inocentes de París, mostraba en murales la danza macabra. Y como un desafío, o como un triunfo de la existencia, habíanse instalado cerca de los osarios pequeñas tiendas, y entre las lápidas y los frailes mendicantes que decían sermones terroríficos, mozas alegres y livianas parecían proclamar que la vida se impone aun sobre la huesa. Empero, la

muerte insistía en sus gestos chuscos y su ironía desesperada, y en una anónima “Danza de la Muerte” española del s.XV en que el Padre Santo, el Emperador, el Condestable, el Físico, el Obispo, el Cura, el Labrador, son, por escalafón social, llamados al baile inexorable, habla de este modo:

*A la danca mortal venit los nascidos
que en el mundo soes de qualquiera estado,
el que non quisiere, a fuerca e amidos
fazerle he venir muy toste priado.
Pues que ya el fraire bos ha pedricado
que todos bayáes a facer penitencia,
el que non quisiere poner diligencia
por mí non puede ser más esperado...*

Y dice finalmente, dos versos que resumen el concepto implícito en estos mimodramas:

*los que bien fizieron abrán siempre gloria,
los que'l contrario abrán dapnación.*

Al salir de este clima, el Renacimiento produce la impresión de una gran ventana abierta al aire libre, que renueva la atmósfera y ahuyenta a la torva compañera medioeval. Quedó de aquel momento una curiosa documentación pictórica y poética, una especie de “literatura de la muerte” que nada tiene que ver con esa otra de cementerios y suicidas que el Romanticismo puso de moda. En éste, la sensibilidad que la abona le confiere una tónica que en nada se parece a aquel antiguo modo de entender la vida. O la muerte.

Esta asume rostros distintos, y en cierto modo se ennoblece cuando el enigma la circunda de un halo trascendente, con ese fulgor de lo sobrenatural que pone el hombre en todo aquello que no se explica. Acaso, porque presiente que es cabal la afirmación de Maeterlinck: “Lo desconocido y lo incognoscible serán quizás siempre necesarios a nuestra felicidad”.

También puede resultar familiar a fuer de convivir con ella, como ocurre entre los indios de México, de cuya actitud estoica ante el dolor y la muerte ha nacido un humorismo de ultratumba y una representación jocosa que culmina en las “calaveras” satíricas de Guadalupe Posada; en sus grabados, esqueletos de buen talante repiten las actitudes de la vida. Los niños juegan alegrementemente al triste simulacro, con una abundante juguetería mortuoria, en la que abundan el “muertito”, los ataúdes diminutos, las frágiles osamentas articuladas. Y ver roer un cráneo, en el Día de los Muertos, no consiste en la condena dantesca de Ugolino y Ruggiero, sino en saborear las calaveras de azúcar, absurda golosina que se nos aparece como una herejía. ¿Qué diría Hamlet?

Sin duda, no hubiera podido hilvanar su monólogo famoso, ante la irreverencia de un cráneo comestible.

A nuestros cementerios montevidianos, urbanizados, desprovistos de toda pavora, no es fácil asociarles la música escalofriante de Saint-Saens; todo es pulcro, ordenado; y sólo en las más antiguas lápidas el desborde emotivo, frases espontáneas, estrofas cahabacanas y conmovedoras, ponen, a pesar del mal gusto, calor de intimidad en el “memento”. Recorriendo uno de ellos, nos sorprendió un pequeño túmulo de estilo ajeno a estas latitudes; la escueta inscripción, en inglés, dice que allí duerme un joven marino norteamericano, desde hace cien años. Y la imaginación forja su novela, pensando en los designios oscuros que desde su lejana Virginia le trajeron al Río de la Plata hace un siglo para que descansara tempranamente en un cementerio uruguayo.

La muerte elige sus caminos, y siempre es el gran maestro de ceremonias de una danza perpetua e inevitable. Entre tanto, la vida “que tienta con sus frescos racimos”, es la alegoría clásica de la flor sobre el sepulcro.

Montevideo, 1959.

LA NUEVA NOVELA

EL ENIGMA DEL MUNDO CONTEMPORANEO

Por SALVADOR CAÑAS

I

El título: *Hombres de Piedra*. La escribió Rex Warner. Refleja la novela el enigma del mundo contemporáneo, o bien el enigma del hombre moderno, como autor del estado de cosas circundante. No es novela de tesis o de tendencia preconcebida. En el principio, desenvolvimiento y fin de la trama, figuran hombres, mujeres, y se desarrollan sucesos y acciones, sujetos a leyes contradictorias, los cuales sobrecogen el espíritu y suscitan la confusión y la duda. Surgen varias preguntas al terminar la lectura: ¿es posible que en un mismo ser se encuentren juntas tanta claridad y tanta sombra? —¿es posible que este mismo ser comprenda y exprese las verdades eternas y sea capaz, al mismo tiempo, de cometer crímenes horrendos?— La ciencia, llámese biología o psicología, ha penetrado hasta en la íntima estructura orgánica o explorado hasta en el último reducto del alma, sin embargo no halla la respuesta válida o la explicación concreta a los hechos desconcertantes, provocados por el hombre o acaecidos por la fuerza inmanente de la naturaleza. El arte y la literatura contemporáneos revelan, en muchas de sus manifestaciones, el disloque de un orden de ideas, actitudes, emociones y pensamientos, ayer establecido y respetado.

La situación del mundo ofrece características de muy variada índole, pero todas acusadoras de un violento cambio de las bases incommovibles en el pasado. Se aceptaba el cambio de algunas de ellas en razón de las leyes evolutivas. El

mundo y la humanidad en general, y el hombre y los pueblos, en particular, no tienden a una estabilidad retardataria, menos ahora en que se niegan y sucumben sistemas doctrinales, sistemas estatales, instituciones que, según las nuevas conquistas de la ciencia y la filosofía, no responden a los planteamientos de los problemas, de las inquietudes, de las interrogaciones de hoy. La novela *Hombres de Piedra*, en síntesis, demuestra el estado espiritual, mental y social, surgido después de la última hecatombe. Así como la *Montaña Mágica* de Tomás Mann, expresa con claridad y dolor el momento trascendental del hundimiento de un mundo y el nacimiento de otro, así la obra de Rex Warner, sin la extensión y profundidad de la de Mann, define un plano de desorbitación de la conciencia, de repudio a principios éticos y filosóficos, de rechazo a la armonía humana. El personaje central de *Hombres de Piedra*, el Director de un presidio, mezcla de ángel y demonio, de asesino y ejemplar de bien, de místico y mundano, de erudito y cerrado, capaz de dictar a los reos pláticas de fondo religioso, como capaz de ordenar la muerte de un sacerdote y la del mismo padre; ¿no significa la condición dúplice del hombre moderno, ávido de los medios de salvación, de esperanza y asidero para no descender más? —¿no simboliza, acaso, la lucha presente entre el bien y el mal?— Las reacciones de este personaje, sombrías unas, radiantes otras, no solamente obedecían a un especial funcionamiento orgánico, y por ende a un ritmo vibratorio único, sino que circunstancias exteriores las despertaban. No se le puede condenar sin hacer antes el examen de los orígenes vitales y ambientales engendradores de tal destino contradictorio.

Piensen de la novela del escritor inglés: “No se suponga a los personajes meras abstracciones. En lo que dicen, y sobre todo en lo que preguntan; en sus perplejidades y en sus intentos por resolverlos, está cruda y entera la agonía de la conciencia contemporánea. Y el marco que encuadra la acción elemental —ese presidio enclavado en una isla, contra el cielo y sobre el mar; frente a la tierra pero aislado de la tierra— es el símbolo fácil de nuestro cautiverio, la clara alegoría de un siglo trágico”. El fenómeno psicológico, vivido por los protagonistas de la novela, no es nuevo si bien se analiza. En la tragedia antigua aparecía en los personajes destacados, pero, en la época moderna, son otras las raíces y otros los elementos concurrentes. El científico lo estudia y señala procedimientos para destruirlo o al menos para atemperarlo. Pero la contradicción experimentada por un mismo ser en cuanto a ideas, sensaciones, emociones y voliciones, tiene arranques remotos, es decir, el mundo mental, psíquico y volitivo, de calidad superior, estaba o está en contraposición manifiesta con la conducta del individuo, u opuestamente, el mundo íntimo, atrabiliario y aberrante, no se expresaba o se expresa en el proceder equilibrado. María, esposa del Director del penal, bella, impetuosa y mórbida, se enamora, presta y cegadoramente, de Mr. Goat, “profesor de literatura y agregado a una de las misiones extranjeras”, quien llegó al presidio a preparar la representación del *Rey Lear*. Este espec-

táculo era parte de un plan de re-educación que el Ministro de Instrucción Pública se había propuesto desarrollar en las cárceles. María entrega sus encantos a aquel joven de presencia seductora y de sangre ardorosa. Ella no respeta al marido ni le teme. Se siente estremecida por el amor y por la voluptuosidad de la carne en trance de fiebre. Cabe una explicación en este desliz: era de antecedentes turbios. Sin embargo, se había reconstruido moralmente y tenía un hogar. ¿Qué fuerza la impulsó al adulterio? La movieron la ilusión nunca sentida en el tiempo pretérito y el concepto de minusvalía inspirado por quien fuera el compañero. Muere a manos de éste en el epílogo de la obra. No ignoraba la infidelidad y la castigó implacablemente.

El capitán Nicolás, así le decían el padre y los amigos, es otro de los personajes singulares de la novela. Buen bebedor de vino y adicto a los manjares suculentos. Amigo de pependencias y osado en el peligro. Supo de la embriaguez del amor en los tiempos de juventud, pero se apartó de él a la hora oportuna. Hacía gala de hombría sin fanfarronada. Añoraba los días de la hazaña intrépida. No obstante los años, el optimismo y el arrojo le encendían el ánimo. En el fondo conservaba los ideales defendidos en la edad del quijote. Esta zona de su psiquis le permitió comprender los sueños místicos de Marco, quien ansiaba conocer una imagen reverenciada en una aldea distante. El capitán Nicolás fue el compañero del joven en la aventura y testigo del surgimiento de un amor entrañable. Aquél encontró en el trayecto a una muchacha fresca, como el campo donde vivía. Las dos almas se entendieron pronto en la misa inmaculada del embeleso y la quimera. Marco, hermano del Director del penal, era la antítesis en la conducta y el sentimiento. Cuando el capitán Nicolás le informó acerca de la posición, modos de pensar y de actuar de este familiar suyo y, sobre todo, cuando le enteró de que había ordenado la muerte del padre, la repulsa fue inmediata. En el camino le hallaron los viajeros, después de mandar a incendiar la aldea adonde se dirigían en busca de la imagen del milagro y del asombro. Pero, ¿qué corrientes tan opuestas circulaban en lo recóndito de este hombre? Capaz de manejar los destinos políticos de su país, no quiso hacerlo. Se juzgaba predestinado para crear una nueva religión. Varonil y atractiva la prestancia, sedujo a una mujer arrogante y sensual. Sin embargo, tenía relaciones morbosas con una recluida, la “consorte” la llamaba, vieja y paralítica. Qué aberraciones! Nublaban su intelecto, ilustración y sensibilidad. Era víctima de la propia confusión emocional y de las circunstancias exteriores de locura y exterminio.

II

La novela, *Hombres de Piedra*, trasluce la tragedia en la cual se debate el mundo, después de la segunda guerra. Las realidades de orden espiritual, económico-social y político, la desintegración moral del hombre, la negación y

atropello a los principios fundamentales de las instituciones de bien y progreso, la transgresión a las leyes básicas de la convivencia humana y otros problemas de preocupación desvelada, forman un estado de conciencia conturbador. Por esta razón enjuician esta obra en la forma siguiente: “Más que un mensaje definitivo, este libro es la crónica de una angustia, un sondeo en la desesperación actual hacia una solución de esperanza y de consuelo”. Los espíritus visionarios, creadores de sistemas de superación y felicidad, no decaen, no se desaniman ante aquellas realidades desoladoras, sino que buscan en sí mismos y en los demás, la energía suficiente para enfrentarlas y vencerlas. ¿Qué sería de la humanidad en el futuro si predominase siempre el llamado de la materia? —Rex Warner, escritor de esta generación, lleno de quebranto y al mismo tiempo de idealismo, sitúa a la par del hombre de psicología sinuosa y de la mujer instintiva, al joven iluso (Marco) y a la muchacha ingenua (Lucía). “En la selva humana —dice Claudia Lars— la serpiente y la mariposa son vecinas y el canto del zenzontle nos ayuda a buscar las estrellas...”

Dentro del lívido escepticismo, proveniente del derrumbamiento de verdades y principios de concordia y humanidad, luchan los hombres de designios inmortales, para rescatarlos y ponerlos en vigencia con renovado vigor. Este es el camino de la paz, de la solidaridad entre los individuos y los pueblos, de la fortaleza en la obra de reconstrucción o de creación. El mundo, dolorosamente, es víctima de un alud tremendo. O quizá regresa a la caverna con la diferencia de que ahora están perfeccionados los instrumentos destructores. Consumada la matanza abominable, se sufren efectos de otra índole, tan funestos como la misma guerra, ya que destruyen, poco a poco, o violentamente, la personalidad humana en sus aspiraciones de expansión hacia la conquista de un destino. Opinan, a propósito de *Hombres de Piedra*: “¿Cuál puede ser el sentido de un mundo caótico, olvidado de todas las normas que en otro tiempo dieron validez y consistencia a la vida? La piedad, la justicia, la decencia, todo cuanto aparece abolido hoy o relegado a un limbo de recuerdos nostálgicos, ¿forma realmente “parte del esquema del mundo” o es una mera trampa tendida a la desesperación?”. Es el triunfo efímero de la filosofía materialista, la cual no reconoce los poderes del espíritu, la causa del extravío de buena parte de la humanidad. El mundo caótico no tiene sentido por su misma esencia y gravitación, pero de él se derivan nefastos resultados. Estos sí deben contrarrestar o destruir. La lucha está entablada y cada día aumenta su potencialidad. Este es el signo de los nuevos tiempos. Imposible eludirlo. Es el mandato de la historia y de la mecánica social.

“Brillante cultor de la novela de ideas”, califica un autorizado crítico a Rex Warner. No es frío ni dogmático por esta condición. Ni tampoco se inclina a la docencia. Penetra las realidades actuales. Las estudia, desde luego, objetivamente. Las siente en su crudeza despiadada. En seguida las presenta con dolor

y esperanza. Aunque la novela haya trascendido las etapas anteriores —psicológica, psicoanalista, socialista, etc.— y se encuentre ahora en la de las ideas, conserva el frenesí de las primeras. En *Hombres de Piedra* se conjugan las virtudes de la obra de arte. Es un testimonio, ciertamente, un documento apasionante, en su estructura y forma. La invención inútil, la retórica, el convencionalismo, no son sus características. La vida se expresa con plenitud aun en las contradicciones trágicas. El artista las conoce e interpreta. *Hombres de Piedra* es una novela humana y sincera.

La Cantora y su Pueblo

Por CLAUDIA LARS

(Del libro inédito *Fábula de Una Verdad*)

*Canto, mi pueblo,
porque esconde tu nombre cenizas y memorias
que en la sangre definen la música del tiempo;
porque la activa noche de la muerte
se humilla frente al niño candoroso,
ofreciendo el idioma de la calle
y el ágil paso de resuelta multitud.*

*De polvo y sueño y sueños
a golpes hicieron tu estructura sagrada,
que puede llamarse Miguel —como el arcángel—,
Pedro —el de la llave y la sentencia—
o simplemente Juan,
visionario, labriego o pecador.*

•

*Dime,
¿qué haría yo sin tu ayer padecido,
sin este viaje de borradas juventudes,
sin el combate que me entrega el laurel, el baluarte,
y sin tu nueva angustia que ahora cabe en mi reloj?*

*Pueblo,
mi antiguo pueblo,
¿has buscado —en ti mismo— las perdidas edades,
las verdes hablas que huyeron entre pavores,*

*el último relato del guardián de los mitos
y la torre que anuncia
ineludibles victorias del sol?*

*¿No sabes que leíamos
eternos alfabetos de luceros
y que en profundas noches matemáticas
entregaban los números celestes
su palpitante ordenación?*

*En el albor de la palabra
anudábamos tribus y horizontes,
y este suelo de vegetales derroches
ya sostenía marchas obstinadas
de los que buscan países sin nombre.*

*Al desgranar mazorcas
fundó la Gran Abuela su imperio de piedra
y las ciudades pensativas
crecieron como enigmas en la jungla...*

*Casi descubro los remotos parajes
y aquel comienzo... con sus horas multiformes;
casi señalo a los pacientes artifices
fijando en el estuco
las altas jerarquías de los dioses.*

*Si hábiles tejedoras iban estilizando sus dibujos
y modelaba el alfarero las arcillas dóciles,
de frentes potenciales brotaban ritos, muros,
senderos sumergidos en follaje,
y el vigilante constelado
entregaba —gimiendo— sus certeros augurios.*

*Nada diré de hospedajes y labranzas,
ni de aquella serpiente divinizada en línea y bulto;
apenas evoco a los austeros hombres-guías,
que enseñaron las artes
y cumplieron el pacto armonioso.*

*Ellos llegaban con ocultos poderes,
benévolos y sabios bajo sus mantos de pluma;
ellos traían secretos de los astros,
la plegaria solar y el resultado del perdón.*

*¡Ah, cómo invaden meandros de la sangre!
¡Cómo hablan todavía en algodones y añiles!
¡Cómo se esconden en labores de jade
y animan la leyenda con su exaltada magnitud!*

*Después...
(y esto señala una cercana stirpe)*

*Topiltzín y sus guerreros y sembradores;
la desafiante fuerza de aquellos nuevos brazos,
la comarca de frutos
y un barro humano de encendida pulsación.*

*¿No te asombra, mi pueblo,
esta verdad de tantas maravillas?
¿No comprendes que debe relatarse
en el color sin fin de muchas fábulas?*

.....
*Allá,
al otro lado del océano,
un soñador buscaba sus virginales insulas:
agrestes paraísos de colibríes vibradores,
de oscuras selvas hondas,
de playas tan fulgentes como harinas de ópalo.*

*Desteñidos estaban sus mapas y sus cabellos;
tal vez atolondrado el rumbo de sus ojos...
¡Cien lunas de marinos le alimentaban el capricho
y estirpe marinera le estructuraba la victoria!*

*Con hinchados velámenes zarpan al fin las carabelas,
divisando —a lo lejos— ataúdes de espuma.
¿Cuándo los hombres alcanzaron más atrevida reciedumbre?
¿Dónde encontrar otro almirante tan vertical en su destino?*

*¡Lloremos y lloremos —corazón mío, pueblo mío—
sintiendo en cada pecho derrotados batallones!
Traen los tonatiues arcabuces y caballos,
resuenan los combates
y son de hierro en marcha sus deseos y sus nombres.*

.....
*Dimos la tierra, las doncellas y los gemidos
para guardar —apenas—
fragmentadas memorias.*

*Mas... ¿quién negar podría
que se alzó —desafiante—
la caña dulce con su flor de plumas
entre yerba antagónica;
que el granado de frutos con diadema
instaló su riqueza de verano
junto al silvestre capulín flexible;
que la rosa viajera —la escogida—
abrió su perfección bajo la palma,
y que el silencio amargo de las siervas
meció criaturas de una nueva sangre?*

*No fue la rueda de patentes eficacias
ni el arcabuz despedazante y estruendoso
los que llegaron y vencieron,
hechizando los montes.
¡Fue este lenguaje de latinas esencias,
humano y encielado en voz y voces!*

*La orilla de los ecos
nos trae aquel galeón... aquel convento...
las casas de hijosdalgo,
el lienzo a media luz del Agnus Dei,
los hornos con sus panes
y el sudor de la mina y el obraje.*

*Ciegos los viejos dioses
dejan que el tiempo enseñe sus lecciones,
y en medio de aquel dédalo de sangres
algo brilla —en sigilo—
y crece lentamente para días mejores.*

.....

*La voz de una campana
nos despierta de pronto y nos congrega.
Campanas de aleluya, campanarios,
llaman en vuelo... ¡Es la madrugada!*

*De una torre en delirio
brota el ardor, el visionario riesgo,
la trémula noticia de una patria
y aquellos altos hombres dirigentes.*

*Escuchando el repique enloquecido
recojamos laureles y coronas;
cantemos estos ramos de impaciencia
y la primer bandera... libre y sola.*

*Luego,
otra vez lloremos,
porque las tiernas glorias se envilecen,
porque corre al azar el sueño blanco
y hay fronteras de gritos punzadores.*

*Sufren los duermevelas,
la cara del que lucha y del que piensa,
las ventanas cerradas,
el pulso de la calle, las estrellas...*

*Palabras y fusiles
desangran cada paso, cada triunfo.
Pierde la alianza salvación y arrimo;
pierde el perdido su delgada antorcha.*

*¡Qué largo aprendizaje!
¡Qué escarpado camino para ciegos!
Fuerzas ocultas, sueltos frenesies
usurpan a los héroes sus nombres.*

*Cayendo hemos llegado
al pequeño coloquio de alegría;
para unirnos guardamos este luto,
pleno de evocaciones y de avisos.*

*Casi desamparados,
con nuestra libertad a la intemperie,
alzamos el esbozo del futuro
desde un mínimo suelo.*

*Con simples herramientas
vamos abriendo rutas inmortales;
un ángel labrador —que nadie mira—
cuida niños y pájaros.*

*Ni próximos eclipses,
ni el rastrero animal de los traidores,
ni los pasos que buscan, se equivocan,
y arriban a las piedras
en vez de hallar el árbol y su sombra;*

*ni la oquedad del miedo,
ni las voraces manos del que roba
los granos mañaneros
y el trocito de cielo de los pobres;*

*ni siquiera esta edad de precipicios,
con sus dos grandes ríos antagónicos,
con su amargo gemido perdurable
y sus crecientes odios,
impedirán que hallemos —pueblo mío—
otra vez nuestra torre. . .
¡De nuevo aquel delirio de campanas
ahuyentando la noche!*

Poemas de Ricardo Bogrand

LA ESPUMA NACE SOLA

*Hemos tropezado tantas veces con la misma canción
que tus labios están llenos
del ejercicio mudo de las hojas.*

*Todo este ambular de las palabras,
de los gestos conformes,
de los dedos tendidos al vacío.
Todo es una pregunta,
un esperar sin noches y sin lámparas.*

*A veces yo quisiera mostrarte plenamente la vida,
todo lo que acongoja nuestros ojos perdidos,
toda esa alegría de vivir sin saberlo.
A veces yo quisiera caminar de repente
sobre la vía antigua de nuestros caracoles.*

*La espuma nace sola como la flor, el árbol,
como todos los pájaros,
como la madrugada.
La risa nace sola, pero cuando se alcanza
a saber su lenguaje
es una geografía de sílabas ocultas.*

*Quiero llevar tu risa sobre todas las alas,
sobre todos los pájaros,
sobre todas las tardes,
sobre la vida mía
que es un solo ramaje poblado de esperanzas.
Sobre mis manos duras de penetrar la tierra,
sobre mis pies desnudos de descifrar las olas.*

*Quiero llevar tus ojos hasta la copa inmensa
donde no se anochece con la palabra ciega,
donde todos decimos que la aurora es perfecta,
donde todos los pasos concurren hacia el hombre.*

*Hemos tropezado tantas veces con la misma canción
que ya no sé si canto o repito tus labios,
que ya no sé si beso
o repito tus besos,
que ya no sé si el mundo se me puebla en las manos
con todas las luciérnagas que viajan al sonido.*

*Hemos caminado tantas veces sobre los mismos surcos
que ya no sé si es agua la de tu voz de azúcar,
que ya no sé si es brisa
la que mueve tus cejas.*

*¡Ah, caminar de siempre sobre tu inmensa orilla
con esta arena ardiendo entre mi pecho y cielo!
Con esta maravilla de tus manos hundidas
entre la encrucijada de todos mis cabellos.
Yo que penetro al hondo misterio de tus pasos,
hasta la noche abierta de todo lo que eres,
hasta la establecida latitud de tus formas
encuentro mi horizonte surcado por tus huellas.*

*Ya no pregunto nada en las puertas vecinas
si una sola ventana de tus negras pupilas
abre el libro de besos para todas mis noches.*

*Caminar sobre el alba de toda tu presencia
es hundir las raíces
en la misma poesía.*

POR EL AMOR VIVIDO

*Vosotros estaréis aquí esperando mi muerte
y yo os diré:
Recoged esta voz,
lanzadla a cualquier sitio,
escondedla en el último rincón,
yo estaré libre nutriéndome de nuevo.*

*Quiero escribir para los dos días últimos.
Para cuando se empiece a formar dentro de mi piel
la fuente mineral de mi terrestre
deformada materia.
Quiero escribir para los dos días en que la lengua
se atará lentamente en el grito
y las palabras, antes tan difícilmente pronunciadas
frente a la primavera,
serán un eco turbio
en el cercano otoño de mis pasos.*

*Vosotros estaréis aquí esperando mi derrumbe
de pobre arena abatida.
Y yo seré quien venga a decirme adiós
definitivamente a mí mismo.*

*Había vivido en una diaria pregunta
cuando perdí el derecho que traía
de establecer mi vida,
de construirla sobre la esperanza,
de recorrer las manos sobre las gustadas superficies,
de elevarme ante todo,
de esperarme en silencio mi llegada,
de estar en el instante en el sitio preciso.*

*Pero sonó la hora de todas las respuestas
y yo tengo la mía:*

*Amo,
es verdad,
la vida,
la amo en una forma cotidiana,
extendida, visible.*

*Y es porque amo sin preguntar ya nada
que me duele el amor
que va conmigo.*

*Es un destruirse siempre,
un encenderse
para apagarse siempre,
para encontrarse siempre en lo que se ama.*

*No.
No es ningún egoísmo,
es no saber de fijo si ya se ha muerto todo
y lo único que queda es sólo amor
por el amor vivido.*

HAY VECES QUE LAS CALLES

*Hay veces que las calles se nos vienen
de golpe,*

*señalan unas rutas
que no habíamos visto
y se nos rompe el alma
frente a cualquier recuerdo.*

*Todo esto sucede en un momento puro,
cuando nos damos cuenta
de que seguimos solos
y que vamos de nuevo a emprender el viaje
sobre la arena ciega
que antes ha deletreado nuestros pasos.*

*Todo me dice adiós:
Las cosas familiares se me están alejando
y se ocultan, fugaces, entre el cielo y la tierra.*

*Quizás yo no sabía que tenía que arder
en una nueva soledad vacía.
Que iba a caer la tarde sobre la suelta playa
de mis pasadas horas,
y que el beso,
la lágrima,
la promesa entregada
retornarían frías hasta las hojas mustias.*

*Hay veces que las calles se nos vienen de golpe
y empezamos a andarlas
sin iniciar un paso.
La mirada se llena de una seca distancia
y la voz se me rompe
como una gota muerta.*

RECADO:

*Esto es para un recuerdo que se quedó encendido
abriendo el mar, a veces, desde su misma tumba,
y en donde el sol caía como un romero líquido
la tarde era una sola gaviota suspendida.*

*Esto es para una calle completamente absorta
que espera nuevos pasos para nombrar sus huellas,
el polvo es una copa de longitud desierta
cubriendo más de un árbol estacionado cerca.*

*Hay veces que las manos se me rompen de luces
entre un buscar las voces que se ocultaron pronto.
Entonces siento el viento estrujarse en mi pecho
cuando creo distancias en mi viajar intenso.*

*Esto es para una meta completamente ajena,
para un ir sin sentido caminando en la ausencia,*

*para un buscarse el nombre que se quedó sin letra
extendido a lo largo de la palabra muerta.*

*Esto que en mis ojos son sus ojos unidos
como sobre mis labios sus besos acunados.
Esto que llevo triste entre mis manos grises
es la querida forma de su cintura leve.*

*Amé, crucé incendiado el ancho de mi vida,
conquisté nuevos cielos y germiné entero,
completamente nuevo ascendí hasta sus labios
y hoy desciendo a mi grave soledad sin sonido.*

*Esto es para un recuerdo que se quedó encendido,
que no ha muerto ni muere y siempre va conmigo.
Es para que yo sepa que aunque camine solo
hay una novia inédita hasta el fin de mi vida.*

NOCTURNO MENOR

*Porque aquí el corazón se volvió lento,
lenta cifra de musgo,
lenta muerte.*

*Porque aquí mi creciente estrella suelta
se fue lenta al amor
y al encuentro de la esperada voz,
flor imprecisa.
Con lentitud el sueño sobre el sueño
habita entretenido
en la oquedad del cuerpo,
y nada queda sobre cada paso
y nada surge frente a cada ausencia.*

*Hemos roto los sueños en presencia del vino:
el vino se anochece
o se muere la espuma.*

*El camino de angustias vuelve a mostrar su ritmo,
y están sin llanto opaco
las hojas
y el aire.*

*Llega a tu cuerpo la soledad del ansia,
roe tu eterno vientre
el mar que profetiza,
el corazón se apaga frente a la fría niebla
y en la brisa, simplemente,
las palabras caen.*

Porque aquí el corazón sin navegante,

*sin entreabierto sed,
sin caracoles.
Porque aquí el corazón como la nieve
se ha vuelto interno mar,
nueva ceniza.*

*No sin contornos grises,
no sin lumbres.
No sin contornos viables,
no sin nubes.
No sin el esqueleto del recuerdo,
no sin la mariposa diseñada.*

*Abro esta soledad,
habito y crezco
en lenta huida, en lenta superficie.*

*En esta sola cal,
en agonía
por la mano que busca en el vacío
su inesperada línea
fenecida.*

PRIMERA LLUVIA

*“¡Arriba! ¡A perforar los siete cielos
con vuestros brazos nudos o cubiertos!*

*¿Vais con amor? Pues elevad los brazos
verdes, frondosos, apacibles, mansos”.*

J. MORENO VILLA.

*—Ven, vamos a caminar juntos esta vez,
mañana volveré a estar solo
y entonces de mi brazo
irá sólo tu sombra.*

*—Ven, pienso que mi camino
puede aún ser muy corto,
o alargarse de pronto hasta el final encuentro
de tu sangre y la mía.*

*—Antes que tú llegaras,
¿Dónde estaba mi sueño?
¿Dónde, en qué regiones vegetales del ansia,
sobre qué soledades se perdían mis manos?*

*Ya no ciudades grises,
casas frías raídas.
Ya no.*

—Sepultureros, devuelvan esa cara que era mía,

*quiero recuperar toda mi antigua forma
que era mi propia vida.*

*He vuelto con la lluvia,
con la primera lluvia deshojada
a encontrar la raíz
que latía entre el barro.
Voy al mañana
a recoger las horas que perdí cada día.
Voy a buscar mi rostro,
mi antiguo rostro,
y las dos manos firmes que llevaba.*

*—Ahora, escucha,
voy a iniciar la vida,
vamos a caminar unidos esta vez.
Porque mañana,
si yo vuelvo a estar solo,
habré aprendido a caminar contigo,
y entonces, siguiendo el mismo ritmo
de tus pasos,
apoyada en mi brazo me llevaré
tu sombra.*

Poemas de Rafael Paz Paredes

LA SOLEDAD DEFINE AL HOMBRE

*La soledad ardiente nos devora.
Se mete en los tejidos de la carne,
pone huevos sombríos en el alma.*

*La soledad es sueño y áspid.
Deposita en las venas su veneno
y amanece colmada de raíces.*

*La soledad es fuga y es triunfo
a la vez. Si algo queda después
de su invasión, eso es el hombre.*

*La soledad nos vence y nos decora.
Nos coloca en el pecho sus escudos
fraternos, y nos hiere en la espalda.*

*La soledad es vértebra que roe
su médula interior. Nos hinca el diente
al par que besa con ardor de hembra.*

*Penetra en el sistema planetario
del hombre, que a fuerza de estar triste,
tiene un aire de mundos apagados.*

*La soledad es noche inacabable.
Se entra en ella por túneles de agua
que la muerte conduce hasta su reino.*

*La soledad camina a tientas,
rastreando sus pasos, tocando las paredes,
adivinando apenas el camino del día.*

*La soledad es hiedra venenosa.
Extiende hacia el vacío sus lianas
tentadoras y espera nuestro paso.*

*La soledad es peor que la noche,
porque la noche lleva en sus entrañas
tierna esperanza de luz, como una madre.*

*La soledad define al hombre.
Lo coloca en su atmósfera propia
y lo lanza al espacio, ¡a ver si puede!*

LA CASA VACIA

*"No te jactes del día de mañana;
porque no sabes qué dará de sí el día".*

(PROVERBIOS, Cap. 27, Vrs. 1).

*Aquella casa alegre y transitoria
donde el sol derramó cándidos besos,
es hoy un pozo oscuro de silencio.
La puerta está sellada y las ventanas
que el viento de la noche columpiaba,
fijas están sobre oxidados goznes,
como las rejas de un jardín en ruinas.*

*Nadie camina ya por las veredas
que otrora estremecieron las pisadas
familiares de seres jubilosos.
Los pasos presurosos, la alegría
del retorno, se quedaron dormidos
en la recta final de la memoria.*

*El musgo crece y cubre las paredes
con su verde impiedad. Sólo los pájaros
delatan con sus trinos la presencia
de vida en ese sitio de abandono.*

*A veces un viajero se detiene
a preguntar qué fue de la familia
que calentó el recinto de esta casa.
Nadie responde ya. El eco sordo*

*Ya ni la luz penetra por las grietas
del techo y los cristales empañados.
Un agua mineral —bíblico fuego—
corroe las entrañas y aniquila
la tibieza de los lechos vacíos.*

*Esta casa es un símbolo sombrío
de la esfinge vital que me persigue.
Cuando miro las húmedas paredes,
la sien deshabitada de su techo
y el frío penitente de sus cuartos,
se sobrecoge mi alma de pavora
y elevo mis plegarias al Creador
por las almas que aquí yacen difuntas.*

"...hasta tanto haya aprendido tu dulce idioma".

*Voy a ser tu discípulo y tu amante.
Asistiré a tu escuela seis veces por semana,
"hasta tanto haya aprendido tu dulce idioma".*

*Abrevaré en tu boca los sonidos vocales,
aprenderé en tus manos geometría,
remontaré en tus muslos el curso errante de los ríos
y aprenderé la Historia, sin esfuerzo alguno,
con repasar las páginas de tus dorados senos.*

*Quiero ser tu discípulo y tu amante.
Quiero ponerme en pie,
de cara al muro del silencio,
cuando tú lo ordenes.*

*Quiero ser tu novio párvulo,
novio de pueblo, niño descalzo
sin lápiz ni cuadernos,
gorrion tímido, becerrito tierno
que holla con pezuñas infantiles
los verdes pastos del ensueño.*

*Quiero ser madera en tu pupitre
y sándalo en tu pie.
Quiero ser el patio polvoriento
donde ejerces de esposa y madre núbil.*

Quiero ser monaguillo de tu misa,

*fiel sacristán, tal vez sochantre;
recoger en mis labios la limosna
de un beso rojo de tus ojos negros.*

*Quiero ser la más fiel de las baldosas
que soportan con pechos y con lengua,
el peso fugitivo de tu cuerpo.*

*Quiero ser el techo y las paredes
de la casa humilde que te guarda,
y quiero ser el cielo que te cubre,*

*el agua que te inunda,
las llamas de tu hogar
y el fuego fatuo de tus huesos.*

*Quiero ser tu discípulo y tu amante,
hasta graduarme un día
en la escuela primaria de tus besos.*

Carta a Guatemala

Por ALFREDO VEIRAVE

*"Los besos que se envían por carta no llegan nunca a destino. Se los comen los fantasmas por el camino".
"Cartas a Milena", de F. Kafka.*

*Bajo la noche chaqueña de lapachos y flores de palos borrachos,
escribo unas palabras en finos papeles de arroz pulimentado,
y voy dejando, en la intrincada selva de letras y vocales,
en cuyo color la tinta copia el cielo de un otoño,
las formas y los signos
de un sentimiento, que en esta carta guarda un soplo
de los besos que se envían, que los fantasmas esperan en los caminos
de trópicos azules y escarabajos bajo la Cruz del Sur.
Bajo la noche de este Chaco que nombro, inclinado sobre el papel
voy dibujando en otra lengua silenciosa y hecha de móviles arenas
azules, las palabras que surgen de la cabeza, del pecho,
de la memoria de otro ser lejano. Otro ser en cuya compañía
las palabras tenían
el eco del aliento que los árboles y las flores
exhalan en la noche
bajo las estrellas brillantes y cercanas.
En la noche luego, el sueño desamarrar las canoas
de la Memoria y juntos navegamos con los papeles
y las cartas
en otra mañana luminosa de otoño, cerca del sol,
volando en aviones veloces como los pájaros antiguos;
a través de las montañas, entre las ruinas
de viejas ciudades alteradas por volcanes, hace muchos años,
cuando América y los conquistadores
de yelmos sucios y espadas derruidas por el valor*

*y las ambiciones
eran un mismo intrincado sueño
en las cabezas de los indígenas silenciosos
y concentrados; atravesamos las selvas
de árboles venenosos y de víboras en cuyas pieles
naturales y raras, las manchas arman perfiles
de rostros humanos, casuales y apenas descifrables.
Atravesamos luego otra noche y comprendemos al fin
cómo se encienden las estrellas
y cómo el mar oscurece desde un verdoso caer
de hojas primaverales hasta las profundas
olas; seguimos el itinerario del sueño
sin pronunciar otras palabras que las letras
y las vocales escritas con los besos
que luchan por despojar los fantasmas del vacío.*

*Y en otra mañana, rotos los sobres, esparcidas
al fin delante de sus ojos verdes las palabras
y los besos enviados en papeles finos
y transparentes, después del largo vuelo y el sueño,
otra vez la selva de letras y vocales se anima;
y cruzando el aire de su boca va creciendo otra vez
en su pecho, cuando el amor inicia su viaje interminable.
Y otra vez, como en las raíces y en las semillas
y en las almas de los seres entrañablemente unidos,
el fruto enviado trepa hacia los árboles
y florece.*

1958 Resistencia-Chaco.



LA SONRISA DEL CAUDILLO

Por ROLANDO VELASQUEZ

I

—“No te exaltes jamás por nada. Sé tranquilo, prudente y cuerdo. Compórtate con el amigo de hoy como si estuvieras relacionándote con el enemigo de mañana. Vive en forma que nada te deslumbre: ni el poder del dinero, ni la gloria del heroísmo, ni la belleza de las mujeres. Cuando veas a una mujer bella que te tiende el lazo, haz la señal de la cruz y apártate, pensando que valdría más que una mujer fea si careciera de intestino grueso. Cuando se te acerque un hombre

que te habla de ideales y de sacrificio, piensa que busca formar un capital, o que está alentado por un secreto interés.

“No quiero con esto decirte que seas misántropo. La misantropía es la hermana mayor de la muerte. Sus flores negras y apestosas emponzoñan el alma con su aliento y hacen del hombre un sér inútil.

“La sabiduría no se encuentra jamás en la soledad y el retraimiento. El ascetismo conduce al desconocimiento y la

ignorancia del hombre, y la sabiduría es, en esencia, conocimiento humano.

“La sabiduría se halla en el convivio, escéptico pero fraterno, con toda clase de hombres. La sabiduría es comprensión y si tú comprendes a los demás en sus aspectos buenos y malos sabrás sobreponerte a ellos y vencerlos. Sabiduría verdadera es la que se halla en el tumulto, en el bullir de los hombres afanados en vencer a los otros por medio de múltiples trampas, pequeños ardides, embustes infinitos, horribles simulaciones, con los cuales se ha integrado toda arquitectura social.

“Viendo actuar y moverse a los hombres, observándolos y abarcándolos en su multiplicidad terrible, sorprendiéndolos en todas sus maneras de proceder y de reaccionar es como se puede llegar a ser superior a ellos.

“Acostúmbrate a sonreír y a encoger-te de hombros en los instantes que los demás llaman momentos cumbres. No son éstos más que momentos de exaltación, pasajeros, efímeros como el calor y el resplandor de una luciérnaga. La exaltación es negativa. Nada crea ni conduce a ninguna parte.

“Cuando en esos instantes los hombres se agitan tremendamente —a la manera de los gusanos amorosos, que mueren después de haber amado— creyendo que ellos han construido algo, o que hacen algún provecho al mundo con el gesto heroico o el ademán retador o demoledor, están proclamando la eterna infantilidad del sér humano.

“El progreso del mundo y de los hombres no se ha debido a estas crisis en que la histeria juega un gran papel, y durante las cuales los hombres pensando en construir, no hacen sino sembrar la destrucción. El progreso existe independientemente del hombre y sigue un ritmo de evolución penoso y lento. Dentro de este ritmo particular, es el hombre quien obedece, y no el que manda sobre los hechos.

“El hombre no ha logrado nada jamás, por obra de su propio esfuerzo, para mejorar su condición.

“Ha sido el tiempo quien lo ha ido mejorando.

“Cuando el advenimiento de Jesucristo ya existía el cristianismo, diseminado en el mundo, convertido en norma moral gracias a la habilidad que unos grupos humanos habían puesto en juego para sojuzgar a los otros. Ni aun en su tiempo, el cristianismo fue una novedad, porque la teoría de poner la otra mejilla después de recibir un bofetón, la habían proclamado los amos de los hombres que mal podrían enseñarles a responder a un bofetón con una lanzada o con dos bofetones. Esos códigos de moral, hechos por los más fuertes para dominar a los más débiles, imperaban ya, quebrantando toda resistencia y anulando al hombre para la represalia y la venganza. El cristianismo no hizo sino imprimirles un vigoroso acento de poesía”.

Estas cosas y otras parecidas me decía mi viejo amigo vagabundo, noche a noche, mientras se descalzaba para dormir, fatigado en la búsqueda del pan cotidiano, tembloroso a veces por el frío o maldiciente por el calor.

Era un hombre terriblemente sereno. La vida no lo había vencido ni atormentado jamás. Acostumbrado a vivir, ora en un estercolero, ora en un palacio, recibía indiferente las dádivas y las alternativas penosas que le ofrecía la existencia. Últimamente, vencido por los años, parecía haber perdido definitivamente toda oportunidad en la vida, pero él continuaba siempre optimista y siempre impertérito.

Había dilapidado bella y alegremente varios cuantiosos capitales, y en sus épocas de esplendor fue siempre generoso con los demás, a pesar de que no amaba a los hombres.

Aun ahora, en las condiciones en que se encontraba, miserable y sacrificado, cuando alguien le pedía una moneda le entregaba dos. Si no podía darle una moneda le daba su propia camisa, y se ponía luego en trabajo para buscarse otra. Renegaba del cristianismo sin dejar de ser un auténtico cristiano.

—“La solidaridad entre los hombres —decía— es un principio inquebrantable y eterno. Cuando alguien me dice que tiene deseos de suicidarse, yo de buena gana le proporcionaría la dosis de arsénico que necesita o me ofrecería para apretarle la soga en torno del cuello.

“Pero un impulso secreto, un incontenible arrebatado de solidaridad me obliga a darle un buen consejo o a regalarle mis zapatos, para hacerlo vencer a la muerte. Porque las tragedias de los hombres, amigo mío, son mínimas. La angustia, la desesperación y la muerte, pueden ser derrotadas a veces por un mendrugo, un billete o una dulce sonrisa de mujer.

“Los más grandes dramas se reducen casi siempre a un puñado de billetes o a un par de zapatos remendados. Hasta en eso somos terriblemente desgraciados: nuestra íntima sordidez excluye toda grandeza en el sufrir.

“En el mundo no existe tragedia. La tragedia murió, es decir se transformó en cosa vulgar, desde el comienzo de la vida humana, en la época cavernaria, cuando el hombre mataba al hombre con el mazo y la quijada de asno, cuando perseguía al tigre en lo inmenso de la selva estremeceadora para disputarle un bocado, o cuando tenía que posesionarse a viva fuerza de la mujer, para saciar sus impulsos amorosos.

“Hoy los tigres aparecen domesticados, en todos los circos, y cualquier aprendiz de domador mete la cabeza en las fauces de ellos, que no hacen siquiera un aspaviento. Las mujeres se compran con joyas, o se seducen con palabras manidas. A los hombres se les mata con el chisme y la calumnia. No hay duda de que el mundo ha degenerado”.

Varias veces me refirió rasgos de su historia, de sus buenos tiempos de hombre feliz, que lo mostraban como el hombre más sereno, más envidiablemente equilibrado, incapaz de hallarle sentido a los pequeños conflictos y a las nimiedades por las cuales todos, unos más, otros menos, nos preocupamos y sentimos morir.

Sólo así se explicaba que ya en la

senectud, en el ocaso verdadero, se mantuviera fuerte y risueño, aun cuando pronunciaba las paradojas más amargas y cuando formulaba las más atroces y severas sentencias.

—“Una vez —me decía— me enamoré perdidamente de una mujer. A la larga aquélla fue una aventura como las otras aventuras, no obstante el grado mayor de mi pasión. Dichosamente ella no amaba la literatura y se me entregó, a espaldas del marido, sin necesidad de que yo le prometiera suicidarme o desterrarme a los confines de Alaska; sin necesidad de que yo inventara para ella frases conmovedoras ni que agotara todo lo que de ridículo tiene el amor.

“Cuando un hombre no se equivoca en sus deseos, y sabe ya que lo que desea de una mujer es el calor de su boca y la dulce tibieza de sus intimidades, no encuentra tropiezos en el camino de conquistador.

“Las mujeres se le entregan espontáneamente, sin mucho hacerse solicitar, y desde luego hay un acuerdo tácito entre ambos, para que el placer tenga su pronto advenimiento.

“Las mujeres son observadoras hábiles, intuitivas formidables. Conocen al hombre desde el primer momento, y no se equivocan jamás. Por eso cuando un hombre les pide espiritualidad y romance, literatura y charlatanería, le dan charlatanería, romance y espiritualidad. Y cuando un hombre les pide algo más sólido, algo más sustancial, entonces le dan también lo que pide. Son como los mayordomos de hotel, atentos y complacientes con su clientela, que bien pueden hacer una cena completa con bocadillos y entremeses, o llevar a voluntad, desde el primer momento, los platos fuertes, los bocados deliciosos que hacen el deleite de los gargantuistas. Así aquella mujer, que tanto me comprendía, no esperó mucho para corresponderme.

“Vivimos un idilio delicioso, hasta que apareció la figura sombría e infaltable del marido. Me acorraló con sus reclamos. Me suplicó, primero conmovedoramente,

que no mancillara su honor, que no destrozara su vida, que no robara su fulgurante felicidad.

—“Yo me entiendo con su mujer, no con su honor— le dije.

—“Pero mi buena fama se pierde entre sus manos con mi mujer— replicó.

—“Su buena fama permanece íntegra y siempre suya, le advertí.

“Entonces extrajo su revólver y quiso matarme. Me dio cinco minutos para encomendarme a Dios.

“Yo aproveché los cinco minutos, porque todavía no quería tratos con el cielo o posiblemente con el averno, para vencerlo a él de que si me mataba perdería más su buena fama, y además perdería definitivamente a su mujer. Entonces me llevó ante los jueces. Allí propuse yo las bases de un arreglo amistoso.

—“El señor me acusa de haberle quitado una mujer?

—“Sí señor.

—“Y la ley reconoce que basta reparar el daño para que no haya falta?

—“Exacto —dijo el juez.

—“Entonces, voy a reparar la falta —dije yo, poniéndome sensacional.

—“De qué manera? —interrogó el juez, entre curioso y asombrado.

—“Sencillamente: yo tengo a mi disposición más de una docena de mujeres. Y como mujer con mujer se paga yo le cedo a él una mujer de esas doce y le dejo otra como indemnización. Si yo lo arreglo, las dos accederán gustosas.

“En vista de mi buena fe me dispensaron lo de la mujer, pero me metieron a

la cárcel por desacato, porque dijeron que yo había hecho una proposición irreverente hacia la majestad de la ley. Para mí, nada más me comportaba como un rufián. Más tarde supe que el juez llamó, una a una, a mi docena de bellas mujeres, y les hizo propuestas deshonorosas mientras yo estaba en la cárcel. Pero a él no lo encarcelaron.

“Salí de la cárcel a los seis meses, creyendo que todo había terminado ya, pero fue la mujer la que hizo entonces su parte de tragedia. Vino a requerirme para que no la dejara abandonada, para que nos fuéramos juntos, para que me la llevara lejos, con todo y sus cinco hijos.

“Me hizo esas patéticas escenas que a todos los hombres los hacen perder la cabeza en situaciones semejantes, pero yo tuve valor para decirle:

—“Todavía me gustas, y todavía te quiero. Pero no quiero a tu marido y tampoco me gusta.

“Ella quiso tirarse entonces por la ventana, desde la habitación de un tercer piso en que yo vivía, pero la detuve con estas palabras:

—“Yo no me opongo a tu voluntad de suicidarte. Tírate, porque será gracioso, pero espera a que yo baje y que la gente me mire para que no crean que yo te he asesinado. No temo a la cárcel pero sí al ridículo.

“Y al notar mi decisión, ella decidió a su vez no echarse a la calle por la ventana, sino que bajó a pequeños saltos la escalera, tranquila y resignada”.

II

Otra vez me refirió mi amigo:

—“Esta fue la aventura que me apartó de la política:

“En una de mis quiebras económicas me uní, hace mucho tiempo, a un partido político. Había un jefe revolucionario, un caudillo insigne, que por aquellos tiempos absorbía la atención y el fanatismo de las multitudes. Se hizo caudillo por la misma misteriosa razón a que

otros obedecen para hacerse volatineros. Reunió un grupo de hombres valientes y decididos, asaltó varios pueblos, lanzó varias proclamas, y se erigió señor de la mitad del país. Yo tuve la fortuna de mandar una fracción del invencible ejército rebelde. Me improvisé capitán. Dijeron que yo tenía las cualidades excepcionales necesarias para la empresa, y sin más ni más me otorgaron el mando.

Lo que yo tenía, en verdad, era ingenuidad y sinceridad suficientes para no temer a la muerte y falta de conciencia para mandar a otros hacia ella, y gracias a estas condiciones triunfé rotundamente.

“No perderé el tiempo relatándole las incidencias de las batallas gloriosas que libramos, ni las calamidades que sufrimos ni las prodigiosas hazañas de las que fuimos protagonistas y mártires. Sólo le diré que después de un mes de sangrienta lucha, y gracias a que mis hombres se batieron denodadamente, pudimos controlar la capital del estado.

“Yo por entonces era muy joven, confiado y optimista. No se imagina cómo pensé en ascender rápidamente en la escala política. Soñé con ministerios y magistraturas. Mi corazón de hombre ambicioso me llevó a las fabulaciones más extrañas, y pensé que aquello sería el final de mi estado de pobreza, y que de hombre insignificante ascendería rápidamente a los puestos más altos y destacados. Más todavía, podía hacer felices a muchos a mi alrededor y prestar al pueblo inmensos servicios. Contaba para ello con mi hoja de servicio, con mi condición de verdadero héroe, y con el espíritu justiciero de mi caudillo. Y allá fui yo, comandando siempre a mis muchachos, hacia la capital, para presentarnos frente al vencedor, y para ofrecerle nuestra gloria, que sería indiscutiblemente pagada a buen precio.

“Qué momentos de emoción, qué palpitaciones más intensas las que tuvo mi corazón entonces, en aquellos dorados momentos, cuando al fin iba a estar frente al hombre genial y providencial, por quien habíamos combatido y vencido.

“Pero otro fue el panorama que se me presentó en cuanto lo vi. Era un hombre rudo, hosco, terriblemente ignorante, de modales imperiosos.

—“Señor— le dije, señalando hacia el patio desde la ventana del confortable salón en donde me había recibido—. Estos son nuestros soldados, vine para presentarlos a usted.

“El dio un vistazo rápido al centenar

de hombres aglomerados en el patio, clamorosos y entusiastas, con los vestidos desgarrados y las frentes y las manos todavía manchadas de pólvora y de sangre.

—“Ordene que den de baja a esos hombres—dijo, imperativo, a uno de sus lugartenientes—. Dé un peso a cada uno y dígales algo en mi nombre. Algo así como que la patria se los agradece, algo bonito.

“Y después, dirigiéndose a mí:

—“Bueno, supongo que usted pensará regresar a su pueblo.

—“Sí señor— le dije viendo en un solo momento derribarse mi castillo de sueños.

—“Qué distancia hay de aquí a su distrito?

—“Ciento veinte kilómetros, señor.

“Entonces el hombre grandioso, el caudillo insuperable, el que estaba llamado a calmar todas las miserias y tristezas y dolores del pueblo, se llevó la mano al bolsillo, y ceremoniosamente sacó un billete de a cinco pesos, cuidadosamente enrollado, y me dijo estas palabras:

—“Tome esto. Para sus gastos de viaje, y en premio a su actitud heroica”...

“Quizá hubo mucho del gesto de Hipócrates rechazando al odiado tirano en la forma en que extendí hacia él el rollito verde, y le dije:

—“Señor, yo no deseo esta clase de recompensas. Mi preocupación única es el bienestar del pueblo. Por este ideal es que yo he luchado, y lo que aspiro es poder servir al pueblo, y acaso, en grado mínimo, servirme a mí mismo.

“No negaré que la sonrisa, la primera sonrisa que yo veía en aquel rostro rudo y sombrío era bastante atractiva, quizá subyugadora.

“Se puso de perfil, frente a un espejo, viendo de reojo hacia su propia figura. Mejoró aquella sonrisa fascinante y me dijo:

—“Usted está todavía demasiado joven. Ciertamente se comportó en el combate como un hombre de valor excepcional. Pero para la política es todavía

una nulidad. No se preocupe, que haremos todo el bien que se puede hacer al pueblo.

“Acercándoseme un poco más, con aire confidencial, como quien va a revelar un gran secreto, me habló lentamente:

—“Sépalo usted para toda su vida que a un pueblo, a cualquier pueblo del mun-

do, le bastará siempre, para ser enteramente feliz, con tener frente a sí la sonrisa de un caudillo”.

Y recobrando su dignidad normal, hosca y ceñuda, desapareció tras la enorme cortina de seda roja.

PLAZA MAYOR

(EVOCACIONES)

Por LUIS GALLEGOS VALDES

I

En cómodos sillones de baqueta están los dos hombres fumando sus puros hondureños. Es la hora de la modorra y del cabeceo. Mas ellos, en vez de hacer la siesta en la hamaca de pita fina, como hubiera sido de rigor, prefieren conversar.

—Usted podría invertir su fortuna aquí.

—No lo dudo, mi amigo, ya lo he pensado largamente —contesta el forastero, poniendo el mentón sobre el puño. Y agrega:

—Acá he de fundar mi banco.

El patio reverbera al sol, chispean las piedras. Las maderas de los cuarterones y las vigas de la casa, crujen del calor. Las macetas, claveles y jacintos, amapolas y geranios lanzan su andanada vegetal, fresca y unánime. La vaharada del trópico hunde todo en un sopor denso. Cubos de quietud y sombra se alzan, aquí y allá, en la casona: son las habitaciones altas y ventiladas, sonoras y aromadas por sahumeros de eucalipto.

En el centro del patio hay una pila de la que cae un chorro de agua cantarina. A la sombra de un limonero dormita un perro, espantándose las moscas con el rabo.

El almuerzo ha sido copioso. Bosteza uno de los caballeros; es Don Ignacio, hombre apoplético y robusto, de grueso cuello, holgado ahora sin el corbatón estorboso. Replicale Don Valentín con otro bostezo. Este es flaco; su bigote desaliñado, su cabello abundante y en desorden, le dan aire calaverón.

Acaba Don Ignacio de relatarle, con pintorescos detalles, el trance en que se halló, en el golfo de Guinea, cuando un tornado estuvo a punto de hundir el barco en que viajaba:

—Las olas le daban en los costados bandazos terribles, que nos lanzaban a cada paso sobre el piso inundado de agua rugiente. Uno de los mástiles, con la furia del viento, se estropeó; pero logramos preservar los otros, con todas sus velas, de las uñas de los elementos, convertidos en demonios feroces.

En el sosiego de la hora, la voz de Don Ignacio se oye viril y clara, entreverada por el piar de los canarios en las jaulas.

II

No se ve a nadie en la pequeña ciudad. De tarde en tarde un vecino asoma la nariz a la ventana para curiosear quién pasa por la calle, a la que la noche vuelve aún más solitaria. De cuando en cuando la voz del sereno rompe el silencio apelmazado:

—¡La una y con luna!

Don Ignacio se ha instalado en una casa de las afueras. Cerca hay varios solares donde los mangos y los guayabos expanden su sombra y su olor. La casa, de bahareque, está rodeada por un cerco de nopales; en el patio crecen flores de pascua y se alza una que otra palmera.

En un principio, Don Ignacio pensó comprar una finca en los alrededores de un pueblecito cercano. Allí han ido de paseo más de una vez él y Don Valentín en sendas mulas. Pero a la postre Don Ignacio prefirió quedarse a vivir en la ciudad, pues sus negocios así lo exigían, fuera de que necesitaba distraerse, y esto, en la finca, no hubiera sido posible, rodeado de la soledad del campo. ¡Cuán pintoresca la placita del pueblo! A un lado estaba la Alcaldía, con su corredor de retorcidos horcones; iban y venían por ahí curiales y mercaderes, soldados descalzos, indígenas con sus matates a la espalda. Al otro lado, la iglesia con su atrio de piedra y su campanario derruido.

Llamóle a Don Ignacio la atención el cepo de madera, cosa que también había visto en China, en uno de sus viajes cuando desembarcó en Hong Kong, el mismo antiguo cepo que ya usaban los romanos como tortura.

De la única calle del pueblecito bullicioso se levanta el polvo de las recuas de mulos que van con carga a la ciudad, y por los sonoros caites de los indios que, con su pasito ligero, bajan diariamente del monte a la plazuela a vender sus cosas.

—¿Qué le parece a usted si damos una vuelta por la cantina?

—¿A echarnos un trago? Usted sabe que yo no bebo nunca.

—Me interesa que usted entre en un sitio, no sólo pintoresco, sino interesante. Allí se oyen y ven cosas que en la calle no podrá usted jamás oír ni ver.

—Sí, aquí las calles están casi siempre solas y no puede uno ver a nadie... ¡Vamos allá!

Los dos hombres bajan de sus cabalgaduras y las amarran a un poste, frente a la cantina. Entran en ella.

Al fondo está el mostrador. Detrás el cantinero, que pregunta:

—¿Qué van a tomar los señores?

—Sírvese un trago —contesta Don Valentín, engallado, como para prepararse el ánimo. En seguida tose, como un orador antes de entrar en materia. Y agrega:

—¡A ver, pronto! que tenemos que seguir nuestro camino.

El cantinero se les queda mirando a ambos desconocidos, quizá intrigado por su indumentaria.

El forastero llámale la atención.

—Y el señor, ¿no bebe? —se atreve a preguntar, queriendo entrar en conversación, llevado de la curiosidad por averiguar quiénes son los nuevos parroquianos.

—No, yo no bebo —aclarar Don Ignacio, fija la vista en Don Valentín como evitando la oficiosidad del cantinero.

La cantina es estrecha, baja y oscura. De la penumbra van emergiendo unas figuras.

Dos guitarristas dormitan en una mesa esperando cliente. Uno es bajito y gordo. El otro, más joven, tiene un gesto de truhán, y un mirar bizco. En el mayor descúbranse rasgos más amables, no obstante que en su rostro la viruela ha dejado cicatrices indelebles. Sobre sus cortas piernas descansa la guitarra, y está mirando a través de uno de los ventanucos de la fonda.

El cantinero pone una copa de vidrio grueso ante Don Valentín y le sirve el aguardiente de una gran garrafa. A Don Ignacio le llega el fuerte y desagradable olor del aguardiente de caña.

—Pero, Valentín, ¿cómo se le ha ocu-

rrido esto? ¿Y va usted a tragarse eso? Sólo contemplar la copa me da náusea.

Don Valentín se echa a reír, pues fue buen bebedor en su juventud.

—Debe usted saber, amigo, que aquí se bebe de veras. Esto no es de hoy. Ya a fines del siglo pasado lo hizo notar un viajero.

—No me hace ninguna gracia saberlo —remacha Don Ignacio.

Don Valentín empina la copa, escupe, requiere un trago de agua y se pone a comer una tajadita de mango verde.

—¡Es la mejor “boca”! —exclama.

—A lo ardiente que debe ser ese trago infernal, agrega usted esa fruta verde...

—¡Pero tan sabrosa! —Y, a los admirados músicos, les dice:

—Muchachos, toquense algo.

Los músicos se despabilan. El más joven mueve el ojo bizco. El mayor alza la guitarra y dice:

—Con todo gusto, señor. ¿Qué quiere usted que le toquemos?

—Cualquier cosa, con tal que nos alegre.

Un breve rasgueo de las cuerdas preludia la pieza, perteneciente al repertorio popular.

Cuando los músicos terminan de tocar, Don Valentín le tiende unas monedas al mayor. Al bizco se le fuga el ojo sano tras la plata.

—Muchas gracias, señor —dice respetuosamente el músico quitándose el sombrero.

Nuevos parroquianos aparecen. Entre ellos el cura de Panchimalco, que, seguido del sacristán, ha entrado a comprar unos puros.

—¿No querés echarte un trago? —le pregunta al sacristán, hombrecillo enclenque, de oscura jeta apicarada.

—Si su merced lo manda...

—No te hagás el baboso —le dice el cura, quien ordena al cantinero: “Un trago para éste, que tiene el galillo seco”.

—Con todo gusto, señor cura, ya se lo sirvo.

El cantinero destapa el garrafón. El sacristán mira enternecido cómo el aguar-

diente va cayendo en la copa. El cantinero rebana con un cuchillo otra tajadita de mango verde.

—¿No es usted el señor cura de Panchimalco? —se le acerca preguntándole Don Valentín.

—Para servirle, señor... ¡Don Valentín!

—El Padre Juan... venga un abrazo... Le presento a mi amigo Don Ignacio.

—¡Caramba! ¿Pero qué se había hecho usted?

—Enmontado, enmontado, entre mis feligreses y un mi terrenito.

—¿Cómo va la bella literatura?

—Pues verás, estoy escribiendo un discurso, para distraerme.

—¡Hombre feliz, sabio y bueno!

—Si no tratara de ser esto último dejaría de ser buen cristiano... Y el señor, me parece que no es de por acá...

—Así es, señor cura, hace poco que estoy en esta tierra, después de haber vivido algunos años en Costa Rica.

—Aquí la gente es buena, ya verás que pronto ha de sentirse como en su misma casa.

—Lo sé, padre, aquí la gente es buena. Un ejemplo: este Don Valentín, a quien debo favores de verdadero amigo.

—Usted se lo merece, Don Ignacio, Nada más... Y bien Padre Juan ¿qué de nuevo hay por allá?

—Lo de siempre, hijo, lo de siempre. No puedo quejarme de aquella gentecita humilde, dedicada durante la semana a las tareas del campo. Sin embargo, el otro día...

* * *

... Se ha acercado al confesionario una beata.

La beata es cominera e impertinente. El Padre Juan la conoce y soslaya siempre que puede. Pero, en fin, hoy se le ha acercado a confesar.

—Me acuso Padre de...

El Padre oye a medias. Entran más fieles, las campanas siguen llamando.

—Apúrese, hija.

La confesa, mosqueada, ya ha advertido el olor del vino en su aliento; el vinillo de consagrar del que suele servirle a veces más de la cuenta el sacristán, un poco pícaro, como casi todo sacristán de pueblo. Fuera de que no es un secreto que al bueno del Padre le gusta la bebida. Ella lo sabe y, olvidándose del lugar en que está y cediendo a su endiablada índole, estalla:

—Padre, como que aquí huele a vino...

La respuesta del cura es inmediata:

—Y como que también a trapos sucios.

Y, para redondear la anécdota, el Padre Juan añade: “—Y se levantó furiosa del confesionario, mirando para la persianilla hecha un basilisco. Y salió de la Iglesia, y esta vez sí que la frase viene como anillo al dedo, como alma que lleva el Diablo. Mi sacristán siguió tocando las campanas con alegre y burlón repique-teo...”

* * *

Don Ignacio y Don Valentín salen de la cantina comentando.

—¡Vaya manga ancha!

—Así es todo en este país. No en balde somos los más liberales de la América Central.

La ceiba del lugar extiende su sombra. Los gruesos espolones de su añoso tronco, parecen una columna rostral. Los pájaros picotean las ramas.

—¡Señores, señores!...

Es el Padre, seguido del sacristán.

—Disculpen, señores. Resulta que éste, desde hace tiempo está dale que dale con que quiere cambiar de aires. Yo diría mejor que de amo. Allá él. Le acabo de oír a usted decir que necesita un criado. Llévselo. Aunque un poco tardo de sesera, no es malo el muchacho. ¿Acepta, Don Ignacio?

—Sí, señor cura, acepto.

—Y vos, ¿aceptás?

—Sí, tata cura...

—Saludá, pues, a tu nuevo amo.

Y fue así cómo de servir al Padre Juan, latinista y bebedor, el Negro Sera-pio pasó a servir a Don Ignacio, que, ciertamente, necesitaba un criado.

III

El Cónsul de la Gran Bretaña pasea su flema y su esplín bajo los soportales de la Plaza Mayor. Rubicundez, patillas, pipa, apuntalan su figura inconfundible. ¿Quién no le conoce en la ciudad? Mr. Arnold, en efecto, suele hacer largas caminatas por los alrededores, casi siempre al atardecer cuando los rigores solares se atemperan con el fresquecito que viene del mar.

Don Valentín, creyendo que interese al forastero conocer a tan conspicuo personaje, se lo presenta.

—Conque viene usted del Sur...

—Sí, señor Cónsul, vengo de allá, hace algunas semanas, he llegado a este país, en donde pienso radicarme, si logro realizar mi propósito: fundar aquí un banco. Creo en esta forma contribuir efectivamente al desarrollo de este país, al que considero llamado un día a cumplir señalado papel en el Istmo.

—Conozco también el Sur. Yo he viajado mucho por estos países. Hice, hace un tiempo, un largo viaje desde México a través de Guatemala. El Salvador y Honduras. Relato mis impresiones en un libro, que pienso publicar en Inglaterra. Mi viaje fue de lo más interesante por lo arriesgado, aparte lo pintoresco, ameno y variado.

—Cosa igual me ha ocurrido a mí. Yo puedo manifestar al señor Cónsul que nada hay tan atractivo como un viaje por estos países de la América española...

—Española, española... Un momento, por favor, señor mío...

—¿Qué dice usted?

—Digo que el calificativo de española, aplicado a estas repúblicas, ya no responde a la realidad.

—Para mí sí que responde.

—¡Well, well! Pero usted tendrá que reconocer que en ellas apunta una nueva



realidad. Ya no son, a pesar de esa lengua, de esa religión, de esas costumbres, enteramente españolas. Olvida usted lo indio...

—¿Lo indio? Indios llama usted también a los habitantes de las Indias Orientales...

—Como podríamos llamar también indios a los habitantes de las Indias Occidentales.

—¿Y qué me dice usted de Belice?

—Ah, ¿no sabe usted que allí estamos porque España nos otorgó el derecho de explotar el negocio maderero?

—Sí, lo sé; mas, en una América libre, eso no justifica la presencia de Inglaterra en tierras centroamericanas.

—Se trata, como ya le dije, de una concesión que ha sido renovada ahora, en plena República.

—Yo diría mejor que se trata del sempiterno despojo del más débil por el más fuerte.

Don Valentín, viendo que la discusión, después de llegar al rojo vivo, parece hacerse interminable, como pasa siempre con temas de religión o de política, cree oportuno terciar en ella.

—Y si tomáramos una copa...

—¡Buena idea! —sentencia el diplomático, que parece ser buen bebedor.

—Acepto —dice Don Ignacio—, pero con la condición de que yo les invite a ustedes.

—Me sentiría ofendido si usted insistiera en eso, amigo mío.

—Cierto, paga quien invita —remacha el inglés—. Y para que vean que no estoy equivocado, los convido a un jerez que acaba de llegarme de Inglaterra.

* * *

—¡A la salud de nuestro amigo español!

—¡Salud!

—Salud.

Tintinean las copas en la bandeja de plata. El inglés chupa lentamente su pipa.

—Se refirió usted a su viaje por México, Guatemala, El Salvador y Honduras.

—Como les dije, relato mis impresiones en un libro que pienso publicar. Son anotaciones escritas bajo mi tienda de campaña, en plena selva, o en alguna casa de hacienda, o en mesones y posadas del camino. Creo que mis apuntes constituyen un acopio de observaciones directas. Considero que quien viaja y no fija por escrito sus impresiones, es como si no viajara, pues la memoria es infiel. Sobre todo, ciertos detalles. Yo incluso hago croquis. No cometeré la indelicadeza de fastidiar a ustedes dando lectura a esos apuntes; pero, en términos generales, he de manifestarles que soy, seguramente, uno de los pocos ingleses que, después de Tomás Gage, quien anduvo por acá en el siglo XVII, y que escribió un relato de lo más variado y pintoresco, ha tenido el cuidado de recoger en las páginas de sus libretas cuanto de notable, curioso o interesante ha ido sorprendiendo en sus andanzas. No podrían faltar en mis páginas los rasgos de humor. Un inglés que no hace humor es como un español que no discute. Veo por el rabillo del ojo que mi amigo español asiente a lo que digo... Mi viaje, contra lo que podría suponerse, obedeció al deseo de conocer estos países. Las crónicas de ciertos viajeros, los relatos de algunos exploradores, los artículos de periodistas, no siempre logran satisfacernos a las personas exigentes. Yo soy una persona exigente y por eso me arriesgué a emprender ese viaje. Pude haberme evitado las molestias de una larga caminata por tierra, tomando un barco, a fin de llegar a mi destino tal como salí de la Isla, o sea, sin una idea nueva en la cabeza y con mis botas intactas. Pero no; yo no soy un ser acomodaticio, un diplomático al uso, cuya única preocupación es cursar notas al Foreign Office cada cierto tiempo. Mis preocupaciones son otras. Me gusta darme cuenta de las cosas por mí mismo, no a través de la lectura de los diarios. Viajar por México y Centro América es algo insospechado, por lo rico en experiencias. Pero como los ingleses odiamos parecernos a los demás, no quise hacer lo que otros diplo-

máticos ingleses, o de otras naciones, han acostumbrado a hacer: viajar sin molestar-se un poco en echar una mirada a lo que va desfilando ante sus ojos, todo por no perturbar sus hábitos mentales que, por lo general, consisten en practicar el arte de no gastar pensando su preciosa materia gris.

Para ser inglés, este hombre le parece a Don Ignacio muy locuaz. El creía que los ingleses eran de pocas palabras. Pero la volubilidad de su charla le está indicando lo contrario.

—Desde luego, creo yo que nada, en Centro América, hay tan interesante como Copán. ¡Qué maravilla! Allí la piedra parece engastada en la selva. Cada estela se un himno al sol. El juego de la pelota, el subterráneo, los altorrelieves. Todo cuanto la mirada abarca, es digno de estar en los museos de Europa...

—Yo diría que está mejor allí donde nuestros aborígenes lo dejaron, glosa Don Valentín.

—Es que ustedes los centroamericanos no aprecian estas cosas.

—En cambio, nosotros, los ingleses...

—Alto ahí, Mr. Arnold, no olvide usted que también el yanqui Squier ha escrito grueso y admirable volumen sobre Centro América y sus notabilidades antiguas y modernas...

—Concedido, también el yanqui Squier tiene buen gusto...

—Como lo tuvo en el siglo XVI el español García del Palacio, quien informó a Felipe II acerca de Copán en una crónica.

—No sabía yo eso.

—Así es, pero siga usted contándonos de su viaje.

—Lo hice a lomo de mula. La selva es prodigiosa en Copán; más prodigiosa todavía es la piedra labrada por mano de habilísimos artistas. Es una cultura que refleja admirablemente el espíritu estético y científico de los mayas. Les digo que todo es allí magnífico. Sin embargo, lo que a mí me llamó más la atención, fue el muro de la Muerte, en el que, me parece, el sentimiento de ésta llega a un

patetismo plástico estremecedor. Aquel hacinamiento de calaveras horroriza. Casi siente uno el olor de los cadáveres entre las grietas. ¡Prodigiosos artistas los mayas!

—La Muerte... la Muerte... Siempre me pareció un tema grato, acompañado de una copa de jerez...

Los dos amigos se despiden del representante de su Graciosa Majestad, ya bastante achispados.

—Oiga usted ahora, amigo Ignacio, este cuentecillo. Mr. Arnold, como todo buen inglés, es un tipo raro. Aquí le pasó algo que no me resisto a contárselo, y no sé, la verdad, si es cierto o pura invención de las malas lenguas. En una ocasión, habiendo salido el señor Ministro de la Gran Bretaña por la Garita... Ya usted sabe dónde queda la Garita... Pues bien, se puso a hurgar en un terreno pedregoso con su bastón. El soldadito que estaba de centinela aquella tarde, avisó a su jefe, que creyó que Mr. Arnold era un espía de Guatemala. Van y lo capturan... Como lo oye... lo capturan y lo amarran, no obstante la furiosa protesta de Mr. Arnold, que también es aficionado a la Geología.

IV

Don Valentín le presentó a un caballero, militar retirado, un tiempo adversario de la Independencia. Al General Tomás Romero lo derrotaron en una batalla las tropas del General Arce, fundador del Ejército centroamericano y primer presidente de la Federación. Preso en Guatemala, en el antiguo convento de San Francisco, enfermó de reuma con la humedad del calabozo.

—Soy hijo de María Santísima —decía, socarrón.

No perdió, sin embargo, su buen humor. Su mirada penetrante centelleaba recordando antiguas calaveradas. Esto le sucedía cuando, según él, "el Espíritu Santo se le posaba en la cabeza como una palomita".

Cuando le conoció don Ignacio, ya el

General estaba achacoso y hepático; arrastraba la pierna con dificultad. Vestía chaquetón pardo, chaleco amarillo unas veces, otras color morado; usaba alta chistera negra; sobre el vientre, ya bastante hinchado, caía tinteante cadena de oro, de la que pendía un pequeño y grueso reloj de campanilla, que provocaba la curiosidad de la gente menuda.

Por las tardes se le veía pasear alrededor de la Plaza, charlando con algún conocido, deteniéndose cada cierto tiempo. Desde luego, la renquera le molestaba mucho; mas él, haciendo esfuerzos, trataba de aparecer tieso y firme, apoyándose en su bastón.

En los "mollejones", su hablar ceceoso y rápido se oye entre las risotadas de los que, al verle llevarse el índice a la sien derecha, comentan: "Al General le asiste ahora el Espíritu Santo".

V

Todas las tardes, tras de dar unas vueltas por la Plaza Mayor, Don Ignacio le pasea, insistente, la calle a una joven. La joven se halla a estas horas asomada al balcón de una de las casas fronterizas. El abanico cae con desmayo entre sus manos. Sonríen los ojos, complacidos en mirar, lánguidamente, el ajetreo de la calle en estas horas del atardecer, cuando es dulce contemplar la pirotecnia del sol y de las nubes, que improvisan un soberbio telón de fondo, digno de una ópera o de un dramón romántico.

De tarde en tarde pasa un canónigo, recogido el manto en el brazo izquierdo y con el breviario en la mano. Pasan mercaderes con sus mulas procedentes de la Plaza, en donde han realizado ya sus ventas. Pasan bulliciosos estudiantes de levita entallada y sombrero de copa; saludan a la joven haciendo una aparatosa inclinación.

—Es la hija del viejo Romero, "el desfacador de entuertos".

—¿Cuál? ¿Ese viejo cojo y charlatán que anda por ahí dándose de estrategia?

—Sí, el chapetón ese...

—Pero tiene plata, y la niña es seguro que llevará buena dote al matrimonio.

—Es linda y pronto se casará, no cabe duda.

—¡Qué ojos y qué caderas!

No bien han desaparecido los estudiantes asoma Don Ignacio, un poco apresurado, secándose el rostro con un pañuelo.

La noche ha caído ya sobre la población. La Plaza está solitaria, ingrima. Los alguaciles la abandonan para ir a beber en las tabernas. Los serenos tardan aún en salir con sus varas para encender los escasos faroles que, aquí y allá, proyectarán su luz mortecina.

—Lolita, soy yo, Ignacio.

—¡Chist! Nos van a oír: y, si lo sabe mi papá, ¡Dios me guarde!

—No tema. Yo estaré preparado. Serapio me acompañará...

* * *

Lolita pasa y repasa en su mente la proposición de Ignacio. ¿Fugarse ella con él no sería darle un serio disgusto a sus padres? Ella los quiere demasiado para atreverse a hacer semejante cosa. Ciertamente, Ignacio le parece bien. Es un hombre interesante, valiente, simpático y, además, todo un caballero. Mas ella es una joven de buenas costumbres, y su timidez le impide soñar viéndose caer en brazos de un hombre. Porque quererlo, sí que lo quiere a Ignacio. ¿No había de sentirse halagada, y al cabo rendida, ante su galante asedio? No, no era un simple capricho lo de Ignacio. Era más que esto: amor. Así lo comprendió ella una tarde cuando, a causa de una ligera indisposición de salud, tuvo que recluirse, por prescripción del médico, en sus habitaciones. Aquellos días, pasados en el lecho, pensando en su novio, fueron acrecentando su interés, y luego su cariño, por él. Se lo merecía Ignacio. Pero ¿por qué no decidirse a revelárselo a su padre? Ciertamente que éste, en su adoración por ella, se opondría, rotundo, al principio. Sería una escena violenta de seguro. Ahí estaba su madre para ayudarlo y explicar a su esposo lo que

ella, en su atolondramiento, olvidara. Era natural que su padre se opusiera. Lo sabía ella por experiencia ajena. Otras muchachas habían ya pasado por casos parecidos. En esas reflexiones se le iban a Lolita las horas.

—¡Es terrible mi timidez!

Analizando las cosas, se da ella cuenta de que lo del rapto sería una locura, un deshonor, explicable en Ignacio, cuyo enamoramiento sigue la moda romántica. Parece mentira que ésta haya llegado a perturbar su buen sentido.

* * *

El General Romero se quedó clavado en la silla.

—Pero, ¿de veras va en serio la cosa? No puede ser. Esa niña está desvariando, es demasiado chica para enfrentar la realidad de la vida. Yo me opongo, desde ahora, a que se case.

—Dice que lo ha consultado con el padre...

—¡Qué padre ni qué hostias! ¡Aquí no hay más padre que yo!

—Se trata de un padre muy bueno, el protegido del señor Obispo.

—¿Ese? Peor todavía... Ese cura podrá aconsejar presidentes, intrigar, pero no lo creo capaz de conocer el alma de una chica: se necesita más sutileza para esto que para la política...

—¡Estás loco! El Padre Juan es una lumbrera, y, además, es comprensivo y simpático.

—Ustedes las mujeres con poco les basta. Juzgan por la primera impresión. Te cayó en gracia el curita ese, y ya estás: su palabra es ley.

—¡Y qué palabra! Es una orador de primera. ¡Me encanta oírlo!

—Todos los oradores, curas o no, suelen halagar el oído. Reconozco que aquéllos tienen por lo común más recursos, han estudiado más, son más mañosos.

—¡Calla, Tomás! Respeta un poco. ¿No eres acaso un buen cristiano?

—Si, lo soy; pero yo no comulgo con ruedas de molino. Soy liberal y el predominio del clero me parece intolerable. De-

jaría, pues, de ser lo que soy, si en privado, me desdijera de lo que en público sostengo: la libertad de las ideas. No olvides que vine a América en busca de libertad. Agachar la cabeza ante un cura, me parece una humillación...

—Mira, Tomás, que eres padre de familia; que tú mismo has confesado ser un buen católico; que debes dar el buen ejemplo; que, como extranjero, no debes herir el sentimiento de la gente hablando mal de la Iglesia; en fin, que tienes que dar cuenta un día a Dios de tus actos...

—¡Déjate de tonterías, mujer! Con tal que mi conciencia no me acuse, me basta: yo no necesito de intermediarios entre Dios y mi conciencia. Soy un hombre responsable, y sé lo que hago. Pero nos hemos desviado de lo principal: Lolita... Mi contestación es que no y no, y no.

—Sea lo que tú quieras. Ella, como hija sumisa, aceptará. Esto lo sé por anticipado.

—Entonces, si lo sabes, ¿para qué alargar las cosas? No me gusta discutir contigo sobre asuntos tan delicados como es mi pensar con respecto a los curas, porque no quiero agraviarte. Es cierto que nací católico; pero moriré como he vivido: ¡liberal!

—Eres obstinado, Tomás, ¡Dios te perdone! Me voy, porque no quiere oírte blasfemar...

* * *

—Oye, Lolita, tu padre se opone decididamente a que te cases con Ignacio. Debes decírselo inmediatamente.

—Mamá, me apena muchísimo todo esto...

—Soy la primera en lamentarlo, hija. Pero es a ti a quien toca decírselo a él. Si le das largas al asunto, tu pretendiente va a creer, con razón, que estás dispuesta a aceptar su mano. En cambio, una explicación a tiempo, nos evitará a todos más de un dolor de cabeza.

—¡Oh, mamá, qué mal me conoces! Yo sería incapaz de una indignidad!

—Lo sé, hijita, pero más vale hacerte

ver las cosas. El insistirá: tu debes disuadirle; para eso te ha dado Dios discreción. Todo se puede decir con tino y buen modo, y tú eres una muchacha educada y discreta.

—Ay, mamá, pero es tan terco Ignacio! Y me figuro lo que me va a decir. Me hará una escena: se tirará del cabello; implorará; me pondrá en un aprieto. ¡Tú no sabes cómo es Ignacio!

—¡Cómo se ve que eres todavía una niña! A una muchacha inteligente nunca le faltan recursos.

—Es que soy incapaz de fingir, de decir lo que no siento...

* * *

Las tribulaciones de Lolita van en aumento.

—Y bien, Lolita —le dice Ignacio—, ¿qué ha pensado usted al fin? ¿se ha decidido ya?

—Ignacio, escúcheme: Yo sé que es usted un caballero, un hombre comprensivo, incapaz de causarle daño a una muchacha inexperta como yo. Sí, lo quiero a usted, pero...

—¡A ver! No me va a salir usted a estas horas con que sus padres desautorizan nuestra boda...

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Yo no sé qué decirle. ¡Me siento en un callejón sin salida...!

—¡Ah, Lolita! A mí usted no me engaña. Estoy seguro de que su padre, que, con perdón suyo, sé perfectamente que es un señor intolerante, rechaza nuestro matrimonio... El corazón me lo dice... lo estoy leyendo en su frente purísima, en su semblante, en su voz...

—¿Qué quiere que haga yo, Ignacio? ¡No puedo contrariar a mi padre!

—Pero yo sí estoy dispuesto a contrariarlo, porque la quiero...

VI

Don Ignacio y el Negro Serapio, su criado, discuten los detalles del rapto.

—Debes tener listas las bestias en la

esquina. Yo llevaré mis dos pistolas; lleva tú un puñal, por cualquier cosa...

—No creo que ocurra nada, señor; la niña se ve que lo quiere...

—Pero parece que el General olfatea algo. En todo caso, haz lo que te he ordenado.

—No se olvide el señor de las sales, por si le diera un desmayo a la niña.

—Todo está listo, hombre, no te preocupes.

Consulta el reloj, y echándose la capa sobre los hombros, sale a la calle. Detrás va Serapio, enredándosele los pies al andar a causa del miedo.

Montan en sendos caballos. Negro como la noche es el de Don Ignacio; retinto es el del criado, que lleva las alforjas bien provistas.

El Negro no las tiene todas consigo pero la serenidad y el aplomo de su amo le dan ánimos y lo sigue dócilmente.

Los cascos de las bestias remueven las piedras. Una sombra cruza por la acera.

El corazón le palpita fuertemente a Don Ignacio. Sujeta con vigor las riendas, espoleando al caballo; la sangre se le agolpa en las sienes. Al acercarse a la Plaza, le previene al sirviente:

—¡Listo, Serapio!

—¡A sus órdenes, señor!

—Tú apéate aquí y me esperas. Yo iré por Lolita. ¡A ver qué pasa!

Avanza cautelosamente por la acera. El embozado perfila su silueta frente al balcón.

Da un silbido, el silbido que ya ella conoce. Espera un rato. Pero la niña prefiere quedarse junto a sus padres. Don Ignacio querría ser invisible para entrar en la casa.

—Lolita, Lolita —exclama, crispando los puños.

El balcón permanece mudo.

Al lado de su cabalgadura, Serapio tiritaba bajo el relente de la noche cuajada de luceros, acerico de plata como el que tiene Lolita en su tocador.

VII

En la Plaza Mayor, sumidero de inquie-

tudes ciudadanas, punto de cita de mercachifles y viajeros, se levanta, aquí y allá, el humazo de los peroles y comales.

De los árboles, cuyas hojas están secas, se escapa el agudo chirrido de las chicharras aserrando, maderas, las horas. Callan y vuelven a empezar. Los chiquillos las atan con un hilo, y, entonces, la chicharra se convierte en un zumbel. Pesa sobre la atmósfera el bochorno de los postreros días del tiempo seco. Las piedras callejeras chispean bajo el martillo solar. Triunfa el trópico en su bárbara plenitud. La garra del sol, quemante y dura como el pedernal de los indios sobre las piedras de sacrificio, se hunde en los tejados y en las cúspides de las iglesias, en los chales del mujerío y en los sombreros de los hombres. El Sabio y el Poeta se encuentran:

—¡Qué pequeña es nuestra ciudad!

—Cabe en mi sortija.

—Querrá usted decir que es una joya.

—Analícela, pues, amigo...

—Habría que someterla al ácido corrosivo.

—Es lo que merecen algunos de sus habitantes.

—No me atrevo.

—Usted, que es todo severidad...

—Para la Ciencia nada más. No me gusta hablar mal de la gente.

—Hay que dar al César lo que es del César...

—Y venerar al Supremo Hacedor en todo lo creado.

—Y venerar a la Belleza dondequiera que se le encuentre, ¿no es así?

—Buscar la causa de todo para llegar, por ascensión inflexiblemente deductiva, a la causa primera, la que sólo niegan, torpes, los ateos.

—Buscar la sabiduría de la vida, la explicación del tornadizo y complejo corazón humano, tanto en la historia, como en esta vida en que alentamos, padecemos y gozamos. Como gozamos usted y yo, ahora, de la maravilla de esta tarde... Me gusta caminar por este rumbo. Hacia el sur. Donde la vista tropieza con la visión, espléndida y siempre renovada, de las lomas. Quisiera subir a ellas y con-

templar, desde allí, el mar. Ver pasar los barcos. Verlos iluminados como fantásticos castillos flotantes que se alejan al norte, al sur, hacia el oriente misterioso. Ser grumete o marinero, viejo lobo de mar o pirata. ¡Pero cómo me gustan esos montes! Verdes, perennemente verdes. Perderse bajo la sombra de tanto árbol, cuyos nombres usted ha clasificado, pero que a mí me place recordar cada uno con su aire peculiar, macizo o grácil. Hay árboles femeninos y árboles masculinos. Los hay filósofos y poetas; como los hay valientes y también medrosos, pareciendo los unos desafiar los abismos y los otros estremecerse bajo el azote de las tormentas y gemir bajo el rayo. Con todo, más que un paisaje romántico, áspero y terrible, prefiero el barroco paisaje nuestro que nos regalan esas lomas. Cuando las contemplo, acuden a mi memoria versos de Góngora. Esto me pasa también en la Antigua, en la que florecen, como en suelo natural y propio, los más variados estilos arquitectónicos. Para mí, esas lomas, de tan cercanas, se pueden tocar con la mirada. De pronto parecen adquirir una dinámica rotundidad, como si estuvieran a punto de venirse rodando laderas abajo en una violenta y terribilísima danza de nubes, raíces de árboles descuajados y moles pétreas.

VIII

Agazapado en aquella vida provinciana, en donde las horas se vuelven abrumadoramente lentas y la única ocupación consiste en despellejar al prójimo, Hermes Zapata la observa desde su rincón y a veces toma la pluma, escribiendo en su diario cuanto se le pasa por la cabeza.

13 de agosto

"Inauguración del primer banco fundado en el país. Hoy el poderoso caballero Don Dinero impera. Es bueno tratar a la gente que lo tiene y maneja. Don Ignacio estaba muy orondo a la entrada, recibiendo a los invitados: funcionarios, sacerdotes, algunos militares. Los corredores es-

taban rebosantes de señoras y señoritas de nuestra mejor sociedad. *La crème de la crème*, como dicen los franceses. Pasaban criados con bandejas cubiertas de copas espumantes de champaña que hace felices a los pobres periodistas como yo, a quienes se nos hace muy difícil codearnos con gente importante si no es en estas ocasiones, tan señaladas. No cabe duda que don Ignacio es un gran tipo. Seguro de sí mismo, admirado, en la cumbre de toda buena fortuna. A la hora de los brindis, he tomado la palabra y he hecho un cálido elogio de nuestro anfitrión, el dichoso Don Ignacio, que, con el beneplácito de nuestra sociedad, y poniéndose a tono con la época en que vivimos y con la próspera situación del país, ha sabido dar decidido impulso a las finanzas creando un banco con su propio esfuerzo. Mientras otros ricos se dedican a la usura, extorsionando al pobre y provocando odios, Don Ignacio se yergue como un hombre superior de grandes prendas morales, de recio carácter y, más que todo, de voluntad inquebrantable.

En el momento de mayor expansión, cuando los rostros parecían animados por una divina flama, y cuando los jóvenes le hacían el amor a sus novias sin ningún reparo, ya que las mamás se mostraban achispadas y complacientes, se me ha acercado cierto Ministro extranjero, me ha llevado aparte a un saloncito y, entre copa y copa, me ha propuesto algo inaudito... que, por supuesto, yo he rechazado con indignación. El señor Ministro me pide que inspire o, en último caso, escriba unos artículos contra el Gobierno de Guatemala, y me ofrece, si llegan a publicarse, jugosa remuneración. Estoy francamente desconcertado. ¡Así se la gastan estos imperialistas marrulleros! No cabe duda: existe la perfidia. Ahora caigo en la cuenta de muchas cosas que suceden en nuestros países. Es imperdonable que no me hubiera percatado de eso antes; pero, en fin, más vale tarde que nunca.

20 de agosto.

Mis asuntos andan cada vez peor. No

tengo dinero para pagar el cuarto que ocupo en el mejor hotel de la ciudad. El dueño me ha hecho mala cara esta mañana y por dos veces seguidas me ha mandado a cobrar con uno de los criados. Me siento más que molesto. ¡Tratar así a uno de los periodistas más conocidos y notables de Centro América! Mi pluma no es cualquier cosa. Pero ya verán cómo me las arreglo.

22 de agosto.

Por la mañana. Visité a Don Ignacio, a hacerle un préstamo en metálico. Me lo ha negado. Paciencia. Volveré.

A la tarde, otra vez en el banco. Don Ignacio no aparece. ¿Seguiré comiéndome las uñas como un pobre diablo, sin hallar solución a esto?

30 de agosto.

Paseando por la tarde bajo los soporales de la Plaza, me encuentro con Juanito, el poeta, quien me da confianzudas palmaditas en el hombro y me invita a tomar unos tragos. No logro reanimarme. Estoy alicaído.

—¿Qué te pasa? —me pregunta mi amigo.

—Nada, una pequeña indisposición. Ya pasará...

Juanito me ha contado intimidades de su vida, aventuras, triunfos, proyectos, cosas de poeta...

En un momento de la charla, me espeta esta frase, que me deja frío:

—Dicen que se te ve mucho estos días en compañía de conocido diplomático...

Nada más: una sonrisa inquietante luego. Juanito es un diablo.

10 de septiembre.

Mi artículo (calzado con seudónimo) contra Guatemala, ha causado revuelo. Por precaución permanezco unos días encerrado en el hotel. No quiero ver a nadie. Pero ahora ya me atienden los criados y el dueño me sonríe, complacientemente. Pido tragos, pero no me siento a gusto.

12 de septiembre.

Encuentro a Don Ignacio paseando por la Plaza. No me ha saludado. Parece que tiene parientes en Guatemala. Estoy preocupado. Sin embargo, esperaré.

15 de septiembre.

Aniversario de nuestra gloriosa Independencia. ¡Y yo vendiéndome al extranjero! Permanezco encerrado como un monje en su celda, leyendo y escribiendo.

Llegan de Guatemala noticias espeluznantes. Se me acusa de estar vendido a Inglaterra. Me llaman, o mejor dicho llaman a mi alias entre otras lindezas, “hijo espurio de Centro América, indigno de figurar en la prensa del istmo”. Y lo peor del caso es que tienen razón. He vendido mi progenitura por un plato, no de lentejas, que no me gustan, sino de frijoles con chilito y queso de mantequilla, que, después de tanto hambrear, me han sabido a gloria.

18 de septiembre.

Me entero de que mi presencia es antipática. El dueño del hotel se me ha acercado esta mañana y, muy al oído, me ha aconsejado:

—¡Lárguese usted cuanto antes!

Ahora recuerdo que le debo. El dinero comenzó a escasear hace unos días. He gastado en licores más de la cuenta y los hoteleros son implacables.

Acosado otra vez por el hambre y las deudas que crecen como espuma. Continúo viviendo en este hotel donde otra vez me miran con recelo y descontento. ¿A quién recurrir, Dios mío?

27 de septiembre.

Me entero de que Don Ignacio ha tratado de raptar a una señorita, hija del General Romero, un viejo achacoso que anda por ahí arrastrando una pata hinchada.

28 de septiembre.

Don Ignacio me saca de su despacho con cajas destempladas.

—¡Quítese usted de mi presencia, pí-

caro! —me ha dicho y amenazado con denunciarme a las autoridades.

Mi plan parece haber fracasado con tal contratiempo. De todos modos, escribiré una crónica acerca de este asunto, que la prensa se empeña en ocultar, todo porque se trata de un plutado, y banquero además.

Para consolarme asomo la nariz con desconfianza por la Plaza.

Está ya oscuro y paso inadvertido de la gente que pasea por ahí a estas horas. Sólo el General Romero me reconoce y, como es parlanchín, me ha llamado a platicar con él. Le propongo mi plan: “Es preciso, le digo, que usted interponga su valiosa influencia, a fin de que alguno de los diarios publique mi artículo”. El viejo no parece muy convencido. “Estas cosas de familia no deben salir de casa”, me contesta.

Yo le he dicho que la misión del periodista es denunciar cualquier atropello a la honra de los ciudadanos y que lo hecho por don Ignacio es algo que merece acre censura por medio de la letra de imprenta.

29 de septiembre.

Me he encontrado con el viejo filósofo, que aquí llaman “El Sabio”. Venía mal trajeado, como suele, desgobernado, mal afeitado, lleno de lamparones el traje raído en las mangas y remendado uno de los fondillos del pantalón. Entablamos inmediatamente el diálogo:

—¿Qué se trae usted de nuevo?

—Nada hay nuevo bajo el sol —me contestó mal humorado.

—Se ve que anda usted con alguna preocupación— le dije.

—Es que mi mujer echó a la cocinera.

1º de octubre.

A veces la circunstancia desafortunada lo vuelve a uno más crítico y analizador que de costumbre. Es lo que a mí me ocurre en estos días. Llegué a esta ciudad hace algún tiempo. No cabe duda que se trata de una de las ciudades más activas del Istmo centroamericano, puesto

que aquí se da principalísima importancia a la economía. El cacao y la cochinilla hace unas décadas, hoy el añil, son los productos de la tierra que mejor se cotizan; también la caña de azúcar. Corren los doblones en las ferias de San Miguel y Sonsonate, Chalatenango y Cojutepeque.

Por eso me interesa tanto la figura de Don Ignacio y procuro su amistad a toda costa. Es hombre de progreso. Dígalos si no la empresa bancaria en que anda metido. Claro, yo soy hombre de pluma; pero advierto que en la sociedad actual asoman fuerzas poderosas que, con el tiempo, llegarán a determinar grandes acontecimientos históricos. No por pequeños nuestros Estados centroamericanos dejan de experimentar la influencia del tiempo. Las grandes potencias comienzan a descubrirlos, a interesarse en ellos, a enviarles sus agentes diplomáticos y comerciales a fin de que firmen tratados. Yo creo que España tuvo sus razones para mantenernos aislados y ocultos a las miradas del inglés, del francés y del holandés, hasta el grado de hacerles creer que el famoso bálsamo, curativo de tanta dolencia y tan valioso para la farmacopea, que llaman del Perú, procede efectivamente de allí, cuando la pura y lisa verdad es que el dicho bálsamo es originario de la costa situada en esta provincia de San Salvador, siendo una fuente magnífica de riqueza todavía en estos nuestros tiempos de República.

Acerca de todas estas cosas, tan importantes, conversábamos anoche con un inteligente huésped del hotel que acaba de llegar y que responde al nombre de Arnulfo Andrade, que, según me cuenta, ha recorrido bastantes lugares de la América. Es hombre simpático, todavía joven, emprendedor, indudablemente audaz. Hicimos la tertulia: un rato de sobremesa en el comedor de este hotel y después salimos a dar una vuelta por la Plaza Mayor, donde tuvimos la oportunidad de ver y saludar a algunas personas de viso, como el Ministro de Hacienda, el General Tomás Romero, Juanito Cañas el poeta, y otras que se me olvidan.

Me sorprende de la cordialidad con que Arnulfo los ha saludado a todos, como si ya los conociera de antaño, lo cual me hace suponer que es hombre mundano y viajado. Estos europeos nos llevan a los americanos la ventaja de su ilustración, si bien es cierto que entre nosotros hay también hombres que la poseen extraordinaria y que podrían hacer, hacen o han hecho brillantísimo papel en Europa. Ahora recuerdo al ilustre General Francisco de Miranda, que se paseó por Europa como hombre cortésano en la Rusia de Catalina II y como revolucionario en la Francia de 1789.

¿Y el General Bolívar? A propósito de Bolívar, estuve la otra noche en casa de unos parientes del General Francisco Malespín, y me mostraron con gran orgullo el retrato, de cuerpo entero, que el Libertador le envió a aquél cuando fue Presidente de esta República. El General Malespín se sentía muy honrado con el valioso presente de que fue objeto por parte de Bolívar. Este Malespín es una de las figuras más discutidas del país, pues aunque unos dicen que fue un bárbaro que únicamente sabía manejar la lanza y ser jinete prodigioso, otros opinan que basta el hecho de haber sido el protector de la Universidad de El Salvador para que sea digno del recuerdo agradecido de sus conciudadanos.

Con Arnulfo hemos hecho una buena revisión a diversos puntos de vista acerca de la política, costumbres y porvenir de estos Estados. La velada ha sido para mí muy provechosa.

Nuestras charlas diarias han cristalizado en una idea feliz, extraordinaria, la cual vendrá a dar un rumbo fijo a mis inquietudes. En efecto, hemos discutido Arnulfo y yo una proposición que, de ser aceptada por uno de estos magnates, nos sacará de apuros tanto al uno como al otro. Andrade anda desesperado por la falta de pecunia. Igual cosa me pasa a menudo a mí, que vivo de lo que la Divina Providencia suele mandarme con mano poco liberal, yo, que soy un verdadero liberal.

Hemos planeado la fundación de un semanario informativo, que sea a la par re-

flejo de la vida económica del país. Un semanario serio, responsable, vocero de sus fuerzas vivas, oído y respetado por el Gobierno, al que tratará de ayudar con abundantes luces. Yo creo que no se puede pedir más en caso de que tan maravillosa idea sea llevada a cabo, pero esto debe ser a la brevedad posible, ya que más de algún listo podría adelantársenos.

Arnulfo no duerme. Yo tampoco logro conciliar el sueño, pensando en el resultado de tan beneficiosa empresa. Nos falta redactar la propuesta, pero hemos llegado a un acuerdo: presentarla nada menos que a don Ignacio. Por parte mía ya sé que es sobrado atrevimiento irle con un asunto así, después que me puso el otro día de patitas en la calle por medio de su criado; pero esto me tiene sin cuidado. Yo soy un hombre de acción y, a la vez, de ideales, y sé sacrificarme por ellos llegado el caso. Lo que importa son las ideas, no los hombres que las promueven.

10 de octubre.

¡Eureka! Bien decía Arquímedes: “Dadme un punto de apoyo que moveré con mi palanca el mundo”. Nuevos Arquímedes, Arnulfo Andrade y yo tenemos ya el punto de apoyo para el logro de nuestra empresa: Don Ignacio, a quien ha parecido plausible y viable, en general nuestro plan. Lo único que tiene que hacer es llevar nuestra propuesta a sus asesores jurídicos y financieros para que le den su opinión al respecto. Desde luego, así tiene que ser, pues estas cosas tienen su trámite formal.

No nos fue fácil introducirnos y hubo que vencer la resistencia del portero, que no nos quería anunciar, pues ya me conoce. Pero insistimos y rogamos tanto, le prometimos tan buena remuneración, que el buen hombre cedió ante nuestra necesidad y nos franqueó la puerta dorada.

El propio dueño del banco salió a recibirnos. ¡Cómo se ve que Don Ignacio es hombre de esmerada educación! En absoluto hizo alusión al penoso incidente conmigo, echando sobre él un generoso velo de comprensión y olvido. ¡Grande

hombre Don Ignacio! Así se puede hablar de empresas. De hoy más creo en sus prendas morales y en su fino sentido de los asuntos humanos.

Arnulfo entró con paso seguro y se fue al grano. Un éxito más desde el principio, ya que cualquier titubeo de nuestra parte hubiérale extrañado al banquero. Los negocios tienen que ser claramente planteados. Conviene, a hacerlos; no conviene, a otra cosa, y todos contentos.

—“Usted comprende —le dijimos—, que toda empresa, sobre todo una de la magnitud de la suya, precisa de alguien que la dé a conocer, porque es mentira que el buen paño en el arca se vende. Usted, señor, ha menester de que sus intereses sean defendidos, ¿y quién más indicado que el periodista, cuyo papel en la sociedad actual es de suma trascendencia, para defenderlos con eficacia? “*La pluma del periodista vuela mejor en los talones de Mercurio...*” La frase le hizo gracia y ¡trato hecho! A veces una sola frase viene a dar el toque final a las cosas que, en un principio, parecían irrealizables.

Después de la entrevista, Arnulfo y yo nos hemos ido al hotel locos de contento. Hemos pedido una botella de champaña para celebrar tan fausto acontecimiento. El hotelero nos ha fiado dos botellas más. La rueda de Fortuna dio ya la vuelta formidable. “La Voz del Progreso” tendrá cuatro páginas. Yo me encargaré del artículo de fondo; Arnulfo, que será el Jefe de redacción, de la distribución de noticias. A lo hecho, pecho.

18 de octubre.

¡Qué gran trabajador es Arnulfo! Se pasa las noches estudiando, escribiendo, meditando acerca de nuestro periódico. Con hombres de su fuste sí que se puede trabajar. Otra ventaja: Arnulfo no es borracho. Se contenta con fumar sus buenos puros. Gracias a Dios que Don Ignacio nos provee de los suyos, exquisitos.

“La Voz del Progreso”, progresa. Ya tenemos la imprenta y tenemos también recogido el material del primer número. Hay favorables comentarios respecto a la

aparición de nuestro semanario. Se dice que la idea no puede ser más oportuna, pues la Gaceta oficial no basta.

¡Bendito sea Dios!

1º de diciembre.

Este Arnulfo Andrade es hombre extraordinario. Un verdadero genio del trabajo. También de la intriga. He descubierto que se ha vuelto confidente del Ministerio de Hacienda. ¡Atiza! “La Voz del Progreso” ha gustado mucho en el mundo oficial. También se vende entre el pueblo, a pesar de que hay muchos analfabetos, pero los que no saben leer compran su ejemplar para que otro se los lea, y así el negocio del periódico tal como lo previmos, está asegurado, pese a la ignorancia del pueblo. Hemos echado nuestras cuentas: por cada ciudadano que sabe leer, hay cinco o diez que sin saber hacerlo, compran su periódico. El día que hayan más escuelas, este pueblo será el mejor lector del continente, pues le atrae la letra impresa. Esto, a los gobiernos, no les conviene, menos a los ricos; pero buen cuidado tenemos los periodistas de decirlo: sería matar la gallina de los huevos de oro.

7 de diciembre.

Ahora caigo... Arnulfo le escribe los discursos al Ministro de Hacienda. En mala hora le conté la anécdota aquella del diplomático que quería nombrarme su secretario, todo para que le pergeñara sus discursos. Leyó como de su cosecha algunos salidos de mi propia minerva sin que nunca se le ocurriese pensar en mis honorarios, ¡ni siquiera en un regalito!

Más tarde. Arnulfo me confirma lo de los discursos y, además, me confiesa que le vende artículos al Ministro de esa cartera, para atacar a sus enemigos políticos en pasquines y hojas efímeras. ¡Así anda este mundo de confuso y engañoso!

He de aguzar más el ingenio y el olfato sobre todo...

IX

Aquella tarde el Padre Juan estaba

pensativo como pocas veces. En su cerebro dábale vueltas al asunto, tratando de hallarle una solución favorable. Lolita tenía que casarse con Don Ignacio. ¿Iba ella a perder tan buen partido? No. Esto sería un disparate. En el secreto del confesionario, un día antes, ella le había dado a conocer que estaba perdidamente enamorada de Ignacio, dispuesta a casarse con él, era preciso que él expusiera, simple y llanamente, el caso a su madre. En cuanto a su padre, sentía una angustia indecible al imaginarse sus terribles ademanes, su cólera impetuosa, sus gritos y aspavientos. Lo creía capaz de salir a la calle, pistola en mano, a buscar a Ignacio. Ignacio no se iba a dejar sorprender: era buen tirador y su pulso no vacilaba tembloroso como el de su padre, cuyos achaques, más de enfermedad que de vejez, colocábanle en situación desventajosa frente a un adversario joven.

—Por lo que más quiera, Padre Juan, se lo ruego, vaya a ver a mi mamá—le dijo la pobre muchacha, llorando.

El Padre Juan sentía que de su alma buena y generosa empezaba a fluir abundantemente la piedad como un agua fresca y reparadora.

¿En qué podía turbar la armonía de los mundos el que una linda muchacha se casara con un apuesto y rico varón? ¿No era lógico y natural que esto sucediera y que ambos jóvenes se atrajesen como dos fuerzas impetuosas y contrarias? Eso era, precisamente, lo que algunos filósofos llaman la armonía de los contrarios. Si estas cosas no sucedieran, el mundo estaría ya despoblado. Claro está que la ley natural tenía que ser sancionada por uno de los mandamientos de la Iglesia. En cambio Juan Lanás y la criada de la vecindad, se ayuntan tras el matocho, engendrando dos, tres crios que, ya mayorcitos, irán a incorporarse en las filas ciudadanas. Siempre le había llamado la atención el hecho de que cuando él reconvenía a alguno por no estar casado con la mujer que le había ya dado varios hijos, le contestara: “Vea Padre, usted tiene razón; pero cuando uno se casa, las mujeres se

le arruinan; como se sienten seguras, ya no quieren atenderlo y cuidarlo a uno...” Y tal vez ese hombre, franco y simple, tenía razón. A las mujeres también les daba lo mismo el estar casadas o no. A temprana edad, casi niñas, salían embarazadas del primer marido; luego, el segundo venía a hacerles otro hijo; y así iban teniendo hijos de distintos padres, que se desprendían con la mayor facilidad de sus vidas, irresponsablemente. Y lo mismo veíase en el campo, donde las mujeres acostumbaban juntarse con un fulano sin pensar nunca en legitimar su unión. Las misiones anuales no bastaban en pueblos y campiñas de la República para convencer a la gente de que aquello no sólo era pecado mortal, sino algo muy triste para los hijos, quienes, en incontables veces, crecieron sin conocer a su verdadero padre. Y lo grave era que las autoridades civiles parecían no darle importancia a ese problema, cuya solución dejaban al poder eclesiástico. Los liberales y libre-pensadores, cuando a él se referían, clamaban por el matrimonio civil que vendría sin duda a resolverlo. Mas, para ello, tendría que triunfar la revolución liberal, pues mientras los conservadores mandaran, la ignorancia popular, lejos de desaparecer, iría en aumento. Pero, ¡Dios nos guarde si aquélla llegara a triunfar! La Iglesia perdería su poder secular y bienhechor sobre las masas, víctimas de la prédica demagógica del jacobismo ateo y demoledor, el cual las excitaría a cometer las peores demasías. Esto había ocurrido, por ejemplo, cuando la asonada de San Miguel, el año de 1871, de tan dolorosas consecuencias. No se sabe cómo ni cuándo, la plebe se lanzó contra los ricos pidiendo pan. Tras de cometer algunos asesinatos, se dio a quemar almacenes, casas particulares y a sembrar el odio y la inquietud en el pueblo de esa ciudad, hasta entonces pacífica. El Gobierno tuvo que mandar fuerzas a establecer el orden. La conciencia del país se estremeció ante aquellos sangrientos sucesos, cuya causa no está del todo averiguada aún. Parece que malos ciudadanos, aprovechándose de

la carestía de ciertos productos, achacaron esto a los ricos. Al grito de “¡Cristo está con los pobres!” llegaron al extremo de provocar, en pocas horas, graves disturbios, que fueron sofocados implacablemente por el propio Presidente Mariscal González. Tales estallidos de la plebe, a la cual siempre empujan malos ciudadanos, estaba indicando que algo muy serio se había tramado contra la propiedad privada y la seguridad del Estado; pero ¿por quién, por quiénes? Absurdo sería pensar que por los sacerdotes, o por algunos ricos, burlados en sus ambiciones políticas, ya que no se les podía considerar tan torpes como para que se clavasen el puñal de la venganza ellos mismos. No; en lo de San Miguel hubo una mano oculta. ¡Y esto había sucedido en pleno siglo XIX, en plena República! Pero ahí estaba la explicación a la mano: mientras la familia no estuviera protegida y firmemente establecida, el país no podría llamarse civilizado. El reconocer en la Constitución determinados derechos a los ciudadanos, no bastaba. Había que educar al soberano. ¡Ah, el día en que todos supieran leer y escribir y fueran calzados! Ahora daba grima ver a ese soberano, triste soberano de nombre, borracho y desgreñado, durmiendo la mona en una celda, mientras unos exaltados republicanos proclamaban sus virtudes.

Ante estas consideraciones, el Padre Juan veía empequeñecerse el extravío de Lolita. No había sino vencer la obstinación del General Romero, quien después de hacer una escena, tendría que aceptar el casamiento de su hija.

X

El Sabio pasa las horas en su gabinete de trabajo. Es alto, fornido, de gruesas y abundantes patillas, la nariz corva, delatando al descendiente de conversos, un poco cargado de espaldas, las manos grandes, fuertes, capaces de empuñar la azada o de mantener sin cansancio, durante horas, un pesado libro.

Hacínanse las carpetas sobre su mesa.

En una larga repisa vense esferas terrestres y astronómicas, algunos instrumentos de física. En los estantes de su biblioteca hay volúmenes empastados en cuero jaspeado. Revistas y folletos yacen por el suelo.

El Sabio quiere publicar un libro.

—Basta echar un vistazo a algunos cronistas —explica— para darse cuenta de lo que todavía era esto en tiempos de la Colonia. Había un curioso árbol cuyo corazón, desecado por medio de una preparación conocida sólo de los indígenas, daba un producto semejante al marfil. Esta especie se extinguió a fines del siglo pasado, quizá antes; como irán extinguiéndose otras especies vegetales y animales, si el Gobierno no lo impide con mano fuerte. Por eso me he propuesto dar a conocer nuestra fauna y flora, tan bellas, para conocimiento de los estudiosos. Recibo a menudo cartas de Europa y de los Estados Unidos en las que se me consulta acerca de estas cosas. Yo las contesto siempre pues me anima enterarme de que fuera hay interés por lo nuestro, aunque aquí a nadie le importa nada, si no es la cochina política.

Un rayo de sol brinca en la ventana. Hace calor, pero el Sabio no repara en los accidentes exteriores. Únicamente se halla a gusto entre sus libroles, probetas y demás trastos de su improvisado laboratorio; entre colecciones zoológicas y botánicas. Truene, llueva o tiemble, permanece impertérrito. Trajeado de blanco, driles que alivian el calor de costa que por acá agobia casi todo el año, manipula sus balanzas de precisión y tablas logarítmicas; apunta, comprueba y resuelve problemas de alta matemática. Ni en el cotarro de la Plaza, ni en las tertulias, ni en las fiestas y asambleas, tampoco en los templos, como no sea en el masónico, se le ve.

—Mi espíritu no necesita de templo alguno, suntuoso o humilde, para adorar al Gran Arquitecto...

No es amigo de frailes ni sacerdotes, pero respeta todas las creencias.

—Todas tienden a lo mismo, desde la base del vértice del triángulo donde está

Dios. ¡Qué importa estar situado aquí, allá o acullá si la aspiración de los hombres hacia él es la misma!

El Obispo, que en el fondo no es tan intolerante como ciertos liberales lo propalan, suele preguntar por él, interesándose en su salud y actividades.

Cuando una bola de fuego cruzó por el cielo del anochecer y la gente rompió en llantos e imprecaciones, presagiando males terribles para la República, a causa de que aquel año habían por un descuido dejado caer la imagen del Divino Salvador del Mundo, patrono de la Nación, el 5 de agosto antes de coronar la Plaza, el Sabio trató de explicar lo natural de ese fenómeno; mas con pena y desencanto vio cómo hasta su propia esposa, coreada por la servidumbre, desoyó su juiciosa explicación, acogiendo, con la fe del carbonero, la creencia popular, según la cual, dicho globo ígneo, era la señal de que el fin del siglo traería terremotos, revoluciones, pestes.

En mangas de camisa, calvón y enfebrido, abierto el cuello de pajarita y suelto el corbatín azul, el Sabio contempla con ironía a quienes van repitiendo la absurda especie.

—¿Hasta cuándo esta gente seguirá sumida en la ignorancia? —piensa.

XI

La cocinera india, al servicio en casa del Sabio, anda también por la Plaza Mayor.

Su lacia cabellera, partida en dos trenzas, le cae sobre la espalda. Mete las manos pequeñas en los canastos de la verdura. Examina los pollos y las gallinas, abriéndoles el pico, alzándoles el ala, palpándoles la pechuga bajo el suave plumón del pecho para ver si están gordos. Todo lo va mirando y revolviendo, antes de decidirse a comprar. Su patrona le ha recomendado economizar.

—Fijate bien que no te vayan a vender fruta pasada, como el otro día... ni que te den podridos los huevos... Cuesta ganar el pisto, niña, y mi pobre esposo



no está para tirarlo... No por que lo ves sentado todo el día has de suponer que está de holgazán, como te oí decirle a la cocinera... ¿Crees que no te oí? Te hacés la pasmada y te alzás cuando se te dice algo que no te gusta. Bien se ve que sós pura india, de esas indias fregadas que vienen a la ciudad a hacer de las suyas con los patrones.

Ella la oía como oír llover.

—¡Cuidado, niña! que me vas a romper esa maceta, trapiás a la pura grencha. Prestá... así se hace... Ahora hacélo vos... ¡A la chucha, qué mujer más tonta sós, que no te entra nada de lo que te digo!...

Le gustaba regar el jardincito, en las tardes en que el calor era sofocante y la atmósfera parecía muerta y las hojas de los árboles no se movían. En el traspatio había algunas aves de corral, patos, gallinas, que todo lo ensuciaban y a los que había que espantar a escobazos si asomaban por el corredor. Sólo entonces veía enojado al patrón, que gritaba desde su mecedora:

—¡Sacá a esos animales, María! ¿No ves que se vienen a cagar en todo...? A mí me cuesta dinero este amueblado, que le regalé a la Altagracia cuando nos casamos. ¡Apurate!

No le importaba que el viejo la regañara. Siempre lo hacía igual. Bien se daba cuenta ella de que su cólera debíase a haber tenido que interrumpir su lectura. ¡Qué estudioso el señor! ¿Qué diablos leería? Misterio de misterios. ¿Habría hecho pacto con el Diabolo? Sólo así podía ella explicarse que la gente lo llamara, con admiración y respeto, "El Sabio". ¿Quería decir, pues, que su amo sabía muchas cosas, que ella en su vida llegaría ni siquiera a sospechar? La María se consolaba pensando lo que les predicaba el señor cura a los indios de su pueblo: "Hijitos, el Reino de Dios es de los humildes. La ignorancia, lejos de ofender a Dios, le complace mucho, porque a menudo los que saben son gente descreída que sólo quiere engañar al pueblo con sus prédicas..."

¡Qué bonito su pueblo! Sus tatas la llevaban a la iglesia. La vieja iglesia de piedra, con su campanario bajito, donde estaban las dos hermosas campanas —la Asunción y la María Concepción— que, según decían, el Emperador de las Españas, Carlos V, le había regalado a Izalco. Eran dos grandes campanas de bronce las que todos conocían y oían en las solemnidades. Pero estas campanas no eran las verdaderas. Las verdaderas eran de oro puro. Estaban enterradas en lugar desconocido, en una de las cuestras del camino que conducía a Sonsonate —contaban los viejos—. La María entraba en la iglesia con miedo y su nana tenía que empujarla para que adelantara el paso. Hubiera preferido quedarse en el atrio, mirando cómo reventaban las bombas y cómo los cohetes de vara estallaban en el cielo y viendo tocar el pito y el tambor. Los músicos eran dos indios. El uno sentado en el poyo de la entrada, tenía el tamborón pintado de azul entre las piernas. El otro, de pie, apoyado en una de las columnas, iba con los labios recorriendo los agujeros del pito, del cual salían unas notas largas, dolientes, siempre iguales. El cuero del parche sonaba pausado y hondo, parecía la voz de un abuelo que tratara de callar al nieto, empujado en su tocata tristonía y monótona. A pesar de la tristeza producida por aquellos rústicos instrumentos, la María sentíase fascinada. Soñaba poder tocarlos un día en que los músicos, por un descuido, los dejaran a su alcance. Entonces se acercaría ella, primero al tamborón, que le recordaba la panza del señor Alcalde; agarraría los palos y se pondría a darle, a darle, a darle, a pausas, tratando de imitar el son grave, sonoro, que le sacaba el viejo. Y, después, cogería el pito entre sus dedos, ensayaría una nota, luego otra y otra, y otra, hasta dar con las mismas que el muchacho le hallaba. Dentro del templo había oscuridad y silencio. Las gentes se persignaban ante los santos. Se hincaban de rodillas. Oraban frente al altar mayor, donde otros santos, pintados y bonitos como muñecas, le sonreían desde una hor-

nacina del repujado retablo; donde había jarrones panzudos con flores secas. Más abajo estaba la Virgen, también sonriendo, con la mirada puesta en la lejanía y las manos en arrobó, como queriendo alzarse y volar a las alturas, entre alitas de ángeles y nubes blancas de algodón. Coronando el altar, encima de todas esas imágenes, había un santo de sombrerito con borlas y a caballo, un caballo chiquito, que parecía correr por encima de la Inmaculada Concepción. Si le hubieran dicho que ese otro santo, de barbas y calvo, no la estaba mirando a ella, no lo hubiera creído, tan fija era la mirada que sentía clavársele en el pecho palpitante de niña candorosa, tímida como cervatilla del monte. El santo parecía querer escucharla con las pupilas. ¡Ay! ¿pero qué estaba ella pensando? Ponía la vista ahora en un cuadro ennegrecido, que colgaba en el fondo del altar de al lado. Un cuadro donde las ánimas del Purgatorio asomaban sus cabezas entre llamitas rojas y amarillas. Casi todas eran mujeres y raro era descubrir el rostro de un anciano, menos de un niño. Sí, claro, ahora lo recordaba: había otro cuadro cerca de tonos grisáceos y tristes donde unos niños miraban también hacia arriba, implorando el perdón de Dios. Estaban en el Limbo, el lugar frío y oscuro de que les hablaba el padre cura en el Catecismo del jueves. Ahora la María buscaba el camarín de un altar que la estremecía toda, pero que ella sentía un raro placer en contemplar. Allí estaba el Diablo con su rostro mezcla de ira y de burla, la mirada feroz; con grandes alas de murciélago, un tridente en una mano, la otra agarrada a la cola, una larga cola que se enrollaba como si fuera serpiente. El Diablo huía agachado de los lanzazos que le daba San Miguel Arcángel, hermoso mancebo de grandes y rosadas pantorrillas, de casco y escudo, de rostro altivo y sereno, como los soldados romanos que crucificaron a Jesús. Este era el momento esperado por ella con curiosidad casi malsana, a veces con terror cuando era ya tarde y las velas carpadeaban frente a los santos. Pero no

era ese terror causado por el Diablo, que, al fin, ya iba huyendo seguido por el implacable Arcángel; sino por la calavera que cerca de allí, se exhibía sobre un altarcito de madera, pintado de blanco, debajo de la talla de un santo encapuchado y pálido. La calavera reposaba entre florecitas malvas y amarillas. Sus mandíbulas parecían abrirse en un bostezo prolongado y horrible como si todavía exhalara el alma del difunto. Se decía que era la de un párroco a quien por su piedad los fieles veneraban, y de quien incluso se refería más de un milagro. Después de recorrer el templo en sombras, de pararse a mirar los altares y de sentir aquellos sustos, salía detrás de su padres, quienes, luego de haberle prendido una candela al santo, regresaban al rancho, en el pueblo de abajo, tranquilos y callados.

* * *

Camina despacio. Lleva el pesado refajo ceñido a la cintura. Blusa de manta que deja adivinar los pechos a los que apunta recia cruz de plata, de la cual penden macacos coloniales que cuelgan de un collar de pita.

Un soldado la viene siguiendo. Quiere hablarle y pegársele al flanco. Ella apura el paso hasta perderse un instante entre la gente.

Su indiferencia espolea la curiosidad del soldado, que se le va acercando, que se le acerca ya, a quien tiene al lado y ya le está agarrando la punta del rebozo. La india, furiosa, tira de su prenda.

—Indio atrevido, ¿vas a dejar por fin de molestar?

—Escuchame, linda, quiero decirte una cosita...

—No quiero saber nada, ¡andáte!

—Oíme mamita preciosa, quiero hablarte.

—Déjame... Sólo porque llevan uniforme se atreven a molestar a las mujeres. ¿Qué te estás creyendo que soy?

—Hacéme caso, chula.

—Soy una mujer honrada.

—Por vida tuya, hacéme un favorcito, pue...

La india lo deja plantado, comentando con rabia:

—Debieran tenerlos encerrados en el cuartel.

El soldado se mete la mano en el bolsillo y saca una moneda de a peso. La María le grita a la cara:

—¡Indio, hijo de puta! —y ya más serena, el canasto sobre la cabeza, se aleja de la Plaza aparentando indiferencia.

* * *

Su amante le ha prometido sacarla del servicio. Siéntese la María ilusionada. Además, no es justo que “El Barcino”, como apodan a su hombre en el pueblo, se aleje sin motivo.

“El Barcino” es un indio prieto, fornido, astuto. Un tiempo dejaron de verse, cuando él anduvo huyendo por la costa del Bálsamo a causa de una muerte.

Fue para la fiesta del Santo patrono. En un anochecer, tras un día de libaciones de chicha, los dos hombres riñeron y echaron luego mano a los machetes.

—¡Te voy a hacer picadillo! —le gritó “El Barcino” a su rival. Y, sin darle tiempo a parar el golpe, le asestó un machetazo en la cabeza.

En seguida saltó por un cerco y se perdió en el monte. El otro quedó tendido en el polvo, desangrándose. Al fulgor de las llamas del volcán en todo su bárbaro esplendor, lo vio por última vez, boqueando, feo y contraído por una mueca de rabia impotente.

—Ahí que se lo coman los zopilotes...

Atravesando la maleza, tropezando aquí, parándose allá a escuchar los ruidos sospechosos, “El Barcino” echó por Caluco, siguiendo el curso de uno de los arroyos, que, a través de tupida vegetación, van a dar al mar, presentido y olfateado tantas veces, sin que hasta entonces le hubiera sido posible verle, si quiera desde una loma lejana, el lomo azul y centellante.

Temiendo la aparición inesperada de la patrulla, dispuesta a cazarlo, con la imaginación desbarajustada, “El Barcino” se detuvo junto a un riíto, que en aquel sitio

formaba una poza, bajo la copa amplia y oscura de un chilamate, entre bejucos y plantas. El agua, como a las fieras, lo calmó. Sentóse en una piedra grande a contemplarla.

Sereno ya, se puso a pensar. Pensó en ella. En la María. Echaba tortillas de maíz tierno sobre el comal, en el rancho de sus padres. Acostumbrada a espiarla desde el cerco de piedras, por entre las matas, cargadas de racimos de plátanos, de la huerta verde y húmeda.

Alargó la mano, todavía caliente por la sangre alterada, hacia el agua tibia y clara. Haciendo un cuenco con las manos, bebió con avidez de bestia.

Pegado el oído a la tierra, abriéndose paso entre los cocotales, saltando cercas, vadeando ríos, se perdió en la selva.

Dirigióse hacia los balsamares, majestuosos como dioses, de cuya corteza brota un líquido fragante que cura las heridas.

* * *

Un temblor la electriza el cuerpo cuando piensa en él. Temblor de deseo en las espaldas, en el vientre, en las plantas de los pies. Picando el paso, se acerca a una casucha sola en el campo. Desde aquí se ve el cerro. Empuja, indecisa, la puerta de tramazón de varas; mira hacia adentro, tratando de ver si la vieja ha oído sus pasos, y entra.

El candil, en el suelo de tierra apisonada, hace danzar la sombra contra la pared. El rostro ancho y grasoso de la vieja, sonríe. La ofrece un taburete y, dándole una palmadita en el hombro, confanzuda e insinuante, le pregunta: “¿Qué te trae por aquí, hijita?”

Dándole vueltas a la punta del rebozo, tímidamente como si estuviese ante un hombre, ella trata de explicarse.

—Es que verá, señora... “El Barcino”, así lo llaman, el hombre que quiero, no lo miro... desde hace tiempo... Debe un freno... Hirió a uno en el pueblo... Huyó... Pero a veces me buscaba y ahora hace ya tiempo que no sé de él... Quisiera saber si otra...

La vieja la mira de reajo. Bueno es

hacer hablar a las clientes: una palabra, la entonación misma, arrojan a veces un chispazo iluminador.

La luz temblona, hedionda a sebo, desvanece las figuras en la penumbra. Hay unas palmas benditas puestas en cruz sobre la pared; un camastrón al fondo, y, en medio de la vivienda, una gran olla donde la vieja prepara sus menjurjes.

En una de las renegridas paredes, pintado con tizne, está el diablo, cuya traza no puede ser más torpe. La criadita se inquieta.

—No te asustés —le dice la bruja—, que nada te puede hacer mientras yo no lo invoque, mientras no me dirija a él en mis oraciones para que se fije en vos. Vamos a hacer la cachá.

La vieja remueve en el brasero unos carbones; deja caer sobre las brasas granos de mirra mezclados con ruda y chile seco, mezclanza a la que añade unas gotas de perfume. La india, desasosegada, se pregunta: “¿En qué irá a parar todo esto?” Por momentos se arrepiente de haber venido. Sabe que no se debe invocar al Diablo, pero su deseo de ver al Barcino es impetuoso. Quisiera decirle a la vieja que apure.

Inclinada sobre el brasero, agita la vieja las brasas, ahora con un soplador de tule, farfullando una oración. Sube el humo por entre el cual parece sonreír el Diablo con una sonrisa extraña, como de burla o de amenaza. Atraída por esa sonrisa desvergonzada, ella no deja de mirarlo. Y ya un poco embriagada por el sahumero, cree que es el mismo Barcino, en persona, quien le está sonriendo malicioso.

XII

En los aleros de las casas, están los zopilotes, al acecho de algún perro o de algún gato muerto. Cuando esto no sucede, andan a la presa, en los montones de basura, de los desperdicios que la gente deja por ahí en medio del polvo de la Plaza Mayor. Ese polvo amarillento que, de pronto, una ráfaga de aire levanta en nubes, que van a perderse en las cuatro

esquinas. “Es el demonio” exclaman las viejas beatas cuando, al salir de la Catedral, se ven envueltas en el torbellino. “Es el demonio” repiten persignándose una detrás de otra, en el atrio, como si el propio viento las espantara con sus irreverentes y locos manotazos.

Los zopilotes le hacen rueda a un pedazo de carroña. Parecen funcionarios que, enfundados en sus negras levitas, con la cabeza grisácea al rape y de polainas grises, se aprestan a realizar un rito nauseabundo, consistente en disputarse a picotazos una tira de carne rojiza y maloliente, una pata amarilla de gallina a medio comer, un troncho de repollo, restos de comida volcados de un canasto por los voraces buitres.

*Nos avergüenza el patrio zopilote
¿acaso por su tetra catadura?
O bien ¿su gusto por comer basura,
o su oficio ominoso en el garrote?*

*Ceniciento, arrugado, es su cogote.
Del águila heredó la cerviz dura.
Burlesco afea sin querer al cura.
Del rastro eternamente es el pegote.*

*¿Qué hubiera dicho en viéndolo Quevedo?
Callaría tal vez sin decir nada.
Pero al volver las gafas al rapaz*

*observando diría que es remedo
del águila o del cóndor y mordaz
se tiraría recia carcajada.*

A la hora de la siesta los zopilotes dormitan hundiendo el corvo y recio pico negruzco en el plumaje áspero del pecho, alineados como guerreros indios a todo lo largo de la cornisa del viejo edificio de la Alcaldía. Su actitud de guardianes edilicios contrasta con la ausencia de alguaciles y escribientes, que andan acaso holgando.

Para el Sabio, la existencia de estas aves es necesaria, casi providencial. Hacen las veces de tren de aseo, engullendo inmundicias. En las horas muertas del bochorno, sólo se oye a veces en los tejados

el aspavientero batir de sus grandes alas negras orladas de blanco. Se les ve luego emprender ruidosamente el vuelo hacia el cercano campanario de la Catedral, donde el sacristán, adormitado, olvidóse de tocar las campanas para llamar a los canónigos al rezo de las tres de la tarde. Es entonces cuando los zopilotes se atreven a bajar a la Plaza. Se acercan a los velachos, tratando de halar con sus picos las mantas puestas encima de las ventas. Al ser sorprendidos en su faena, huyen dando saltitos, arrastrando las alas extendidas y dejando caer más de una pluma.

Los zopilotes siguen su vuelo por encima de la explanada hasta asentarse en los tejados de las casas vecinas, rasguñando las tejas con sus garras unos, mientras que otros se encumbran hacia lo alto, como queriendo tomar vistas fotográficas de la Plaza Mayor que bosteza todavía de murria.

XIII

El señor Presidente de la República —sombrero de copa, banda de seda con los colores nacionales cruzándole el pecho, pomo de oro el bastón, leva ceremonial—, atraviesa la Plaza, acompañado de su séquito: oficiales de la plana mayor, cubiertos de entorchados y alamares, quepis franceses, roses españoles, en pintoresca puja de uniformes.

Lo acompaña su gabinete: pro-hombres de las principales ciudades del país. A su lado el Obispo de la Diócesis y el Ministro de Guerra. Aquél, de arrogante prestancia, nariz aguileña, rostro fino y sutil de prelado que conoce las caricias gatunas; éste, alto, desgarrado, cobrizo, los bigotes lacios, enfatizada su figura de espadón por el dolmán azul del cuerpo de cazadores franceses, por un ros charolado a usanza de los guardias de corps, y por un sable con el que barre el suelo.

El sol hincó sus buidas saetas en las calvas de los curas viejos y pone pulgas traviesas en los levitones de los ministros y en los forros de las casacas militares. Una mosca irreverente revolotea en torno al solideo de su Ilustrísima. Es el tiempo

de los calores sofocantes. Se ponen las tormentas, anubarrando el horizonte y exacerbando la temperatura, de por sí hartó caldeada.

Van los guardaespaldas y edecanes detrás de su Excelencia confundidos entre la gente de loba y la de armas. Temprano ha habido dianas y alboradas. Para la noche se anuncian juegos de caña y concierto de la banda regimental. Es día de alborozo, de visitas al barrio del Calvario, en donde la mengala de mantón de manila, botines lustraditos y cadena de oro cayéndole sobre el busto, bailará con el señor del centro en la casa de la Capitana del barrio, en tanto que por las estancias y corredores repletos de invitados, pasan los sirvientes ofreciendo refrescos de horchata y de canela y azafates colmados de marquesotes y confites. El señorío del centro alterna, en estas reuniones verdaderamente populares, con los habitantes de los barrios.

El Presidente y el Obispo Diocesano han salido esta mañana a pedir para las obras de la Catedral, destruida no hace mucho por un terremoto; aquella pequeña pero sólida Catedral de principios del XIX, construida por el Padre Delgado, y que se levantaba frente a la Plaza con sus muros de mampostería y chatos campanarios. En el altar, entre flores y oros, álzase la imagen —pequeña y delicada talla colonial— del Divino Salvador del Mundo, patrono de la República.

El Presidente y el Prelado se encaminan hacia las afueras de la ciudad. Los ministros conversan. Los militares, severos en el cumplimiento de la ordenanza, van en silencio. En una bocacalle, el séquito se pierde. La Plaza continúa rumorosa. Chispea el sol. Los toldos multicolores semejan el refajo de una india. Los marchantes discuten con los clientes. Hombres, mujeres y niños se apiñan ante las ventas. Los vagos y rateros husmean para aprovecharse de algún descuido y hurtar. Los mendigos levantan la mano seguros de que caerán más monedas que de costumbre, pues la gente se muestra ahora rumbo.

A la Feria viene gente de toda la República y de los otros Estados. Se ven mercaderes del Perú y del Ecuador. En el tiangué se ven mulas de buena alzada, caballos de suave trote, asnos de las tierras frías moviendo sus largas y peludas orejas al descubrir las ancas de las yeguas. Los chapines exhiben sus cosas: pimentones, chiles y especias; perotes, membrillos y manzanas, que traen en sus acémilas por entre los cerros. Son indígenas de dulce voz: "Compráme, patroncito, no te vayás sin comprarme. . ."

En las cercanías están los chinos con sus ojos de ranura de alcancía —las gordas y brillantes alcancías de barro de Ilobasco—; con sus trajes a la usanza oriental; ellas con sus rostros de porcelana, tersísimos; ellos, atrayendo con sus largas trenzas la curiosidad y la burla de los muchachos y de los palurdos. Los chinos, tan callados como los indios, y a las veces tan parecidos, venden objetos de porcelana, jarrones, estatuillas de madera; arconcitos finamente labrados de los cuales se escapa aroma a sándalo; trípodes de madera finamente tallada y esmaltada de negro; toda suerte de baratijas primorosamente hechas.

La policromía de los tenderetes y las diferentes voces y acentos, se funden en un solo torrente de luz, sonidos y color.

XIV

Satisfecho se encuentra el ex-marino, transformado ahora en banquero. ¡Qué lejos contempla su juventud vagabunda, desenfadada! Se pasa el dorso de la mano por las patillas entrecanas. En su mirada tranquila hay contento. Aunque no es baladrón, no deja de admirar, allá en su fuero interno, su empuje y audacia.

Ya no están los tiempos para derrochar energías en hazañas guerreras, como hace tres siglos. América ha sido más que descubierta. El invento de Fulton ha revolucionado no sólo el arte de la guerra, sino también la industria. ¿No soñó Napoleón con invadir la Gran Bretaña por medio de una flota movida a vapor e incluso de

naves sumergibles? En Norte América y Europa surgen fábricas que representan el ingenio y constancia de los hombres que manejan las finanzas en el mundo. Así ha podido observarlo él en Inglaterra, también en Alemania y Francia. Sólo en su patria, España, desgarrada por luchas dinásticas, pareciera que este innovador espíritu chocase con fuerzas poderosas y seculares. Bien hizo él en venirse a América. Un español más que, dejándose de vanas ilusiones y quijotismos, echó un día por la borda la tradición y los lazos familiares, al parecer irrompibles, a fin de realizar el sueño de uno de sus antepasados que obstinadamente gestionó, sin ser oído como Cervantes, un destino en las Indias. Se enorgullecía de haber llegado a estas dilatadas y pródigas tierras no como un pobre inmigrante, hacinado con otros muchos en la bodega de un barco, sino como un señor, si bien en calidad de segundón empeñado en conquistar un puesto al sol con el vigor de su brazo y la habilidad de su ingenio. Allá que se quedaran para uso de la vanidad local los recuerdos históricos: Santiago Apóstol trucidador de moros de retablo, el Cid Campeador y la batalla de Guadalete. Que su hermano el mayorazgo vegetara disfrutando de la hacienda heredada, no ganada a pulso, envejeciendo junto a la lumbre, en zapatillas y gorro de dormir, en beata soltería mal humorada y sucia. ¡A él la vida anchurosa y sin trabas en esta América libre!

El mar lo acostumbró a enfrentar las situaciones súbitas y peligrosas. Navegando se sintió cada día más independiente y dueño de sí, menos confinado al recuerdo pacato y sentimental de una parentela prendida a antiguas glorias, y cuyas únicas diversiones eran la romería anual entre gañones y mozanconas, la tertulia con el alcalde, el cura y el boticario, en la cual siempre se habla de lo mismo. El no había nacido para vivir criando molleja, pegado como ostra a la vida provinciana y placiéndose en el chismorreó. El mar lo volvió disciplinado, exaltó su individualismo, el individualis-

mo de la casta, tal vez un defecto, pero que, canalizado, podía aún aprovecharse en empresas dignas de una era en que estos nuevos países querían hacer oír su voz, en medio del concierto universal.

* * *

Don Ignacio está sentado ante su amplia mesa-escritorio, dando órdenes a sus subalternos, firmando documentos mercantiles, recibiendo a la clientela, discutiendo asuntos de importancia con su abogado. Por las tardes, luego de dar un paseíto por la Plaza Mayor en compañía de un amigo, regresa a su casa donde lo esperan la mujer y los hijos, la mecedora de mimbre y el buen tabaco cubano. Una copita de ron cae bien de vez en cuando. Es agradable entonces pasar revista, en sosegada charla, a los sucesos de que hablan los papeles o que son la comidilla, más o menos salpimentada con anécdotas y chistes, de "mollejones" y tertulias, como la renuncia de un ministro, un baile oficial o el matrimonio inesperado de una señorita conocida o los alifafes de Su Señoría el Obispo Diocesano, en fin, cuanto merece comentarse en las apacibles horas de ocio que siguen a los afanes diarios en la oficina o en la escribanía.

Don Ignacio acaba de hacerse cargo de la única compañía de vapores que tocan las costas del país. Hay una sucursal de su casa en el puerto de La Libertad, adonde cada fin de mes suele ir con uno de sus contadores. Pese a lo enfadoso del viaje, dos días a lomo de mula, parando en el pueblo de Zaragoza, lo acompaña doña Lola, madre ya de dos hijos.

Un día, después de dar una vuelta por la playa, le contó sus impresiones a su mujer:

—Yo estaba sentado a la orilla del mar cuando pasó el barco. Iba un marinero asomado a la borda cantando alegrement. Mi viejo amor al mar inundó otra vez mi pecho. Me imaginé a bordo. Quise, por un instante siquiera, ser aquel grumete desocupado que, de niño, contemplaba en la portada de una revista... Las olas

rompían en la playa con rumor constante, acompasado, bañando la arena y dibujando cendales de espuma. Mi vista seguía con nostalgia la estela del barco, que se volvía cada vez más chico, para perderse un rato después, en la inmensidad del Pacífico...

Ha embarnecido Don Ignacio. Ya no lleva patillas. Su rostro apacible, sus ojos claros sonríen cuando habla de los hijos. Su principal asociado y hombre de confianza, es el General Romero. Juntos se les ve por todas partes. Don Ignacio anima con palabras cariñosas a su suegro, a quien el reuma le atenaza las piernas.

—¡Caray! Esto es insoportable... Ya no puedo más... ¡Esta vida es un tormento! —exclama agachándose para sobarse la adolorida pantorrilla con la mano, teniendo la otra aferrada al bastón.

—Si no fuera por mi fiel báculo —agrega— ya me hubiera roto la crisma...

Está más hinchado del vientre. Poco después vuelve a sus chistes y a relatar alguna anécdota de sus buenos tiempos.

—Verá usted, verá usted, mi amigo. En aquella campaña la mala suerte se cebó en mi triste humanidad. No fue la estrategia, no, lo que fracasó en aquella ocasión. Fue el destino, las estrellas, el azar o como quiera usted llamarlo. Acá las cosas suceden de otro modo. No valen métodos europeos ni cosas por el estilo. Del suelo emanan rayos turbadores, desconcertantes, que ni el más astuto o hábil zahorí podría descubrir. Estas son tierras embrujadas, como si sobre ellas pesara la maldición de los antiguos sacerdotes y caciques. Sólo así me explico mi fracaso. Cuando uno viene de Europa ¡cuántas tonterías trae en la cabeza...! América es un continente todavía desconocido. A mí las balas nunca me asustaron. Pero sí me pusieron carne de gallina los silencios nocturnos del monte, poblado de voces extrañas, como si los árboles hablasen y las piedras se moviesen por sí solas y dialogasen en la lengua conturbadora del sílex. La naturaleza toda está aquí impregnada de misterio. ¡Mentira lo que nos cuentan allá de estas tierras! Yo qui-

siera que se diesen una vueltecita por acá los políticos, que, desde su despacho en Madrid, asumen aires omnipotentes y pretenden de un plumazo resolver sobre Cuba. Mejor les estaría meterse en la manigua... Todo aquí es desmesurado. Yo no había visto dragones, que sólo creía existieron en los afiebrados magines de los caballeros andantes, hasta llegar a América. ¡Menudo susto el que me llevé un día, en Colombia, yendo de caza en compañía de unos indios, al dar de manos a boca con un caimán enorme! Abrió las fauces al vernos, haciendo girar las enormes cuentas de vidrio de sus ojos, que asumieron de pronto un vivo color rojo, llameantes, como si en vez de ojos llevase dos linternas potentes; moviendo la larga y escamosa cola con un ruido sordo, como si un gran tronco de la selva, desgajado por el rayo, se hubiera puesto a arrastrarse. Yo le apunté con mi escopeta. ¡Pobres de nosotros si uno de los indios no logra advertirme a tiempo! Aquel monstruo nos hubiera devorado a todos de unas cuantas dentelladas. “No mi amito”, me dijo el indígena, “corramos dando vueltas para que nos nos dé alcance...”

Llenos de terror los indios se alejaron por la playa, bañada de sol, danzando como endemoniados. Y yo detrás de ellos, sin dejar de mirar al enorme saurio. Nos metimos en la espesura y el indio más viejo se persignó temblando. Del susto, me dejé olvidada, a la orilla del río, la escopeta que me regalara el Sultán. Todavía la echo de menos con sus incrustaciones de oro y nácar; pero el dragón del Magdalena hubiese dado buena cuenta de mí si se me antoja regresar por ella... Y, ahora, quiero contarle a usted algo que me acaeció yendo por Sierra Morena. De unas rocas aparecieron de repente los Siete Niños de Écija armados de sus trabucos naranjeros, en siete mulas, rebrillándoles las focas a la luz de la luna, envueltos en sus capas y con sus calañeses. Apuntaron a la diligencia. El cochero la detuvo al grito de “¡Alto!” que dio el bandido más feo, un gitano de rostro acuchillado y grandes patillas. “¡La bolsa o la vida!”,

agregó otro de los asaltantes, un hombrecillo retaco y vinoso, jinete sobre una jaca oscura y caracoleante. De la diligencia fuimos bajando los viajeros: una monjita de Alcalá de Guadaira, un cura viejo, un torero y yo. Al ver al espada, uno de los bandidos exclamó: “Ojo con ése, muchachos!” El torerillo se le quedó mirando fijamente y pronunció estas palabras: “¡Válgate, bribón, el que me haya olvidado mi estoque; si no ya te lo habría metido entre las costillas!”.

—¡Olé los hombres! —dijo uno de los Niños, y sacando un pellejo de vino y luego de empinarlo con amor, lo pasó al torero, quien aceptó sin decir palabra tan inesperado homenaje.

El General interrumpe su cuento para seguir con la vista, golosamente, a una criadita, que va de compras al mercado, moviendo las caderas acompasadamente. El viejo tose con malicia y suspira.

—Nada de tristezas— le dice su yerno—, que tiene usted para rato...

XV

La señorita Bonnay, rubita de nariz respingona, luciendo brillante vestido verde de lentejuelas y cubiertos los brazos con largos guantes negros de punto, acaba de aparecer en el escenario del teatro, en esta noche del estreno de la “Compañía de las Maravillas”.

Uno de los servidores saca el xilófono.

Entre bastidores, el Director, nervioso y de frac, espía, refregándose las manos, al numeroso público, por un agujero del telón, y, mentalmente, hace sus cuentas.

La señorita Bonnay comienza a tocar el xilófono con los macillos: las notas saltan, el público escucha arrobado. La simpática artista ejecuta otra pieza pedida por el público, que la aplaude con entusiasmo. Ella es dulce, modesta y bonita.

Sale ahora otra señorita: la violoncelista.

Posee tan exquisita sensibilidad como la Bonnay; pero, terminada la primera pieza, los aplausos no han sido tan espontáneos como en el número anterior.



La joven toca bien, tiene acaso más distinción y aplomo que la anterior, pero ya se ve que el público es a veces caprichoso.

Mister Horst es norteamericano. El alambre está ya tendido de un extremo a otro del teatro. Por precaución, numerosos espectadores abandonan en este número sus asientos, y van a colocarse al lado de los palcos para contemplar desde allí, de pie, la ascensión y deslizamiento del artista por el tenso cable.

El funámbulo salta rápido del suelo al alambre, entre una fanfarria de la orquesta.

El público síguelo anhelante. El hombre del alambre, de chistera y levita, pantalones ajustados, hace molinetes con un bastón e inicia lentamente la marcha sobre el vacío.

Los espectadores contienen el aliento. Cuando Horst, sonriente, aéreo, ha atravesado el teatro de un cabo a otro, desliziéndose como por amplia y pulida superficie, la tensión se rompe, estallando el público en un solo, prolongado aplauso.

El bastón y la chistera ruedan por el tablado, pues el artista parece quiere sentirse en tierra más liviano.

A los acordes de la orquesta entran presurosas tres lindas ciclistas dirigidas por Mister Brown.

Son tres muchachas sonrosadas, cuyas faldas, ligeramente abiertas hasta donde la decencia lo permite, déjanlas en libertad de pedalear los casi ingravidos velocípedos metálicos, que, de súbito, se separan por el medio, quedándose las conductoras pedaleando una sola rueda.

En seguida las velocipedistas trazan círculos y figuras, enlazándose entre sí. Mr. Brown, su profesor, serio y comedido, en el centro del escenario, parece un aristócrata venido a menos.

Las chicas no cesan de sonreír. Los radios de las ruedas se borran con la velocidad. Los altos y arqueados velocípedos, vueltos a juntarse, acompañan ahora a la orquesta en un vals. El artefacto de enorme rueda delantera, cede dócil al pedaleo de las apuestas mozas, quienes des-

aparecen por un lado del escenario, haciendo una leve inclinación de cabeza para saludar.

La pareja Orday sale ante el público, ella un poco más joven que él, ambos sonrientes como quienes se preparan a realizar algo noble y sencillo.

La señora Orday luce falda oscura, blusa de seda blanca y lleva el pelo recogido en la nuca. Orday y su mujer trabajan sólo con las manos.

El señor Orday pone en la punta de su nariz una vara, sobre la que su mujer coloca una fuente con el servicio de té. Extendiendo los brazos, el equilibrista empieza a lanzar bolas multicolores hacia arriba, las cuales caen limpiamente en sus manos en un subir y bajar ininterrumpido.

El número se titula "five o'clock tea".

Contorsiones horribles hasta hacer "el nudo de la corbata", tal la especialidad del mayor de los Daven. Todos ellos tienen los miembros dislocados, caen elásticamente al suelo, rebotando como pelotas de goma y haciendo los más grotescos ademanes, en las actitudes más descoyuntadas.

Parecen estar deshuesados: únicamente músculos y piel, masa humana inmóvil o saltante. Reptan y se arrastran para erigirse al instante como impulsados por un resorte. Meten la cabeza entre las piernas; enrollándose, manos y pies unidos en un montón de miembros palpitantes y confusos; quédanse en un solo pie como las cigüeñas, mientras saludan con el otro por encima de la cabeza.

Benedetti ha salido a escena. Más parece un anarquista que miembro de esta compañía de cantantes, músicos y volatineros. Ojos negros, cabellos negros, crespo bigote negro, acaban de acentuar lo fiero de su figura.

De una panoplia que está colgada al fondo, Benedetti desprende un largo puñal, lo blande ante el público, haciéndolo rebrillar y exhibiéndolo en sus dos filos, con la misma fruición de un guerrero antes de hundírselo en el vientre a un enemigo.

El público está pendiente de sus meno-

res movimientos y no se oye volar una mosca.

Benedetti, luego de pasear su arrogante y tremebunda figura ante los espectadores, se dirige al centro de la escena, se arro-dilla respetuoso y, tomando el arma con las dos manos, empieza a engullirla poco a poco con sumo esfuerzo y cuidado.

—¡Oh!... ¡Ah!...

Apoyando más firmemente la rodilla en el tablado, el hombre hace aún mayores esfuerzos por tragar: la mitad de la hoja está ya en su garganta, que no se altera. Otro empujoncito, y el pomo del arma desaparece, para ir a perderse en lo profundo de su esófago.

—¡Qué tragaderas! —grita alguien desde la galería.

Benedetti se levanta, sonríe desde la espesura de su formidable mostacho, se inclina ceremoniosamente y recoge satisfecho, con gentil ademán, los aplausos que rebotan en las tablas.

La orquesta toca una marcha anunciando la aparición del “Caricaturista Eléctrico”, señor Merry.

Se trata de un hombre bajito y agitado; de ojos vivaces, el pelo crespo, ce-trino y de pobladas cejas; rostro enjuto, ganchuda nariz, nervioso, y que fuma como una chimenea.

Bajo el brazo lleva una carpeta, de la cual saca una cartulina. Siéntase en una butaca, cruza la pierna con desenfado, y, después de echar una mirada desafiante al público y buscar entre él a su posible víctima, lápiz en ristre se prepara a realizar su tarea.

Considera que su trabajo no es el de un jugador, sino el de un artista de categoría. No tiene músculos que lucir ni habilidades estrafalarias que presentar. Ni funámbulo ni prestimano engañabobos. Se ha preparado en una academia de arte y de ahí que vea por encima del hombro a sus compañeros.

El Director, complaciente, escoge a un señor de las primeras filas que le parece hombre importante, acaso un funcionario gubernamental, señalándoselo al caricaturista, que, tras de medirlo de arriba abajo

entrecerrando los ojos con la cabeza echada hacia atrás, en un dos por tres coge al vuelo sus rasgos más salientes. Se levanta y pasea su “obra maestra” ante el público. El retratado, cohibido por la rechifla de los bausanes del “gallinero”, da las gracias. No todos pueden contemplar el dibujo; pero el número está justificado, y con creces, por el murmullo aprobatorio de las filas más cercanas.

El “clown” es un enano, el enano Lom-bín, rubicundo como una manzana de California. Va vestido estrambóticamente y lleva en la coronilla un sombrero diminuto y rojo que se quita y se pone a cada triquete, estrujándolo.

En su media lengua, exclama: “¡Oh, qué lindo!” y espeta a seguida un chiste, que la gente celebra más por el modo pueril como lo dice que por su gracia. Saca luego una puertecita, que pone en medio de la escena; entra muy serio en ella, y, después de atravesarla de un brinco, se la echa al hombro y desaparece.

La fama precede a la “troupe”. La Compañía de las Maravillas posee un estereoscopio en el que, durante los intermedios, los niños y no pocos adultos se divierten mirando panoramas y figuras de bulto.

Diariamente, desde muy temprano, el público se agolpa frente a la taquilla del teatro. Los boletos se agotan rápidamente. Ante tal éxito, rotundo, indiscutible, el Director de la Compañía ha rebajado, a la cuarta función (siete se han dado en total y han sido reseñadas en la Gaceta del Gobierno), el precio de las localidades. La gente se abalanza a adquirirlas. Hay discusiones y riñas a la entrada. En los entre-actos se oyen, desde la galería, gritos des-templados, silbidos, golpes escandalosos y molestos con bastones y paraguas, tac- neos y otras muestras inciviles de impa- ciencia. Esto ha provocado la repulsa de la platea y de los palcos y las airadas cen- suras del redactor oficial.

XVI

—Yo no sé lo que se cree este hijo mío

—decía de César su madre. Ella era una señora sencilla, sin vanidades, crédula y amiga de socorrer a los menesterosos, que acostumbraban a llamar a su puerta todos los sábados. Salía ella a recibirlos seguida de las criadas, y les repartía panes y monedas, ropa usada de los hijos, calcetines, camisetas y, los días festivos como Navidad y Año Nuevo, hacía entrar a sus pobrecitos y los sentaba a una gran mesa, en el traspatio de la casa, donde les servía un almuerzo abundante. El Obispo Diocesano celebraba las virtudes de doña Lola elevando las manos al cielo:

—Es una gran señora, digna de las bendiciones del Altísimo, y cuyo ejemplo deberían imitar otras señoras.

Don Ignacio aprobaba estos actos caritativos. Sólo César rezongaba, censurando a su madre, abiertamente, ante los empleados de la oficina:

—Nos va a dejar en la calle. Esto es intolerable y absurdo. ¡Figúrense! Instalar a esa gentuza en nuestra casa...

Crispín que era el hombre de confianza de Don Ignacio, su mano derecha, le objetaba:

—Pero, César, no sea usted así. Hay que ser desprendido. Si alguno no necesita quejarse por lo que gasta, es usted, que ha tenido la suerte de venir al mundo entre sedas y encajes.

—¡Cállate, adulón! —le gritaba furioso César.

Crispín, alebronado, volvía la vista al Libro de Caja, o al Libro Diario, o al Libro Mayor, y seguía apuntando números, llenando las columnas y casilleros con números, muchos números, verdaderos ejércitos de cifras que invadían la tersura de las páginas, rayadas de azul y rojo en los márgenes. Era un hombre alto y enjuto, de nariz larga y enfática, de patillas abundosas, siempre en mangas de camisa y de chaleco, con los ojillos traviesos e inquietos bailándole en el rostro chupado y raposo. Su voz era chillona. Y con los humildes mozos de las fincas, con la gente cecita sufrida y oscura, era grosero y tiránico. Al que le caía mal le regateaba el sueldo. Fumaba sin descanso y, a veces,

le daban estrepitosos y desagradables accesos de tos que resonaban cavernosamente en toda la oficina. Era hijo de un extranjero con una mujer del país; él también se creía por esto un ser privilegiado. Miraba por encima del hombro a los mestizos oscuros, y a los indios desarraigados y de caites que se atrevían a rozar su flaca y ruin humanidad.

—No sé cómo pueden llamar gente a éstos —solía decir señalando con la barbilla antipática a los hombres del pueblo. Dentro de sí soflamábalo el orgullo pueril de ser de otra casta, de llevar muchos glóbulos de sangre europea en sus venas, que jamás se hincharon levantando un saco de café en las fincas de su amo, ante el cual se sentía mínimo y genuflexo. Aquel hombre largo como un paraguas, enfundado en su traje raído, metiendo siempre las narices donde no le importaba, encorcoraba a César.

Este había heredado los defectos de su abuelo el General Romero: la petulancia, el desdén para la gente humilde. No le importaba saber que su padre había sido un luchador, un hombre de mar un tanto aventurero que, a fuerza de trabajo e ingenio, también de intrigas, había ido encumbrándose hasta llegar a ser uno de los personajes más influyentes del país. César, en su megalomanía, se olvidaba de ello y soñaba que era dñque, conde, descendiente dichoso de una familia perilustre de complicado árbol genealógico. Esa mentalidad chocaba en aquel medio ambiente donde, como decía El Sabio, “Fácilmente topa uno con el abuelo caitado y la abuela de refajo...” Igual que la Plaza Mayor, así era el país de pintoresco y llanamente democrático, trajinado por las recuas de mulas de los comerciantes, que iban de feria en feria colocando sus mercancías, un día en San Miguel, otro en Chalatenango, tras el centavo diario, como la mayor parte de los habitantes del país.

El Negro Serapio era el más viejo servidor de la casa. Desde hacía años él y el Tenedor de Libros mantenían incansable pugilato para ganar cada quien la con-

fianza del patrón. Había comenzado a servir a Don Ignacio, recién llegado éste al país, "el año de la polvazón", como decía, memorioso, el Negro. A Don Ignacio le cayó en gracia el mulato vivaz y zalamero, sacristán hasta ese entonces del Padre Juan, como ya sabe el lector. Serapio preparaba las maletas cuando el caballero, oficioso, tenía que acompañar al señor Presidente de la República al puerto de La Libertad, en uno de los viajes de descanso que el mandatario realizaba cada año; o bien cuando, más frecuentemente, Don Ignacio iba a ver cómo marchaba su agencia en aquel puerto del mar, de pequeña rada, en donde los barcos tenían que atracar a distancia de unos dos kilómetros del muelle.

En la calle aguardaba la diligencia. Luego de prepararle a su amo una taza de café bien caliente en un infiernillo, Serapio sacaba las maletas y, con sumo cuidado, las iba colocando en la parte trasera del vehículo. Después de ayudar a Don Ignacio, de un salto subía a su vez en el carruaje y se arrellanaba al lado del cochero.

Cuando doña Lola, después de la cena, se sentaba al piano a tocar viejas romanzas, Serapio se ponía en el patio a escuchar las notas lánguidas o vibrantes que las manos, para él embrujadoras de la señora, iban dejando caer en el silencio nocturno y que se perdían en la penumbra de los corredores. Soñaba entonces en cosas buenas. Echaba una mirada, a la vez de temor y amor, al firmamento, donde brillaban tantos misteriosos luceros. Y sentía que su sensibilidad, excitada por el trabajo del día, recibía un sedante. Esto le hacía querer y admirar a su ama de modo ciego. Hubiera dado feliz la vida por ella.

La rivalidad entre César y Crispín iba en aumento.

César lo odiaba no sólo por su apariencia equívoca, sino porque Don Ignacio confiábale a su empleado las cosas más importantes. Esto sulfuraba a César, volviéndolo aún más rispido.

Un día César invitó al Tenedor de Li-

bro a al casino, a jugar billar. César se parecía por el juego; más tenía de taurino que de caballero por su irrefrenable afición a dados y naipes, a apuestas estrepitosas y a libaciones.

Jugaron sin beber ni apostar. Bajo la pantalla verde, que arrojaba suave luz sobre el tapete de la mesa de billar, se estuvieron entreteniéndose los dos con los tacos en la mano, haciendo retrucar las bolas en la tranquilidad del salón.

Afuera, un criado dormitaba con la servilleta en el brazo.

De pronto, llamó César con voz imperiosa:

—Mozo, ¡tráete un par de tragos!

El sirviente, quizá desvelado, no se movió. César fue a la puerta del salón y lo sacudió violentamente.

—¿Qué no has oído, animal? ¡Tráete unos tragos!

El pobre hombre, espantándose la mordorra, se levantó corriendo, en dirección a la cantina, a traer y servir lo ordenado. A medio camino se acordó de que, en realidad, no sabía qué clase de bebida le habían pedido.

—O no me lo ordenó Don César o no le oí bien con el susto que me dio.

Retornó al salón, y asomando, medroso, la cabeza alborotada, preguntó:

—Dispense, Don César, ¿qué quiere que le traiga?

Este se volvió rápido y, amenazándolo con el bastón de jugar, le gritó:

—Ya sabes que es el cognac de cinco letras lo que a mí me gusta. ¿Por qué preguntás, majadero?

El Tenedor de Libros comenzó a acobardarse ante aquel energúmeno, temeroso de que el licor lo excitase más. Pero su prudente actitud le impidió hacerle ninguna observación a César, quien ahora le ofrecía una copa.

—Tomá ¡a mi salud!

Bebieron y siguieron jugando. Los nervios del empleado, tensos, estaban a punto de romperse. Y, en una de tantas carambolas, dejó el taco en la mesa e hizo ademán de retirarse.

—Me siento un poco mal. Me voy...

—Tú no te vas. Ahora comienza lo bueno —exclamó César, voluntarioso—. El otro se detuvo un momento; pero, al fin, tomó su sombrero y salió.

César lo siguió dando voces:

—Vení acá. ¡No seas imbécil!

Alcanzó a Crispín y lo agarró de los hombros, zarandeándolo como hacía poco había hecho con el camarero.

Más por temor que por otra cosa, casi instintivamente, el contable se volvió levantando el bastón. Entonces, en un raptó de furor, en el colmo de la excitación, a la cual contribuían el alcohol y el odio, César la emprendió a mojicones y punta-piés contra aquél, hasta derribarlo. Ya en el suelo, bailóle un fandango encima.

Con la boca abierta, el fámulo contemplaba la escena, temblando del miedo.

Crispín quedó allí aplastado contra el piso, lamentable y sanguinolento pelele al que un niño caprichoso y terrible hubiera desarticulado.

XVII

La casona permanece igual, con sus corredores anchos, sus habitaciones amplias, su patio lleno de plantas. Ya los pobres ni siquiera pisan el umbral de la puerta, que está cerrada, no como antes, abierta siempre para los menesterosos, para los pobrecitos de Dios gimientes y andrajosos, quienes como Job agonizan lentamente en el muladar de su propia miseria.

Don César se pasea malhumorado, yescas los ojos, por los corredores. Ha echado barriga. La vejez se advierte en su semblante de rasgos duros. Un rictus amargo da aspecto desagradable a su boca. Su avaricia e irascibilidad se han ido acentuando con los años, como en esas cumbres, yermas y solitarias, donde se arremolinan los más furiosos vientos. Se casó hace lustros con una buena y opaca señora, gris como la vida provinciana y aislada que el matrimonio lleva. La casa sigue como en tiempo de su padre, mecida muellemente por la prosperidad: buenas cosechas, tranquilidad, anchas bendicio-

nes de su Ilustrísima. El también es hombre influyente, como su padre; pero no goza de simpatía: la gente lo rehuye. El "mollejón" murmura a su paso. Las beatas, espantadizas, se santiguan cuando lo ven, y la servidumbre devana inacabables historias, puerilmente exageradas, en las que él hace de bebedor de sangre.

Ni aun Don Valentín, tan amigo de su padre, y que ya se cae de viejo, le tiene estima; suele exclamar, sentencioso, cuando le tocan el punto:

—Si resucitara Ignacio, se volvería a morir...

De ahí nadie lo saca. En el fondo, al casi centenario abuelo le tienen sin cuidado estas menudas cosas terrenas, porque su espíritu se siente casi desencarnado.

Para él la bondad y la maldad no son sino rostros diversos del Jano de la vida.

Como antaño su madre, la esposa de Don César se sienta al piano, en la misma sala, adornada con los mismos cuadros y alhajado con los mismos muebles, a tocar romanzas de otra época. El tiempo parece arremansarse en aquellas estancias de cuyas paredes, tapizadas hace ya largos años, se escapa el mismo olor que cuando su madre —pañuelo de batista finísimo— las perfumaba; pero ahora la humedad y la vejez ponen en ese olor un toque rancio, de encierro. Este recuerdo es el único que lo enternece un poco: su madre. ¡Ah, qué atroz es la vejez! Recordar es doloroso. El no quiere hacerlo. Algo le escuece el alma. Alguna vez, cuando entra por las noches y a deshora en la oficina, vacía y sumida en la penumbra polvorienta de los archivos y libroles, de los fajos de recibos cobrados y por cobrar, de los diarios oficiales hacinados por ahí, una imagen cruza fugaz por su mente, la cual le hace sentir escalofríos en el espinazo. Al leve fulgor de las lámparas verdosas, le ha parecido verlo allí, sentado con su invariable chaleco, con sus patillas, con su flacura y desgarmo, inclinada la cabeza sobre los libros de contabilidad. El viejo se sabe dominar y espanta esa imagen molesta como quien oxea una mosca. Hay que olvidar a toda costa la imagen fastidiosa,

sí, fastidiosa, porque él nunca se arrepintió de haber pisoteado y descalabrado, a patadas y puñetazos, a aquel intruso.

Se queda contemplando la caja fuerte donde, en letras doradas, aparece estampada la razón social de la casa. Su mirada, borrosa y distraída, va recorriendo los rincones de aquella oficina, donde su padre fue amontonando, moneda sobre moneda, con una constancia de termite, un caudal incalculable, hoy holgado patrimonio de cuyas rentas él disfruta con holgura.

—Y todo ¿para qué?

Su juventud está muerta. Es la imagen de una antigua querida sin fisonomía casi y sin contornos precisos. El dinero, claro, alivia la carga de vivir. Pero la juventud no se compra.

Sentirse achacoso, ¡cuán vergonzosa derrota física y moral! Y esta barriga hídrica que le da un aire ridículo y lamentable...

XVIII

Desde hace días un hombre ronda la casa. Por las noches, cuando Don César y su mujer se sientan en la mecedora de mimbre de la sala y dejan la ventana abierta para que entre la brisa que viene del mar, una sombra cruza rápida por ella. Nadie se ha dado cuenta de esa inquietante presencia. Y aunque alguien lo supiera, ¿podría darle importancia a que un hombre del pueblo, desarrapado y sucio, pase, como cualquier otro, ante la casa del magnate señero y orgulloso?

El único que tal vez hubiera advertido inmediatamente al vagabundo que con insistencia miraba para adentro, ése hubiese sido Serapio, quien, de vivir, habría avisado a su patrón:

—Es un indio “cuico” de la mano izquierda.

“El Barcino” ha vivido durante largos años a salto de mata, perseguido por la justicia. No obstante tener más de sesenta años, se conserva ágil como en su mocedad. Ahora ya nadie lo molesta y vive en el pueblo con su mujer. No han tenido

hijos. Pero, al fin, la María logró hacerle sentar cabeza.

No hace mucho se presentó en el rancho donde viven los dos un jinete en una bien enjaezada mula trotona. Llamó aparte al Barcino para tratar no sabe ella qué asunto. Luego que hablaron, el visitante montó en su cabalgadura y se perdió entre una nube de polvo. ¿Sería el administrador de alguna finca que venía a buscar brazos para la cosecha como todos los años?

La María no ha podido sacarle una palabra. Calla y rumia lento y testarudo algo, igual que los bueyes de la yunta que pacen en el potrerito. Eso sí, ya no se preocupa por encontrar trabajo y, cuando ella lo interroga, él le contesta malhumorado:

—Déjame, ya verás...

“El Barcino” es monosilábico, duro como el pedernal, o como la semilla del coyol. Conversa a solas con los cerros y los árboles, afila su cuma o llena el tecomate en el ojo de agua. ¡Qué no diera ella por penetrar en las interioridades de esa alma plana como el machete, llena de relumbrones y filosa! En la agobiante labor, nadie como “El Barcino”. Se cubre una tarea en pocas horas. La mujer prefiere callar. Sigue echando las tortillas en el comal. “El Barcino” se sienta a la tosca mesa. En el silencio va comiendo las tortillas que le pasa su mujer. Acaban de salir del fuego. Son de maíz tierno al que la piedra de moler suaviza con ternura de madre india.

Un pucho de frijoles encima de cada tortilla y, por añadidura, el pozolito de chile. “El Barcino” masticla con firmeza y lentitud como cuando avanza agachado en las cuestras. Mandíbula y pie se apoyan en lo seguro del suelo. El maíz, es el suelo, el talpetate. Más allá del talpetate debe haber algo, si no todo se derrumbaría como en los terremotos, cuando caen los campanarios de las iglesias y los tapiales de las viviendas. Por eso él afirma la planta sin miedo. Es el mismo sostén dado por uñas y dientes. Los dientes se parecen al maíz. Son granos los dos, granos lim-

prios o sucios, blancos o morados. Mazorcas tiernas de las doncellas a las que dulcemente se hala el refajo detrás de los matochos y los cercos en los días de grandes libaciones. Mazorcas peladas y tristes de los viejos, de granos escasos y duros. Moradas mazorcas y mazorcas rubias; mazorcas blancas para el atol y los tamales de elote. El maíz y el diente, las uñas y el maíz son la misma cosa, se agarran a los senos oscuros de la tierra. Mastica el maíz hecho masa, con olor a tierra mojada. Muerde la masa; pero la masa se traga más que se muerde. Está hecha para deshacerla entre la boca sin esfuerzo, sin que la respiración se altere. La vista se sosiega entonces en la contemplación inerte de los horcones del rancho que sostienen el techo de zacate de conejo, techo hirsuto como el pelo de los cipotes indios, parado y agresivo como el de los tacuazines. El techo en punta como el corazón de los hombres, como el sexo de las mujeres. En punta como el pico de las aves de rapiña. En punta como el volcán, como muchas piedras camineras. En punta. Todo en punta. La punta no tiene casi apoyo como los caites en la tierra polvosa. Es la punta lisa y cortante. Punta del pie que huye, que sangra en las puntas de los ixcanales. Puntas de las espinas. Punta de la puya que se hinca en los lomos de los bueyes. Punta del machete que hiere; punta de una daga que él guarda. Siente la punta fría en medio de la tibieza de la masa deglutida, del caliente olor que se escapa del comal, del sudor de la María, de este pedazo de tierra en que él alienta y afirma los pies para alzar su cuerpo y caminar. Calor de las manos trabajadas, callosas. Calor de la sangre de las reses sacrificadas los domingos. Las testas bovinas en medio de la sangre. El olor de la sangre de los bueyes desollados todavía calientes. La sangre oscura que absorbe la tierra sedienta; la que en la piedra lava el agua y se pierde en hilitos hasta confundirse en un abrazo con ella. Sabor a sal de la sangre. Sangre blanca de la tierra es la sal. La sal para el totoposte. Las lenguas de los bueyes y de los

caballos buscándola. Todo tiene el mismo sabor. Todo lo necesario —la sangre, la sal, la tierra— tiene idéntico sabor. La sal en todo, como el agua del mar cercano. Ríos de sal. La sal. La sangre. El agua. ¿Será tan indispensable la sangre como la sal y el agua? “El Barcino” ha dejado de masticar. Se levanta. Se estira. Agarra el tocomate, lo alza entre las dos manos. La María se le queda viendo. La sangre es salada y da la sed, que hace morir al hombre. Sólo el agua es buena, porque calma la sed. “El Barcino” respira fuerte al dejar de beber y cuelga el tocomate de un horcón del rancho. Se siente como después de sacar una tarea. Cansado, pero ya sin sed va a echarse al tapasco, pensando en algo siempre. En el comal no queda una tortilla. La piedra de moler descansa.

XIX

Después del almuerzo copioso, regado con buen vino, del que le envían especialmente de España y que guarda en su bodega para regalarse y agasajar, Don César se siente incómodo en la hamaca y no logra dormir la siesta como otras veces en que ha habido guisos fuertes y condimentados. Se revuelve con sofoco. La hamaca cuelga de recias anillas puestas en cada uno de los extremos de la habitación. Coge un abanico y se da aire. Deja el abanico. Enciende un puro. Se le apaga. Vuelve a encenderlo. Va dejando que la hamaca tome un ritmo —como siempre—. La hamaca es su mayor delicia, es como una esclava suave y servicial. Con el movimiento se van las moscas, cuyo zumbido a estas horas se vuelve insistente.

La hamaca mece entre sus brazos femeninos y frescos a don César. Lo acuna como a un niño. El viejo vuelve a sentirse en el regazo materno.

Es la nana que lo arrulla y le canta. Es una hondonada como no la conoció ningún terreno. Sumirse en esta hondonada para siempre, ¡qué dulce! Mecido así, con vaivenes de brisa, de inmensa y brizadora ola en un mar tranquilo. Dormir

sin soñar nada. Hasta tocar los lindes de la no-existencia, del aniquilamiento total. Pero ¡este cansancio! No volverá a comer como hoy. Es una torpeza. Podría darle una congestión y morir. Mira el bote de bicarbonato. Alza la mano. Una cucharada de bicarbonato disuelta en el agua y ¡listo!... Pero la hamaca parece que tuviera chinches, chinches de fuego, abrasadores clavos. Don César reniega de su suerte. ¡No poder dormir la siesta a gusto!...

La hamaca se está burlando de él. Chillan los lazos al rozar las argollas. Gimen las maderas. La hamaca no es la hondonada dónde reposar como un gigante satisfecho, sino un potro de tortura como aquella vez en la hacienda cuando no pudo conciliar el sueño a causa de los pinchazos de los zancudos. Sangró en esa ocasión. Sudó sangre. Fue en un rancho donde pernoctó, a fin de tempranear para hacer con su gente el reconocimiento de aquella vasta propiedad en la costa.

Se siente ahora como entonces: en la costa. Irritado y sombrío ante una situación estúpida. No poder mandar sobre el clima. No poder ordenar que haga frío en vez de calor. Pagar lo que sea con tal de poder dormir. El almuerzo ha sido abundante, pero demasiada carne para su edad. Un régimen de sólo verduras le convendría. Sin alcohol. Sólo agua. Agua y verduras. La mente así funciona mejor. No sentiría esta pesadez mortal en el estómago, en la cabeza, en las manos, en los pies. Sabe que debe hacerlo y no lo hace. ¡Qué imbecil es uno por listo que se crea! Y lo peor es que hay gente más lista que uno y no lo parece. El rico debe ser sagaz, adivinar a los otros, sus intenciones, sus propósitos y pensamientos. Todos piden dinero y por fútiles motivos. Hoy le ha venido uno de sus hijos con que hay que contribuir para la nueva catedral. ¿Cuándo terminará esa pedidera? Así no hay caudal que resista. Se desmoronan las mejores fortunas. Y los hijos. ¡Ah, los hijos! Piden más que nadie. “¿Cuándo se morirá?” —dicen. Es una lucha sorda, implacable. Igual que

los otros. Todos en torno de uno. Esperando. Haciendo cuentas. Exigiendo. Amenazando. Y uno teniendo que defenderse, que defender lo suyo a dentelladas, a riesgo de que lo mate un disgusto. Su padre trabajó así. Trabajó duro, constantemente. Pero eran otros tiempos, más seguros y estables; la gente más sumisa, menos alzada. Hoy cualquier artesano se cree un presidente de la República. Y todos son unos zánganos. No quieren trabajar. Ser rico es una empresa heroica. Defender el patrimonio. Librarlo de la voracidad de la gente, de las maquinaciones de los parientes, de la propia inhabilidad a veces. No existe la experiencia. Siempre los mismos embustes y las mismas patrañas. ¡Si hubiera estudiado! Mas fue haragán, jugador, disoluto. Las mujeres y los dados, las mujeres y el naipe. El medio ambiente lo perdió. El pensaba entonces, y creía tener razón, que para qué iba a perder el tiempo estudiando en los libros cuando tenía la mesa puesta. Puesta y servida por otro. A él le tocaba únicamente sentarse, comer y disfrutar de las viandas. Era rico, había nacido rico. Riqueza es seguridad. ¡Qué hombrazo su padre! Sacar de la nada una fortuna. Un milagro. Sí, un verdadero milagro. El capricho fue su maestro. Todo lo tenía y nunca se apuró por nada. Ordenó y fue servido. Dondequiera que anduvo, su apellido fue el mejor garante. La nobleza de su sangre y la cuantía de su herencia. Pero más esta última que lo otro. Bien: lo otro podía ser o no ser. Era una cualidad adquirida o no, con la cual engañar a los ingenuos, a los vanidosos, a los “bayuncos”, todos estos advenedizos que él mira desdeñoso. En cambio, el dinero era algo sólido, tangible, cierto, seguro. Un suelo firme. Ni los terremotos lo desbaratan. Ser único en su fortaleza y su vida, erguida sobre una fortuna. La fortuna. La buena fortuna. Sin cambios, sin zozobras. Sentirse al abrigo de las mudanzas humanas. Las enfermedades mismas podían ser confinadas hasta los límites de la posibilidad. Los médicos se pagan, aunque digan que la salud no se compra, puesto

que puede adquirirse con dinero. La seguridad también. Unica excepción: la muerte. Pero ¿quién piensa en la muerte? Puede sobrevenir hoy o mañana. Pero no, todavía no, ¿qué sería de sus asuntos? Existe un testamento. Habrá que revisarlo. Cambiar alguna de sus cláusulas. Enmendar aquí, rectificar allá. Los desengaños con la familia, empezando por los hijos, así lo exigen. No va uno a hacer el tonto después de muerto. No saben lo que es ser rico. Es una vocación. El ha conocido a muchos que no supieron conservar su patrimonio. No lo merecieron, les está bien empleado su pobreza. Por torpes. El no, fue previsor. Para que no lo burlaran como a otros. El ha sabido hacer honor a su condición, a su clase, a su herencia, a su padre, a sus timbres. Hay que descansar, descansar. Libre de las asechanzas que cercan. Protegidos por altos, espesos muros. Con ventanas enrejadas como en las cárceles y los cuarteles. Pero ¡qué horrible estar siempre encerrado! No, no hay derecho. La libertad es de cada uno, máxime la del rico, que debe ser absoluta. ¿Por qué asfixiarse aquí en esta hamaca inhospitalaria como catre de hospital? Su esposa estará por la cocina vigilando a las criadas. La siesta será otro día. Se pone los botines de elástico, el chaleco y la levita de dril, toma el fino sombrero de jipijapa, el bastón. Ya está ante el zaguán. Una cosa le extraña: la puerta está entreabierta. ¿Quién la habrá dejado así? ¿No ha ordenado él que esté siempre cerrada? ¿quién habrá contravenido sus órdenes? Quiere llamar a su mujer, a la servidumbre; inquirir, regañar. No está para regaños. El zaguán yace sumido en la penumbra fresca. Va él a meter los pies en ella como en una poza oscura y grata. Se siente aliviado del ardor del clima, de la hora, del malestar de la digestión. Se olvida del disgusto de ver la puerta a medio abrir. Ya pone el pie en la calle... Sí, aquí está el abdomen, que se agranda con un frío súbito, adquiriendo tamaño desmesurado. Se lo palpa con mano torpe y tarda. El frío se intensifica. Será una corriente de aire.

Natural, al salir a la calle, después de estar en el cuarto. Toca de nuevo. Está húmedo allí. Haciendo un esfuerzo, se lleva la mano ante los ojos. Es algo oscuro y húmedo, pegajoso. ¡Ah! alguien estaba esperándolo. Quiere gritar y no puede. Abre y cierra la mano ensangrentada como si tuviera un guante que no le calza. Algo le corre por la ingle. Se palpa. Sangre. Pero, ¿por qué? Se desabrocha la levita, el chaleco, se arranca a tirones el cuello de pajarita. Incrédulo, vuelve a poner la mano allí, donde el frío le está penetrando. Nadie en la calle. Hace sol, él siente frío. De los pies sube ese frío como un ejército de hormigas avanzando. Mira en derredor. La puerta ahora está del todo abierta. Ahí está uno de los bancos donde se sientan a esperar horas y horas los mozos de las fincas cuando traen leña o vienen a cobrar una paga atrasada. El frío le repta por el cuerpo. ¿No renegaba del calor? Si averiguaran por qué ha sido esto. Pero pronto. ¡Ah! sí. Había alguien esperándolo. No para pedirle sino para quitarle. Y huyó con lo único verdaderamente suyo: así ha sido... Sentarse a esperar, que lleguen y lo encuentren durmiendo. El frío es más aniquilante que el calor: quiebra los huesos, insensibiliza hasta el anonadamiento. Dormirse ahora en la hondonada. O hacerse un ovillo como los niños, para que venga el sueño y sentir menos hielo en el cuerpo y en el alma. ¡Si le saliera más sangre para entibiarse un poco! La sangre es buena. Lo malo es el frío, este frío que lo invade. Mejor hubiera sido no comer, dormirse en la hamaca. ¿Por qué esta ocurrencia de salir? A una hora tan intempestiva, la hora de la siesta, la siesta sagrada. El frío lo va cubriendo con un sudario de muerte. La mano se aferra a la madera del banco, se agarra el vientre, palpa inútilmente. Si sintiera al menos el calorcito que experimentó primero! El frío lo agarrota, siente ganas de vomitar: el vómito se le detiene en el estómago. Con angustia de condenado pide la liberación por medio del vómito; en seguida se hace una gran claridad en su cerebro. La cla-

ridad hiriente que da el frío en las alturas. Luego, la oscuridad abismática de la nada...

XX

El poeta es fuerte y alto, lampiño y callado. Las ráfagas de genio que lo frecuentan, no alteran su porte altivo ni su rostro enigmático de indio. Usa buenos trajes, de impecable corte inglés; corbata a la última moda, chistera o bombín, y un fino bastón que le ha regalado uno de sus amigos presidentes. El Poeta, así con mayúscula, porque él sintetiza todo un ciclo de la poesía en el continente hispanoamericano, pasea también por la Plaza Mayor, seguido de un séquito de admiradores, poetas que le leen sus cosas, las cuales el maestro critica o aprueba brevemente. Entran en uno de los restaurantes cercanos, piden una botella de coñac de cinco letras, "bocas" de cacahuete y de queso, y comienzan a recitar con voz sonora o meliflua, según el temple de cada uno. Al reservado en que están los liridas asoma de cuando en cuando el dueño del establecimiento —un italiano— y ordena al camarero que los atienda bien. Los poetas se entregan a su menester con rara efusión.

De pronto el poeta da un fuerte manotazo en la mesa y grita como un poseso: "¡Basta, basta ya!" Paga la cuenta y, lanzando con furia las persianas, sale a la calle. Uno o dos fieles lo siguen tambaleantes.

El Poeta se dirige hacia una cantina de los barrios bajos donde los tahures juegan al "chivo" y se matan por una tontería. El ama estos rincones donde la ciudad asume un aire bronco y pintoresco. Acondado en el sórdido mostrador, pide un trago de aguardiente de caña. De un garrafón que está al lado le sirven el blanco licor. El cantinero, tras de echarle una mirada inquisitiva, le ofrece un platito de tajadas de mango tierno, jocotes de corona y gajos de naranja. Gústale al Poeta estos frutos ácidos que hacen menos quemante el paso del aguardiente por la garganta.

Mientras la rameras y los pícaros gritan y se desploman sobre sillas y mesas, el Poeta permanece inalterable como un bonzo. Las horas pasan. Cada cierto tiempo hace una leve indicación al cantinero, que llena nuevamente su copa.

El Poeta se siente a sus anchas. Aquí nadie le conoce ni pide autógrafos ni le lee versos. El Poeta está enamorado y sueña. Sueña con sus quimeras.

BIBLIOGRAFIA

ABSIDE

Abside.—Revista de Cultura Mejicana. Fundador y Director (enero de 1937 a diciembre de 1949): Dr. Gabriel Méndez Plancarte. Director (enero de 1950 a febrero de 1955): doctor Alfonso Méndez Plancarte. Director actual: Alfonso Junco. Nos ha llegado el N° 1, correspondiente a enero-marzo de 1959. Este número trae el siguiente sumario: "Manuel José Othón" por Ezequiel A. Chávez, "Epistolario de González Martínez" por Rafael Alberto Arrieta, "La Muerte de Manuel José Othón" por José García Rodríguez, "El Pontificado y el siglo veinte" por Alfonso Junco, "En Yuste se ha puesto el sol" por Rodolfo Jaime González, "Un padrino poético" (Othón) por Alfonso Reyes, "Dos Misivas" por Hugo Wast,

"El Mensaje de Boris Pasternak" por Pablo Antonio Cuadra, "Dos amigos que se van" por A. J., "Un autógrafo" por Jesús Garxía Gutiérrez, "Libros en los ojos" por Alberto Valenzuela, "La Biblia" por Luis Sánchez Bravo. Amigos de ABSIDE en 1958.

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Boletín de la Biblioteca Nacional.—Órgano de la Universidad Nacional Autónoma de México, D. F. Publica los siguientes trabajos: "Bibliografía sobre Hidalgo. I, A-E" por Rafael Heliodoro Valle, "La imprenta europea en Asia en el siglo XVI" por Alejandro M. Stols, "Bibliografías mexicanas contemporáneas" por Manuel Osoy Cárdenas, "Capítulos para una historia de la lite-

ratura en México. I" por Alberto Valenzuela Rodarte.

REVISTA BRASILEIRA DE ESTUDIOS PEDAGOGICOS

Revista Brasileira de Estudos Pedagógicos.—Publicada por el Instituto Nacional de Estudios Pedagógicos del Ministerio de Educación y Cultura. Director: Anísio Spínola Teixeira. Hemos recibido el N° 71, correspondiente a Julio-Septiembre de 1958.

ANALES

Anales.—Publicada por el Consejo Nacional de Enseñanza Primaria, Departamento Técnico de Montevideo, Uruguay. Números del 7 al 9, correspondientes a Julio-Septiembre de 1958. El sumario se divide en: I—Colaboraciones Nacionales; II—Traducciones; III—Revista de Revistas; IV—Trabajos de Inspectores Departamentales de Enseñanza Primaria; V—Trabajos de Profesores Normalistas; VI—Trabajos de Maestros; VII—Información Nacional; VII—Didáctica; IX—Literatura Infantil; X—Información Bibliográfica.

REVISTA DE INDIAS

Revista de Indias.—Órgano del Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", números 73 y 74, correspondientes a Julio-Diciembre de 1958. Director: Ciriaco Pérez Bustamante. Vicedirectores: Rodolfo Barón Castro, Manuel Ballesteros Gaibrois. El sumario se divide en: Artículos y Miscelánea.

EDUCACION

Educación.—Órgano de la Facultad de Educación de la Universidad Mayor de San Marcos, Lima 1958. Director: Dr. Emilio Barrantes. Comisión de Redacción: Dr. José Jiménez Borja, Dr. Manuel Argüelles, Dra. Nely Festini. Hemos recibido el N° 21, correspondiente al año académico de 1958.

ARMAS Y LETRAS

Armas y Letras.—Revista de la Universidad de Nuevo León. Director: Lic. Juan Antonio Ayala. Hemos recibido el N° 1, Año 2, Segunda época. Publica los siguientes trabajos: "Silueta del Indio Jesús" por Alfonso Reyes, "Voltaire, Historiador Moderno" por Serge P. Darmaon, "Vida de don Gregorio Guadalupe" por Sergio Fernández, "El tema de Lucía Miranda en la Novela Argentina", por Myron L. Lichtblau, "La Constitución Francesa de 1958" por Jean Sirol, "Sputnik y Sentido del Humor" por Christian Brunet, "Dos Estudios sobre Robert Musil".

E C A

Eca.—Números 136, 137, 138, 139. Revista de "Orientación y Cultura", dirigida por los Padres Jesuitas de Centro América. Director: Santiago Garrido, S. J., Redactores: T. Aldaz, S. J., Rafael Burgos, S. J., Alfonso María Landarech, S. J., Sebastián Mantilla, S. J., Gustavo Oliva, S. J., Ladislao Segura, S. J.

ASOMANTE

Asomante.—Revista literaria. La edita

la Asociación de Graduados de la Universidad de Puerto Rico. Nos ha llegado el N° 1, correspondiente a 1959. Trae los siguientes trabajos: "La sala" por René Marqués, "Eugene O'Neill" por Harriet de Onís, "Poesía y Hombre" por Plá y Beltrán, "Seis poemas", "Dios es inocente" por José Luis Castillo Puche, "España 1959, La Generación de 1936" por Ricardo Guillón, "Carta de Londres" por Esteban Salazar Chapela, "Carta de París" por Damián Carlos Bayón.

VIRTUD Y LETRAS

Virtud y Letras.—Facultades Eclesiásticas Cristianas de Colombia. IV trimestre de 1957 y III y IV trimestre de 1958. Se publica en Manizales. Entre los interesantes trabajos de los últimos números podemos citar: "Teoría de Maritain sobre Iglesia y Estado" por Manuel Zurdo, C. M. F., "Renovación de la Lengua Latina" por Ildefonso González, C. M. F., "Circunstancia vital y obra literaria de Valle-Inclán" por Angel Martín Sarmiento, C. M. F.

REVISTA DE EDUCACION

Revista de Educación.—Es un órgano del Ministerio de Educación de La Plata, República Argentina. Fue fundada por Sarmiento en 1858. Nos han llegado los números 7 y 8, correspondientes a los meses Julio-Agosto de 1958. El último número trae el siguiente sumario: "Breve análisis de los arquetipos" por Alberto Blasi Brambilla, "Algunas reflexiones sobre el budismo" por Eugenia Borghini, "Viajeros y Diplomáticos en la emancipación argentina" por José

Luis Busaniche, "Enfermedades alimentarias observadas en cobayos" por Arturo Capdevila, "Intermezzo Paraguayo" por Roberto Levillier, "El topónimo "Tuyú" por Milcíades Alejo Vignati, "La génesis de la forma" por Viktor von Weizsaecker, "Georges Bastide, Filósofo de la conservación y del valor" Alain Guy, "Latitud y Altitud" por Claude Charles Mathon, "Insectos de primavera en Buenos Aires" por Jorge Raúl Llano, "La decoración" por René J. Clot, "Los aportes recíprocos del sentimiento y de su expresión en la creación poética" por G. Faure, "Una carta de Ameghino" por Mercedes A. de del Mármol, "El ambiente en la educación estética del niño por Pedro J. Stillo, "Las teorías del aprendizaje" por W. F. Cunningham, "Hacia un concepto de la historia de la educación" por Lyda C. Iglesias, "Técnicas de la enseñanza de las lenguas vivas" por Fr. Closset, "El Paraná" por José S. Alvarez, "La tela de araña" por Georges Poulet, "El castillo del diablo" por Viaje de San Brandán, "Aprendizaje" por Cennino Cennini, "Un lenguaje de formas" por Pierre de Boisdeffre, "El Universo poético" por Guy Michaud, "Lengua y mundo sensible" por Brice Parain, "Correspondencias" por Juan E.

UNIVERSIDAD

Universidad.—Es una publicación de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, República Argentina. Director, Domingo Buonocore; Secretario, Eduardo Raúl Storni. Hemos recibido el N° 38, correspondiente a Julio-Diciembre de 1958, y entre otros trabajos, muy interesantes, publica los siguientes: "Un

conflicto histórico: Sociedad o individuo" por Luis Di Filippo, "Dios, hombre y mundo en la filosofía de Martín Buber" por Rafael Virasoro, "Problemas de Filosofía" por Celia Ortiz de Montoya, "Notas sobre la novela por David Lagmanovich, "Informe sobre la nueva poesía argentina" por David

Martínez, "Introducción al estudio del retrato" por Jean Babelón, "Física de ayer y de hoy" por Mario Schivazappa, "Vida y poesía de José Sebastián Tallón" por Fryda Schultze de Mantovani, Temas Bibliotecarios, Crónica Universitaria, Bibliografía, Reseñas informativas.



UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR